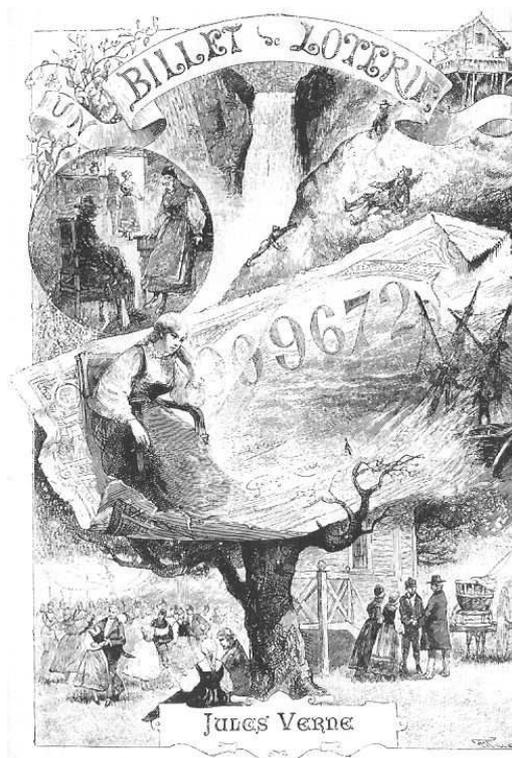


Biblioteca virtual Julio Verne



Un billete de lotería

© Editado por Cristian Tello

Cortesía de <http://www.jverne.net>

Género: Novela

Año de publicación: 1886

Sinopsis:

El marinero noruego Ole Kamp parte a un viaje de pesca después de prometer a su novia Hulda que su fortuna sería hecha cuando él retornara. Unos meses después, su embarcación naufraga en peligrosos parajes de Islandia. Creyéndose pronto a morir, Ole Kamp lanza una botella al mar conteniendo un billete de lotería N° 9672, que llega a manos de Hulda tal como lo esperaba. Los aficionados supersticiosos luchan por la obtención del billete, que finalmente cae en posesión de un usurero. El día del sorteo, el náufrago reaparece con su billete; esto es posible, gracias a la ayuda del profesor Sylvius Hog, personaje cuya vida ha sido salvada por Hulda y su hermano.

Capítulo I

-¿Qué hora es?- preguntó la señora Hansen, después de sacudir la ceniza de su pipa, cuyas últimas bocanadas se perdieron entre las vigas coloreadas del techo.

-Las ocho, madre -contestó Hulda.

No es probable que lleguen viajeros durante la noche; el tiempo es demasiado malo.

-No creo que venga nadie. En todo caso, las habitaciones están preparadas, y oiré muy bien si llaman desde afuera.

-¿No ha llegado tu hermano?

-Aún no.

-¿Ha dicho si volverá hoy?

-No, madre. Joel ha ido a acompañar a un viajero al lago Tinn, y como se ha marchado muy tarde, no creo que esté de regreso a Dal hasta mañana.

-Entonces, ¿pasará la noche en Moel?

-Sí, sin duda, a menos que no llegue hasta Bamble a visitar al granjero Helmboe...

-¿Y a su hija?

-Sí, a Siegfrid, mi mejor amiga, a quien la quiero como hermana -contestó la muchacha sonriendo.

-Bien, cierra la puerta, Hulda, y vámonos a dormir.

-¿Se encuentra usted mal, madre?

-No, pero mañana tengo que levantarme temprano. Tengo que ir a Moel.

-¿Para qué?

-Y pues, ¿no tenemos que renovar nuestras provisiones para la próxima temporada?

-¿Ha llegado ya el mensajero de Cristianía, con su carro de vinos y combustibles?

-Sí, Hulda, esta tarde -contestó la señora Hansen-. Lengling, el encargado del aserradero, lo ha encontrado y me ha avisado al pasar. Ya no nos queda gran cosa de nuestras reservas de jamón y salmón ahumado, y no quiero exponerme a hallarme desprevenida. De un día a otro, sobre todo si el tiempo mejora, los turistas pueden empezar excursiones al Telemark. Es necesario que nuestra hostería se halle en condiciones de recibirlos y que encuentren aquí todo lo que puedan menester durante su estancia. ¿No ves, Hulda, que estamos ya al 15 de abril?

-¡Al 15 de abril! -murmuró la muchacha.

-Entonces -prosiguió la señora Hansen-, mañana me ocuparé de todo esto. En dos horas haré todas mis compras, que luego el mensajero nos traerá aquí, y regresaré con Joel en su *Kariol*.¹

-Madre, si por casualidad tropieza con el cartero, no se olvide de preguntarle si trae alguna carta para nosotros...

-¡Y sobre todo para ti! Es muy posible, ya que la última carta de Ole es de hace un mes.

-¡Sí! ¡Un mes...! ¡Un largo mes!

-No te acongojes, Hulda. Este retraso no debe extrañarnos. Por otra parte, si el correo de Moel no nos trae nada, lo que no ha llegado por Cristianía puede llegarnos por Bergen.

-Sin duda -contestó Hulda-; pero ¿qué quiere usted, madre? Si tengo pena es porque están tan lejos de aquí las pesquerías de Terranova. ¡Todo el mar de por medio, y con el mal tiempo además! Hace cerca de un año que mi pobre Ole se marchó y ¿quién puede decirnos cuando volverá a Dal?

-¡Y si nos encontrará a su regreso! -murmuró la señora Hansen, pero tan bajo que su hija no pudo oírla.

Hulda cerró la puerta de la posada, que se levantaba en el camino de Vestfjorddal. No se preocupó de dar la vuelta a la llave. En el hospitalario país de Noruega, estas preocupaciones no son necesarias. Conviene, además, que cualquier viajero pueda entrar, tanto de día como de noche, en la casa de los *gaards* y de los *soeters*, sin que nadie tenga que acudir a abrirle las puertas.

No son de temer las visitas de vagabundos ni malhechores, ni en los pueblos ni en las aldeas más recónditas de la provincia. Ningún atentado criminal contra los bienes o las personas del lugar ha turbado jamás la seguridad de sus habitantes.

La madre y la hija ocupaban dos habitaciones en el primer piso de la parte delantera de la hostería, dos habitaciones claras y limpias, amuebladas modestamente, es verdad, pero tan bien aseadas que demostraban el cuidado de una buena ama de casa. En el piso superior se hallaba la habitación de Joel, cuya ventana estaba enmarcada en madera labrada con arte. A través de la ventana la vista podía recorrer un extenso horizonte de montañas y descender hasta el fondo de un angosto valle, por el cual se deslizaban el Maan, mitad río, mitad torrente. Una escalera de madera, de recios peldaños encerados, subía de la gran sala de la planta baja hasta los pisos superiores. Nada más atractivo que el aspecto de la casa, en donde el viajero hallaba un confort poco común en los demás albergues de Noruega.

Hulda y su madre ocupaban, pues, el primer piso. Allí se retiraban pronto, cuando se hallaban solas. La señora Hansen, alumbrándose con un candelabro de cristal multicolor, empezó a subir los primeros escalones, cuando de pronto se detuvo.

¹ Especie de calesa sin capote, muy usada en Noruega.

Llamaban a la puerta. Oyeron una voz que gritaba:

-¡Eh! ¡Señora Hansen! ¡Señora Hansen!

La señora Hansen volvió a bajar.

-¿Quién puede ser tan tarde? -dijo.

-¿Quizá le habrá ocurrido un accidente a Joel? -añadió Hulda.

E inmediatamente se dirigió hacia la puerta.

Era un muchacho -uno de esos chiquillos que hacen el oficio de *skydskart*, que consiste en colgarse detrás de los *kariols* y conducir el caballo a la posta, cuando se ha terminado la etapa. Éste había venido andando, y permanecía de pie en el umbral.

-¿Qué quieres a estas horas? -dijo Hulda.

-Primeramente desearos buenas noches -contestó el muchacho.

-¿Eso es todo?

-¡No! Eso no es todo, pero ¿no debe empezarse siempre por ser bien educado?

-Tienes razón. Bueno ¿quién te envía?

-Vengo de parte de vuestro hermano Joel.

-¿Joel...? ¿Y porqué? -preguntó la señora Hansen.

Se había acercado a la puerta, con ese andar lento y medido que caracteriza a los habitantes de Noruega.

No obstante, la respuesta del muchacho era evidente que había causado alguna emoción a la madre, pues se apresuró a preguntar:

-¿Le ha ocurrido algo a mi hijo?

-¡Sí...! Ha llegado una carta que el correo de Cristianía había traído de Drammen...

-¿Una carta que viene de Drammen? -exclamó vivamente la señora Hansen bajando la voz.

-No lo sé -contestó el chico. Lo único que sé es que Joel no puede venir hasta mañana y me ha enviado aquí para que les entregue esta carta.

-¿Es muy urgente?

-Así parece.

-Dame -dijo la señora Hansen, con una voz que denotaba gran inquietud.

-Aquí está, bien limpia y sin arrugas. Pero esta carta no es para usted.

La señora Hansen respiró aliviada.

-¿Y para quién es? -preguntó.

-Es para su hija.

-¡Para mí! -dijo Hulda-. Es una carta de Ole, estoy segura, una carta que habrá llegado por Cristiana. ¡Mi hermano no habrá querido hacerme esperar!

Hulda había cogido la carta y acercándose a la luz del candelabro, que había depositado encima de la mesa, miró la dirección.

-¡Sí...! ¡Es de él! ¡Es de él! Ojala me anuncie el regreso del *Viken*.

Entretanto, la señora Hansen decía al muchacho:

-¿No quieres entrar?

-Sólo un minuto. Debo volver esta noche a casa, porque estoy comprometido para mañana por la mañana para un *kariol*.

-Pues bien, te encargo que digas a Joel que tengo pensado ir a su encuentro. Que me espere.

-¿Mañana por la noche?

-No, durante la mañana. Que no se vaya a Moel sin haberme visto antes. Dile que regresaremos juntos a Dal.

-De acuerdo, señora Hansen.

-Vamos, ¿tomarás un vasito de *brandevin*?

-Con mucho gusto.

El muchacho se había acercado a la mesa y la señora Hansen le ofreció un poco de este aguardiente, reconfortante contra la humedad de la noche. Se lo bebió de un trago sin dejar una sola gota en el fondo del vaso. Luego dijo:

-*iGod aften!*

-*iGod aften*, muchacho!

Es el "buenas noches" noruego. Pronunciadas estas palabras simplemente, sin una inclinación de cabeza, el muchacho salió, no preocupándole la larga caminata que debía hacer. El ruido de sus pasos se perdió de pronto entre los árboles del sendero que corren a lo largo del río.

Hulda continuaba contemplando la carta de Ole sin apresurarse a abrirla. Esta frágil hoja de papel había tenido que atravesar todo el océano para llegar hasta ella, todo este extenso mar, en el cual se pierden los ríos de Noruega occidental. Examinaba los diferentes sellos que la cubrían. Echada al correo el 15 de marzo, esta carta no había llegado a Dal hasta el 15 de abril. ¡Cómo! ¡Hacia un mes ya que Ole la había escrito! ¡Cuántos acontecimientos habían podido ocurrir durante un mes en aquellos parajes de Terranova! ¿No estaban aún en período de invierno, época peligrosa de los equinoccios? Estos lugares de pesca son los peores del mundo, con sus formidables vendavales, que llegan al Polo a través de las llanuras canadienses. Oficio penoso y peligroso es el oficio de pescador, que era el de Ole. Y si lo hacía era solo para entregarle todos sus beneficios a ella, su prometida, con quien debía casarse a su regreso. ¡Pobre Ole! ¿Qué le diría en aquella carta? Sin duda, que la amaba como siempre, así como Hulda lo amaba siempre también, que sus pensamientos se confundían en uno solo, a pesar de la distancia, y que ya quería ver llegado el día de su regreso a Dal.

¡Sí! Seguramente diría esto; Hulda estaba segura de ello. Pero, quizá añadiría que su regreso estaba muy próximo, que esta campaña de pesca, que arrastra a los marinos de Bergen tan lejos de su tierra natal, ya tocaba a su fin. ¿Quizá le diría que el *Viken* acababa de estibar su cargamento y que se preparaba a aparejar, que los últimos días de abril los verían ya reunidos en su feliz hogar de Vestfjorddal? ¿Y quizá también le diría, en fin, que podían ya fijar la fecha en que el cura llegaría a Moel para darles su bendición en la modesta capilla de madera, cuyo campanario emergía por entre el espeso ramaje de los árboles, a algunos centenares de pasos de la posada de la señora Hansen?

Para saberlo, era suficiente tan sólo romper el sello del sobre, sacar la carta de Ole, leerla, incluso a través de las lágrimas de pena o de alegría, que su contenido podría provocar en los ojos de Hulda. Y, sin duda, más de una impaciente muchacha del Mediodía, de Dinamarca o de Holanda, sabría ya lo que la joven noruega no sabía aún. Pero así lo quiere. Y cuántas veces lamentamos despertar, al sufrir la decepción de la realidad.

-Hija mía -dijo la señora Hansen-, esta carta que te ha enviado tu hermano, ¿es una carta de Ole?

-¡Sí! He reconocido su letra.

-Pues bien, ¿es que esperas hasta mañana para leerla?

Hulda miró por última vez el sobre. Luego, después de abrirlo sin apresurarse, sacó una carta, pulcramente escrita, y leyó lo siguiente:

Saint Pierre-Miquelon, 17 de marzo de 1862

Querida Hulda:

Estarás contenta de saber que nuestras operaciones de pesca han prosperado y que terminarán dentro de breves días. ¡Sí! Estamos llegando al fin de la campaña. Después de un año de ausencia, ¡qué feliz seré al volver a ver y encontrar la única familia que me queda, y que es la tuya!

Mi parte en los beneficios es muy buena. Servirá para establecer nuestro hogar. Nuestros armadores de Bergen están ya advertidos que el *Viken* llegará probablemente entre el 15 y el 20 de mayo. Ya puedes prepararte a verme en estas fechas, lo más tarde dentro de algunas semanas.

Querida Hulda, espero hallarte aún más bonita que a mi partida, y, al igual que tu madre, en buena salud. Y en buena salud también espero hallar a mi entrañable amigo, mi querido primo Joel, tu hermano, que no desea otra cosa que serlo mío también.

Haz llegar mi afecto también a tu madre, la señora Hansen, que ya veo desde aquí sentada en su sillón de madera, cerca de la vieja estufa. En el salón de tu casa. Repítele que la quiero dos veces, primero porque es tu madre y luego porque es mi tía.

Sobre todo, no te molestes por venirme a esperar a Bergen. Es muy posible que el *Viken* llegue mucho antes de lo que digo. Sea como sea, a las veinticuatro horas de haber desembarcado, mi querida Hulda, ya puedes contar que me tendrás en Dal. Pero no te sorprendas mucho si llego antes.

Hemos sufrido muchos y fuertes temporales durante este invierno, el peor que nuestros marinos han pasado. Por suerte, el gran banco de bacalao nos ha surtido abundantemente. El *Viken* lleva una carga de cerca de cinco mil quintales, para entregar en Bergen, y que ya han sido comprados por adelantado. En fin, lo que debe interesar a la familia es que hemos tenido mucho éxito y que las ganancias serán muy buenas para mí.

Además, si no es precisamente la fortuna lo que te traigo, tengo como una idea, o mejor aún, como un presentimiento, de que ésta me esperará a mi regreso. ¡Sí! La fortuna...sin contar con la felicidad. ¿Cómo...? ¡Ah!, éste es mi secreto, queridísima Hulda, y debes perdonarme de tener un secreto para ti.

¡Es el único! Y también te lo he de decir...¿Cuándo...? Pues bien, cuando sea el momento; antes de nuestra boda, si ésta tuviera que aplazarse por causas imprevistas; después, si llego en la fecha indicada y si, dentro de la semana siguiente a mi regreso a Dal, tú te conviertes en mi mujer, que es lo que más deseo.

Te envió un abrazo, querida Hulda. Besa de mi parte a la señora Hansen y a mi primo Joel. Un beso, además, para tu frente, sobre la cual la radiante corona de las desposadas de Telemark se convertirá en la diadema de una santa. Por última vez, ¡adiós, querida Hulda, adiós!

Tu prometido

Ole Kamp

Capítulo II

Dal se compone sólo de algunas casas, unas a lo largo de una carretera que a decir verdad es más bien un sendero, las otras diseminadas por los alrededores. Todas las casas miran hacia el angosto valle del Vestfjorddal, de espaldas a las colinas del Norte, al pie de las cuales se desliza el Maan. El conjunto de aquellas construcciones formaría uno de los *gaards* tan corrientes en el país, si estuvieran bajo la dirección de un único propietario de cultivos o de un granjero a sueldo. Pero tiene derecho a ostentar, si no el nombre de villa, por lo menos el de aldea. Una pequeña capilla construida en 1855, cuya cúspide está adornada con dos estrechas ventanas con cristales de colores, levanta no muy lejos, a través del ramaje de los árboles, su campanario cuadrado, todo de madera. Aquí y allí, por encima de los arroyos que desembocan en el río, se levantan pequeños puentes de madera, recortada en festones. A lo lejos se oye el rechinar de uno de o dos aserraderos rudimentarios, que funcionan movidos por el torrente, con una rueda para accionar la sierra y otra para mover el madero. A poca distancia, la capilla, los aserraderos, las casas, las cabañas, todo parece bañado por una suave atmósfera de verdor, oscura con los abetos, glauco con los abedules, que dibujan los árboles, aislados o en grupos, desde las sinuosas orillas del Maan hasta la cumbre de las altas montañas del Telemark.

Esta es la aldea de Dal, fresca y sonriente, con sus pintorescas viviendas, pintadas unas con colores suaves -verde manzana o rosa pálido- y otras coloreadas por vivos colores, amarillo brillante o rojo escarlata. Los tejados, hechos con corteza de abedul, recubiertos de verde césped, que siegan en otoño, están sembrados de flores naturales. Todo ello es una delicia que pertenece al país más hermoso del mundo. Por decirlo de una vez, Dal está en el Telemark, el Telemark está en Noruega, y Noruega es como Suiza, pero con varios miles de fiordos que permiten que el mar llegue hasta lamer el pie de sus montañas.

El Telemark está comprendido en esta porción hinchada del enorme cuerno que representa Noruega entre Bergen y Cristianía. Esta bailía –una dependencia de la prefectura de Batsberg- posee montañas y glaciares como Suiza, pero no es Suiza. Tiene enormes cataratas como Norteamérica, pero no es Norteamérica. Posee paisajes con sus casitas pintadas y procesiones de habitantes, vestidos con atuendos de otros tiempos, como algunos pueblos de Holanda, pero no es Holanda. El Telemark es mucho mejor que todo esto, es el Telemark, país único en el mundo, quizá, por las bellezas naturales que contiene. El autor ha tenido el placer de visitarlo. Lo ha recorrido en *kariol* con caballos de posta -cuando encontraba-. Y se ha llevado una impresión de encanto y de poesía tan viva aún en su memoria, que quisiera impregnar con ella este relato.

En la época en que transcurre esta historia -1862- Noruega no estaba aún atravesada por el ferrocarril que permite actualmente ir de Estocolmo a Drontheim por Cristianía. En la actualidad una inmensa red de vías férreas se ha extendido a través de estos dos países escandinavos, poco inclinados a vivir una vida en común. Pero, encerrado en estos vagones de ferrocarril, si el viajero va más rápido que en *kariol*, no puede ver nada, en cambio, de la originalidad de los caminos de antaño. Se pierde la travesía de Suecia meridional por el curioso canal de Gotha, cuyos barcos de vapor, elevándose de esclusa en esclusa, suben hasta trescientos metros de altura. En fin, no puede detenerse ni en las cataratas de Trollentann, ni en Drammen, ni en Korsberg, ni delante de todas las maravillas de Telemark.

En aquella época el ferrocarril era sólo un proyecto. Cerca de veinte años debían transcurrir antes que pudiera atravesarse el reino de Escandinavia de parte en parte –en cuarenta horas-, e ir hasta el cabo Norte, con billetes de ida y vuelta por el Spitzberg.

Precisamente Dal era entonces -iy que lo sea por mucho tiempo!- este punto central que atrae a los turistas extranjeros o indígenas; éstos últimos, estudiantes de Cristianía en su mayor parte. Desde allí, pueden dispersarse por toda la región del Telemark y de Hardanger, subir por el valle de Vestfjorddal entre el lago Mjos y el lago Tinn, y llegar a las maravillosas cataratas del Rjukan. Sin duda, sólo existe una única posada en esta aldea; pero es la más atractiva, la más confortable que pueda desearse, la más importante también, ya que tiene cuatro habitaciones a disposición de los viajeros. En una palabra, es la posada de la señora Hansen.

Algunos bancos rodean la parte inferior de sus muros de color de rosa, aislados del suelo por unos sólidos cimientos de granito, las vigas y las planchas de madera de abeto de sus paredes han adquirido con el tiempo una dureza tal, que el acero de un hacha se embotaría en ellas. Entre los maderos, dispuestos horizontales unos encima de otros, se ha formado una junta de musgo mezclado con arcilla que impide a las más violentas lluvias de invierno penetrar en el interior. Los techos de las habitaciones están pintados en rojo y negro, contrastando con los colores más alegres de las paredes. En un rincón de la gran sala de estar, una estufa circular, cuyo tubo se pierde en el oscuro hueco de la chimenea de la cocina. Aquí también, la caja del reloj pasea sobre un ancho cuadrante esmaltado las agujas labradas y va pautando los segundos con su sonoro tictac. Más allá se encuentra el viejo escritorio de molduras oscuras, cerca de un trípode macizo. Sobre una repisa se halla el candelabro de tierra cocida. Los mejores muebles de la casa adornan esta estancia: la mesa de raíz de abedul, de patas robustas, el cofre-baúl, de historiadas cerraduras, donde se guardan los hermosos trajes de las fiestas y de los domingos, el gran sillón duro como una losa de iglesia, las sillas de madera pintada, la rueda rústica, adornada con tonos verdes que resaltan vivamente sobre la falda roja de las hilanderas. Luego, aquí y allí, el tarro para conservar la mantequilla, el rodillo para comprimirla, la caja de tabaco y de rapé, de marfil

esculpido. En fin, encima de la puerta abierta que da a la cocina, un ancho estante exhibe sus hileras de utensilios de cobre y latón, de bandejas y platos esmaltados, de cerámica y de madera, la pequeña muela de afilar, media hundida en su caracol barnizado, la huevera, antigua y solemne, que podría usarse como cáliz; y las paredes tan alegres, cubiertas de tapicerías representando asuntos bíblicos, coloreadas con todos los colores de la estampería de Epinal. En cuanto a las habitaciones de los viajeros, no por ser más sencillas son menos confortables, con sus pocos muebles extremadamente limpios, sus cortinas verdes que cuelgan desde el techo, su ancha cama cubierta de blancas sábanas de fresco lienzo de *akloede* y sus artesonados, de los que cuelgan versículos del Antiguo Testamento, escritos en tinta amarilla sobre fondo rojo.

No debemos olvidar que el suelo de la sala de estar, así como el de las habitaciones de la planta baja y del primer piso, están cubiertos de ramitas de abedul, de abeto, de enebro, cuyas hojas llenan la casa con su vivificante perfume.

¿Cabe imaginarse una posada más agradable en Italia o en España? ¡No! Y la oleada de turistas ingleses no había provocado aún un alza en los precios, como en Suiza -por lo menos en aquella época-. En Dal, no era la libra esterlina, ni la onza de oro, que desaparecerían pronto de los bolsillos del viajero, lo que circulaba, sino los *species* de plata, de un valor aproximado a los cinco francos, y sus subdivisiones, el marco, que valía un franco, el *skilling* de cobre, que no debemos confundir con el *shilling* británico, ya que equivale a diez céntimos tan sólo. Tampoco los turistas podían hacer uso abusivo de los billetes de banco en Telemark. Allí sólo existe el billete de un *specie*, que es blanco, el de cinco que es azul, el de diez que es amarillo, el de cincuenta que es verde y el de cien que es rojo. Con sólo dos más se obtendrían los colores del arco iris.

Además -y esto no puede menospreciarse en esta hospitalaria casa-, la alimentación es muy buena, cosa rara en la mayor parte de las posadas de la región. En efecto, el Telemark justifica plenamente el sobre nombre de "País de la leche cuajada". Ni en Tinnes, Listhus, Tinoset, ni en muchos otros lugares, se encuentra nunca pan, y cuando se encuentra es de tan mala calidad que es mejor pasarse sin él. Lo sustituye una especie de torta de avena, el *flatbrod*, seca, negra y dura como el cartón, o bien una especie de pastel ordinario, hecho con una sustancia sacada de la corteza de abedul mezclada con licue o paja trinchada. Encontrar huevos también es raro, a menos que las gallinas hayan puesto ocho días antes. Pero en cambio abundan allí la cerveza de clase inferior, la leche cuajada, dulce o agria, y a veces un poco de café, tan espeso que más parece hollín hervido que el delicioso brebaje de Moka, de Borbón o de Río Nuñez.

En casa de la señora Hansen, al contrario, la bodega y despensa estaban ordenadamente provistas. ¿Qué más pueden desear los turistas más exigentes? Salmón cocido, salado o ahumado, *hores*, salmón de los lagos que no ha conocido nunca las aguas amargas, peces de

los ríos de Telemark, aves, ni demasiado duras, ni demasiado secas, huevos preparados de mil maneras, finas galletas de centeno y de cebada, frutas y muy particularmente fresas, pan moreno, pero de excelente calidad, cerveza y viejas botellas de vino de Saint-Julien, que propaga hasta aquellas lejanas tierras la fama de dos viñedos de Francia.

La buena reputación de la posada de Dal se extendía por todos los países del norte de Europa. Cosa que puede comprobarse, además, hojeando las amarillentas hojas del libro en el cual los viajeros se complacen en estampar su nombre al pie de más de un cumplido dedicado a la señora Hansen. La mayoría de éstos son suecos y noruegos, llegados de todos los puntos de Escandinavia.

No obstante, también los ingleses abundan; y uno de ellos, por haber tenido que esperar una hora para contemplar la cumbre del Gusta despejada de las brumas matinales, escribió británicamente en una de sus páginas:

"Patientia omnia vincit."

También hay algunos franceses, uno de los cuales, que es mejor no nombrar, se permitió escribir:

"No tenemos más que alabarnos de la recepción que se nos ha hecho en esta posada."

Aún con faltas gramaticales y todo, esta frase de reconocimiento rinde homenaje a la señora Hansen y a su hija, la simpática Hulda del Vestfjorddal.

Capítulo III

Sin estar muy versado en la ciencia etnográfica, puede afirmarse, de acuerdo con ciertos sabios, que existe un parentesco entre las altas familias de la aristocracia inglesa y las antiguas familias del reino escandinavo. Se encuentran numerosas pruebas de ello en muchos nombres de antepasados, que son idénticos en ambos países. Y no obstante, no existe una aristocracia en Noruega. Pero aún cuando domine la democracia ello no obsta para que sean aristócratas en alto grado. Todos son iguales por lo alto, en vez de serlo por la bajo. Hasta en las más humildes cabañas vemos el árbol genealógico, que no ha degenerado por haberse arraigado en tierra plebeya. En él se resaltan los blasones de las familias nobles de la época feudal de los cuales descenden estos sencillos campesinos.

Lo mismo ocurría con los Hansen de Dal, parientes, en grado remoto, sin duda, de estos pares de Inglaterra, creados después de la invasión de Rollón de Normandía. Y, si no poseían ya la situación y la riqueza, habían conservado por lo menos el orgullo primitivo, o mejor aún, la dignidad, que la sustituye en todas las condiciones sociales.

¡Además, poco importaba! Aún cuando sus antepasados fueran de alta alcurnia, no dejaba de ser Harald Hansen el posadero de Dal. Había heredado la casa de su padre y de su abuelo, cuya situación en el país se complacía en recordar. Después, su mujer había continuado ejerciendo esta profesión de manera que se hizo merecedora del afecto general.

¿Había hecho fortuna Harald, en aquel oficio? Nadie lo sabía. Pero había podido educar a su hijo Joel y a su hija Hulda, sin que ninguno de los dos tuviera que sentir la dureza de la vida. E incluso había acogido a un hijo de una hermana, Ole Kamp, a quien la muerte de sus padres había dejado huérfano. Y al cual había educado como a sus propios hijos.

Sin su tío Harald, este muchacho no hubiera vivido mucho, y Ole Kamp sentía por sus padres adoptivos un agradecimiento y un afecto filial. Nada debería romper jamás este lazo que le unía a la familia Hansen. Su boda con Hulda lo estrecharía más y atándole a ellos para toda la vida.

Harald había muerto hacía aproximadamente unos dieciocho meses. Sin contar la posada de Dal, al morir dejó a su viuda un pequeño *soeter* situado en la montaña. El *soeter* es como una granja aislada de un rendimiento generalmente mediocre, cuando no nulo. Y las últimas temporadas no habían sido muy buenas. Todos los cultivos habían sufrido, incluso los pastos. Hubo muchas de aquellas "noches de hierro", como las llaman los campesinos noruegos, noches de viento y de helada, que destrozan los cultivos hasta las simientes. De aquí proviene la ruina de los cultivadores del Telemark y de Hardanger.

Pero, si la señora Hansen sabía muy bien a qué atenerse sobre su situación, no lo había manifestado nunca a nadie, ni aún a sus hijos. De un carácter frío y taciturno, ella era poco

comunicativa, de lo que Hulda y Joel sufrían visiblemente. Pero, con aquel respeto para el cabeza de familia, innato en los países del Norte, se mantenían también en una reserva que no dejaba de serles penosa. Por otra parte, la señora Hansen no pedía nunca ayuda ni consejo, estando siempre absolutamente convencida de la seguridad de su juicio, siendo, en este aspecto, muy noruega.

La señora Hansen tenía a la sazón cincuenta años. Si la edad había blanqueado su cabeza, no podía decirse que hubiera encorvado su talle, ni menguado la vivacidad de su mirada, de un azul intenso, color que habían heredado los ojos de su hija. Únicamente su cutis se había vuelto amarillento como un viejo pergamino, y algunas arrugas empezaban a surcar su frente.

La "señora", como dicen en los países escandinavos, iba vestida invariablemente con una falda negra, a grandes pliegues, en señal de luto desde la muerte de Harald. Su corpiño oscuro ceñíase sobre una blusa de algodón crudo. Cubría sus espaldas una pañoleta oscura, que cruzaba sobre su pecho, cubriendo parte del ancho delantal que se ataba a su espalda. Su cabeza iba siempre cubierta por un gorrito de gruesa seda negra, especie de cofia que va desapareciendo de los tocados de moda. Sentada muy derecha, en su sillón de madera, la grave hostelera de Dal no abandonaba su rueca más que para fumar una pequeña pipa de corteza de abedul, cuyas volutas de humo la envolvían en ligeras nubes.

En verdad, la casa hubiera parecido muy triste sin la presencia de los dos muchachos.

Joel Hansen era un chico estupendo. De veinticinco años, fornido, alto, como todos los montañeses noruegos, arrogante sin fanfarronería, atrevido sin ser temerario. Era de un rubio castaño, con unos ojos azul oscuro, casi negros. Su vestido hacía resaltar sus anchos hombros, que no se doblaban fácilmente, su ancho pecho, dentro del cual funcionaban admirablemente sus buenos pulmones de guía de las montañas, sus brazos vigorosos, sus piernas acostumbradas a las ascensiones más difíciles de las altas cumbres del Telemark. Su chaqueta azul, ceñida a la cintura, se cruzaba sobre el pecho en dos tiras verticales y estaba adornada con dibujos de colores en la espalda, parecidos a los de algunas túnicas celtas de Bretaña. El cuello de la camisa se abría ampliamente. Sus calzones amarillentos estaban recogidos debajo de la rodilla por unas ligas con bucles. Cubría su cabeza un sombrero oscuro, de anchas alas, con bordes rojos, y sus piernas con polainas o con botas altas, de gruesa suela, de tacón plano, parecidas a las botas de mar.

Joel había escogido el oficio de guía de la bailía del Telemark y hasta de lo más hondo de las montañas del Hardanger. Siempre dispuesto a partir, infatigable, merecía compararse a estos héroes noruegos como Rollón-el-Andador, célebre en leyendas del país. Acompañaba a los cazadores ingleses que acudían a cazar el *riper*, ave marina mayor que de las Hébridas, el *jerper*, perdiz más delicada que la de Escocia. Llegado el invierno, la caza de lobos lo atraía, cuando estos animales carniceros, empujados por el hambre, se aventuraban por las

superficies de los lagos helados. Luego, en verano, era la caza del oso, cuando este animal, seguido por sus crías, viene a buscar su alimento de hierba fresca, y que debe perseguirse a través de las mesetas, a una altura de más de mil pies. Más de una vez Joel no perdió la vida gracias a su prodigiosa fuerza, que le hacía capaz de resistir los terribles abrazos de estas formidables bestias, y a su imperturbable sangre fría, que le permitía desprenderse de ellas.

En fin, cuando no había ni turistas para guiar al valle del Vestfjorddal, ni cazadores para acompañar a los *fields*², Joel se ocupaba del pequeño *soeter*, situado algunas millas lejos, en la montaña. La señora Hansen tenía empleado allí a un joven pastor, que estaba encargado de guardar una media docena de vacas, ya que el *soeter* sólo disponía de pastos, ninguna clase de cultivos.

Por su carácter amable y servicial, Joel era conocido en todos los *gaards* del Telemark, lo que quiere decir que todos le querían. Por su parte, él adoraba sobre todo a tres personas, que eran su madre, su primo Ole y su hermana Hulda.

Cuando Ole Kamp se había marchado de Dal para embarcarse por última vez, Joel sintió más que nunca, no poder dar una buena dote a Hulda que le hubiera permitido no separarse ya de su prometido. Verdaderamente, si hubiera estado en condiciones de hacerse a la mar, no hubiera dudado en embarcarse en lugar de su primo. Pero para casarse era necesario disponer de algún dinero, y como la señora Hansen no se había comprometido con el joven, Joel comprendió que por el momento no podía sacar nada de los bienes familiares. Por tanto, Ole tuvo que partir a lo lejos, más allá del Atlántico. Joel lo había acompañado hasta el límite del valle, por la carretera de Bergen, y se despidió de él con un fuerte abrazo, deseándole un buen viaje y un feliz regreso. Luego había vuelto a su casa para consolar a su hermana, a quien quería con un amor a la vez fraternal y paternal.

Hulda tenía a la sazón dieciocho años. No se trataba de una *piga*, nombre que se le da a las sirvientas de las hosterías noruegas, sino de una verdadera *froken*, la señorita, del mismo modo que su madre era la señora de la casa. ¡Qué carita más simpática la suya, encuadrada por sus rubios cabellos, casi dorados, que le caían por la espalda en largas trenzas! ¡Qué fino era su talle, ceñido por el corpiño de paño rojo a rayas verdes, adornado con bordados de colores, entreabierto por delante, y del que salía la blusa blanca, cuyas mangas se ceñían a las muñecas anudadas con cintas de color! ¡Cuán graciosa era su figura, cuando se ponía el cinturón verde con cierres de filigrana de plata, que sostenía la falda verde también cubierta por un delantal de bordados multicolores, y bajo el cual asomaban las lindas piernas enfundadas en blancas medias! ¡Sí!, la novia de Ole era encantadora, con esta fisonomía un poco melancólica de las muchachas del Norte, pero sonriente al mismo tiempo. Su presencia

² Montañas.

evocaba el recuerdo de Hulda la Rubia, de la cual ella llevaba el nombre, que la mitología escandinava ha creado como un hada feliz que vela en el hogar doméstico.

Su aire modesto y reservado no le quitaba la gracia con que sabía acoger a los huéspedes de un día, que se detenían en el albergue de Dal. Ya era conocida en el ambiente turístico. ¿No era ya una atracción el poder cambiar con Hulda un cordial apretón de manos?

Y luego decirle:

-Gracias por esta comida. ¡*Tack for mad!*

Y qué más amable que oírla contestar con su voz fresca y sonora:

-Que os sea provechoso. ¡*Wed bekomme!*

Capítulo IV

Hacía un año que Ole Kamp se había marchado. Tal como había dicho en su carta, aquella campaña de invierno en los parajes de Terranova era sumamente ruda. Bien es verdad que se llega a ganar mucho dinero, ¡Cuándo se gana! Claro que hay también los vendavales del equinoccio, que sorprenden a las embarcaciones a lo largo de las islas y pueden destruir en pocas horas toda una flotilla pesquera. Pero el pescado abunda en aquellas alturas de Terranova, y las tripulaciones, cuando tienen suerte, hallan buena compensación a las fatigas y peligros pasados.

Por lo demás, los noruegos son en general buenos marinos. No rehuyen el trabajo. Por entre los fiordos del litoral, desde Cristianía hasta el cabo Norte, entre los arrecifes de Finmark, a través de las Loffoden, las ocasiones no les falta de familiarizarse con el furor del océano. Cuando atraviesan el Atlántico Norte para dirigirse a las lejanas aguas de Terranova, ya dan muestras de su valor. Durante su infancia, todos los golpes que han recibido los huracanes, en la costa europea, les ha preparado para afrontar los rudos golpes de las mismas tempestades en el gran banco de Terranova.

Los noruegos tienen, sin embargo, a quien parecerse. Sus antepasados fueron siempre intrépidos marinos y gente de mar, en la época en que las Hansas habían acaparado el comercio de la Europa septentrional. Quizá también fueron un poco piratas antiguamente, pero la piratería era entonces aceptada. Sin duda, el comercio se ha moralizado desde entonces, aunque creemos que queda aún bastante por hacer.

Sea como sea, los noruegos han sido, son y serán siempre, audaces navegantes. Ole Kamp no era hombre que desmintiera las promesas de su origen. Su aprendizaje, su iniciación en aquel duro trabajo los debía a un viejo lobo de mar de Bergen. Toda su infancia había transcurrido en aquel puerto, uno de los más frecuentados de Escandinavia. Antes de hacerse a la mar, había sido uno de los más chiquillos de los fiordos, descubriendo pájaros acuáticos y pescando innumerables peces que servían para fabricar el *stock-fish*. Luego, se enroló de grumete y navegó por el Báltico y por el mar del Norte, llegando incluso hasta el océano Ártico. De esta forma realizó varios viajes a bordo de las grandes embarcaciones de pesca y obtuvo el grado de capitán, cuando tuvo veintiún años. Ahora ya tiene veintitrés.

Y, cuando se hallaba en Dal, era un digno camarada de Joel. Le seguía en todos sus recorridos a través de las montañas, hasta las más elevadas mesetas del Telemark. Los *fields*, después de los fiordos, le convenían a aquel joven marinero, y nunca se quedaba atrás, a no ser que fuera para hacer un rato de compañía a su prima Hulda.

Una fuerte amistad se estableció poco a poco entre Ole y Joel. Y, como era de suponer, este sentimiento tomó otra forma con respecto a la muchacha. Y, ¿cómo no había de

animarle Joel? ¿Dónde encontraría su hermana, en toda la provincia, un muchacho mejor, más simpático, más abnegado, de más buen corazón que él? Con Ole por marido, la seguridad de Hulda estaba asegurada. Fue, pues, con consentimiento de su madre y de su hermano, que la joven se dejó llevar por la inclinación natural de sus sentimientos. No porque las gentes del Norte sean poco demostrativas, puede tachárselas de insensibilidad. ¡No! Es su manera de ser.

En fin, un día que los cuatro se hallaban reunidos en el salón, Ole dijo sin preámbulos:

-Tengo una idea, Hulda.

-¿Cuál? -contestó la muchacha.

-¡Me parece que deberíamos casarnos!

-Yo también lo creo así.

-Sería conveniente, en verdad -añadió la señora Hansen, como si se tratara de un asunto discutido desde mucho tiempo atrás.

-Efectivamente, y entonces, Ole -replicó Joel-, yo me convertiría en tu cuñado.

-Sí -dijo Ole-, y es probable Joel, que aún te quisiera más...

-¡Si es posible!

-¡Ya lo verás!

-A fe mía que no deseo nada mejor -contestó Joel, estrechando la mano de Ole.

-Entonces, ¿queda convenido así, Hulda? -preguntó la señora Hansen.

-Sí madre -contestó la joven.

-Piénsalo bien, Hulda -contestó Ole-. Hace ya mucho tiempo que te quiero, sin decírtelo.

-¡Yo también, Ole!

-Cómo empezó, no puedo decírtelo.

-Ni yo tampoco.

-Sin duda Hulda, fue al verte cada día más guapa, más buena...

-¡Exageras, querido Ole!

-¡Oh, no! Y no enrojecas si te digo esto, ya que es verdad. Señora Hansen, ¿usted no se había dado cuenta de que amaba a Hulda?

-Un poco.

-¿Y tú, Joel?

-¿Yo? ¡Ya lo creo!

-Francamente -prosiguió Ole, sonriendo- creo que habrías tenido que avisarme.

-Pero, Ole -preguntó la señora Hansen-, ¿no parecerán demasiado penosos tus viajes cuando estés casado?

-¡Tan penosos -contestó Ole- que ya no viajaré más después de casado!

-¿No viajarás más?

-No, Hulda. ¿Crees que me sería posible dejarte durante estos largos meses?

Entonces, ¿es la última vez que te vas a la mar?

-Sí; pero, con un poco de suerte, este viaje me permitirá disponer de cierta cantidad, ya que los señores "Help Hermanos" me han prometido formalmente darme la parte entera...

-¡Son unas excelentes personas! -dijo Joel.

-Como no hay otras -añadió Ole-, y bien conocidas y apreciadas por todos los marinos de Bergen.

-Querido Ole -dijo entonces Hulda-, ¿qué es lo que harás cuando no navegues?

-Entonces seré el compañero de Joel. Tengo buenas piernas, y si aún no lo fueran bastante, haría que lo fuesen adiestrándome poco a poco. Además, he pensado en un asunto que puede ser un buen negocio. ¿Por qué no establecemos un servicio de mensajerías entre Drammen, Konsberg y los *gaard*s del Telemark? Las comunicaciones no son ni fáciles ni regulares y quizá sería una manera de ganar dinero. En fin, tengo mis ideas sin contar...

-¿Qué?

-¡Nada! Ya lo veremos cuando regrese. Pero, te advierto que estoy decidido a hacer todo lo posible para que Hulda sea la mujer más envidiada del país. ¡Sí! ¡Bien decidido!

-Si supieses, Ole, lo fácil que será -contestó Hulda cogiéndole la mano-. ¿No está casi hecho ya? ¿Existe otra casa más feliz que la nuestra en Dal?

La señora Hansen volvió la cabeza un instante.

-Entonces -continuó Ole alegremente-, ¿es asunto concluido?

-Sí -contestó Joel.

-¿Y ya no hay nada más que hablar?

-Nada más.

-¿No te arrepentirás, Hulda?

-Nunca, querido Ole.

-En cuanto a señalar la fecha de la boda, creo que es mejor esperar a tu regreso -añadió Joel.

-Sea, pero sería muy desgraciado si antes de un año no estoy de vuelta para conducir a Hulda a la iglesia Moel, donde nuestro amigo el cura Andresen no rehusará darnos su bendición.

Y así fue como quedó decidida la boda de Hulda Hansen con Ole Kamp.

Ocho días más tarde, el joven marinero debía embarcarse en Bergen. Pero, antes de separarse, los novios se habían prometido de acuerdo con la conmovedora costumbre de los países escandinavos.

En Noruega se tiene la costumbre de celebrar el compromiso, incluso cuando la boda no deba celebrarse hasta tres o cuatro años después. Pero no vayan a creer que la petición de mano, como llamamos nosotros al compromiso de noviazgo, sea simple cambio de promesas, cuyo valor sólo se basa en la buena fe de los contrayentes. ¡No! El compromiso es mucho

más serio, y aunque este acto no sea reconocido por la ley, lo está por la costumbre, ley natural.

Se trataba, pues, en el caso de Hulda y de Ole Kamp, de organizar una ceremonia presidida por el cura Andresen. No había ministro del Señor en Dal, ni en la mayoría de los *gaards* de los alrededores. En Noruega se encuentran ciertos pueblos que llevan el nombre de "población de domingo", en la cual se levanta el presbiterio, el *proestegjelb*. Allí se reúnen para el oficio las principales familias de la parroquia. Algunas poseen incluso pequeños aposentos para permanecer las veinticuatro horas, o sea el tiempo necesario para cumplir con sus deberes religiosos. Después vuelven a sus casas, como si volvieran de un peregrinaje. Aún cuando existía una capilla en Dal, el cura sólo iba cuando así se le solicitaba, para efectuar ceremonias de orden privado.

Después de todo, Moel no estaba lejos. Sólo una media milla -aproximadamente diez kilómetros- desde Dal hasta el extremo del lago Tinn. En cuanto al cura Andresen, era un hombre servicial y un buen andarín. El cura fue invitado para acudir a la ceremonia del noviazgo, en su doble calidad de ministro y de amigo de la familia Hansen. Hacía muchos años que se conocían. Había visto crecer a Hulda y a Joel y los quería tanto como quería también al "joven lobo de mar", Ole Kamp. Nada podía complacerle más que aquella boda. Era algo que alegraría todo el valle del Vestfjorddal.

Y una mañana, el buen cura Andresen, cogió su breviario, y partió bajo un cielo bastante nublado. Joel fue a recibirle a mitad del camino y juntos llegaron a la hostería. No hay que decir cómo fue recibido por los Hansen que le habían reservado la mejor habitación de la planta baja, adornándola con ramas de enebro recién cortadas, que la perfumaban como una capilla.

A la mañana siguiente, a primera hora, se abrió la pequeña capilla de Dal. Allí, ante al cura y en presencia de varios amigos y vecinos de la hostería, Ole juró sobre el breviario que se casaría con Hulda y Hulda juró que se casaría con Ole, cuando regresara del último viaje que el joven marino iba a emprender. Un año de espera es largo, pero pasa al fin, cuando uno está seguro del otro.

Ahora Ole no podría ya repudiar, sin un motivo grave, a la mujer con quien se había prometido; y Hulda no podría traicionar la fidelidad que había jurado a Ole. Y si Ole Kamp no hubiera tenido que marcharse pocos días después del noviazgo, habría podido disfrutar de los derechos que éste le otorgaba: poder visitar a la joven cuando lo deseara, escribirle siempre que quisiera, acompañarla en sus paseos, cogidos del brazo, incluso sin la presencia de los familiares de la muchacha, obtener preferencia sobre todos los demás para bailar con ella en las fiestas y demás ceremonias.

Pero Ole Kamp tuvo que regresar a Bergen. Ocho días después, el *Viken* partía para la campaña de pesca de Terranova. Hulda sólo tenía que esperar entonces las cartas que su novio le había prometido le enviaría por todos los correos de Europa.

Y estas cartas, esperadas con tanta impaciencia, no faltaron nunca. Siempre traían un poco de felicidad a la casa entristecida desde la marcha de Ole. El viaje iba efectuándose en las más favorables condiciones. La pesca era fructífera y los beneficios serían grandes. Y luego, al final de cada carta, Ole hablaba siempre de cierto secreto y de la fortuna que éste debería asegurarle. Este secreto, Hulda hubiera querido descubrirlo, y también la señora Hansen.

Y es que la señora Hansen volvíase cada día más preocupada, más inquieta y encerrada en sí misma. Y una circunstancia, de la cual no habló a sus hijos, vino a aumentar sus preocupaciones.

Tres días después de la llegada de la última carta de Ole, el 19 de abril, la señora Hansen volvía sola del aserradero donde había ido a encargar un saco de viruta al contraamaestre Lengling, y se encaminaba hacia su casa. Un poco antes de llegar a la puerta, un desconocido le salió al paso y la interpeló así:

-¿Es usted la señora Hansen?

-Sí -contestó ella-, pero no le conozco a usted.

-¡Oh, poco importa! -contestó el hombre-. He llegado esta mañana de Drammen y vuelvo allí.

-¿De Drammen? -exclamó vivamente la señora Hansen.

-¿No conocería usted por casualidad a un cierto señor Sandgoist, que vive allí...?

-¡El señor Sandgoist! -repitió la señora Hansen, palideciendo al oír este nombre-. ¡Sí...le conozco!

-Bueno, pues cuando el señor Sandgoist ha sabido que venía a Dal, me ha rogado que la saludara a usted de su parte.

-Y... ¿nada más?

-Nada más, sólo decirle que probablemente vendrá a verla el próximo mes. Buena suerte y buenas noches, señora Hansen.

Capítulo V

Hulda, en efecto, estaba muy extrañada de la insistencia de Ole en hablarle siempre en sus cartas de aquella fortuna que esperaba hallar a su regreso. ¿En qué fundaba sus esperanzas? Hulda no podía adivinarlo, y ansiaba saberlo. Esta impaciencia natural era muy excusable. ¿Vana curiosidad por su parte? De ninguna manera. Pero este secreto le concernía un poco a ella. No es que aquella honrada y sencilla muchacha fuera ambiciosa, ni que sus aspiraciones para el porvenir se elevaran a lo que se llama la riqueza. El afecto de Ole bastaba, y le bastaría siempre. Si la fortuna llegaba, la acogería sin grandes demostraciones de alegría. Pero si no venía, se pasaría sin ella sin disgusto.

Esto era precisamente lo que se decían Hulda y Joel, al día siguiente de recibir la última carta de Ole. En aquello, como en todo lo demás, pensaban de la misma manera.

Y Joel añadió:

-¡No! No es posible, hermanita. ¡Tú me escondes algo!

-¡Yo...! ¿Esconderte?

-¡Sí! Que Ole se haya marchado sin decirte al menos algo de su secreto... ¡es increíble!

-¿Te ha dicho algo a ti, Joel? -contestó Hulda.

-No, hermanita. Pero yo no soy tú.

-Sí, tú eres como yo.

-Yo no soy el prometido de Ole.

-Casi -dijo la muchacha-; y si le ocurriera alguna desgracia, si no volviera de este viaje, tú te desesperarías como yo y tus lágrimas serían tan amargas como las mías.

-¡Ah, hermanita! -contestó Joel-. ¡Te prohíbo que tengas esas ideas! ¡No volver Ole de este último viaje! ¿Hablas en serio, Hulda?

-No, no, Joel. Y no obstante, no sé... No puedo ahuyentar ciertos pensamientos... ¡horribles sueños!

-Sin duda, pero ¿de dónde salen?

De nosotros mismos y de más arriba. Temes, y son tus temores los que te persiguen en sueños. Por lo demás, siempre ha ocurrido así, cuando se ha deseado ardientemente una cosa y se acerca el momento en que los deseos van a realizarse.

-Ya lo sé, Joel.

-En verdad, te creía más fuerte, hermanita ¡Sí! Más enérgica. ¿Cómo es posible? Acabas de recibir una carta en la que Ole te dice que el *Viken* estará de regreso antes de un mes y te llenas la cabeza de preocupaciones...

-¡No...no es la cabeza; es el corazón, Joel!

-De hecho -añadió Joel-, estamos ya al 19 de abril. Ole debe llegar hacia el 15 ó 20 de mayo. No estaría de más que empezaras ya a hacer los preparativos para la boda.

-¿Lo crees así, Joel?

-¡Sí, lo creo, Hulda! Creo incluso que quizá hemos tardado demasiado. ¡Piensa tú! Una boda que va a alegrar no solamente a todo Dal sino a todos los *gaards* vecinos. Quiero que sea algo muy hermoso, y voy a ocuparme yo mismo de preparar las cosas.

Y es que la preparación de una ceremonia de esta clase en los campos de Noruega, y especialmente en Telemark, es un asunto importante que lleva mucho barullo y mucho quehacer.

Por esto, aquel mismo día Joel habló de ello con su madre, pocos minutos después, precisamente del encuentro que había impresionado tan vivamente a la señora Hansen. Al marcharse el desconocido que le había anunciado la próxima visita del Señor Sandgoist, de Drammen, la señora Hansen había entrado en la casa y, sentándose en el gran sillón del salón, maquinalmente daba vueltas a la rueca, absorta en sus pensamientos.

Joel se dio cuenta de que su madre estaba más preocupada que de costumbre, pero, como cuando se le preguntaba qué tenía, contestaba invariablemente que "no tenía nada", su hijo no quiso hablarle más que de la boda de Hulda.

-Madre -dijo-, ya sabéis que Ole nos anuncia en su última carta que probablemente estará de regreso a Telemark dentro de pocas semanas.

-Todos lo deseamos -contestó la señora Hansen- y quiera Dios que no se retrase.

-¿Tendría usted algún inconveniente en fijar la fecha de la boda para el día 25 de mayo?

-Ninguno, si Hulda consiente.

-Su consentimiento lo tengo ya. Y ahora, quisiera preguntarle, madre, si tiene usted la intención de hacer bien las cosas esta ocasión.

-¿Qué quieres decir por "hacer bien las cosas"?- contestó la señora Hansen sin levantar la vista de su rueca.

-Quiero decir, si me lo permite, madre, que la ceremonia tiene que estar a la altura de nuestra situación en el lugar. Debemos invitar a nuestros amigos y, si nuestra casa no es suficiente para albergarlos a todos, siempre encontraremos algún vecino que se prestará a cederles alguna habitación.

-¿Y quiénes serían los huéspedes, Joel?

-Bueno, creo que deberíamos invitar a nuestros amigos de Moel, de Tinnes, de Bamble, ya me cuidaría yo de ello. Me parece también que la presencia de los señores Help, los armadores de Bergen, hará honor a la familia y, con su consentimiento, repito, les propondría venir a pasar un día a Dal. Son unas personas estupendas, que quieren mucho a Ole y estoy seguro que aceptarían.

-¿Crees que es necesario dar tanta importancia a esta boda? -repuso la señora Hansen.

-Sí, lo creo, madre, y además me parece que sería bueno también para nuestra hostería de Dal, que no ha desmerecido, que yo sepa, desde la muerte de nuestro padre.

-¡No...Joel...no!

-¿No es nuestro deber conservarla al menos en el mismo estado en que él la dejó? Por esto creo conveniente dar bastante resonancia a la boda de mi hermana.

-Sí, Joel.

-Además, ¿no es hora ya de que Hulda empiece sus preparativos, a fin de que nada se retrase por su parte? ¿Qué contestáis, madre, a mi proposición?

-Que Hulda y tú hagáis lo que sea necesario...-contestó la señora Hansen.

Tal vez se crea que Joel se apresuraba demasiado, y que hubiera sido más conveniente esperar el regreso de Ole para señalar la fecha de la boda y, sobre todo, empezar a hacer los preparativos. Pero, como decía él, lo que estaría hecho ya no tendría que volverse a hacer. Y, además, el ocuparse de los mil detalles que una ceremonia de esta clase lleva consigo, distraería también a Hulda. Era preciso no dejarla sola con sus presentimientos, que nada justificaba ya.

En primer lugar, debían pensar en la dama de honor. Pero no había que inquietarse: ya la habían escogido. Era una simpática muchacha de Bamble, amiga íntima de Hulda. Su padre, el granjero Helmboe dirigía uno de los *gaards* más importante de la provincia. Este hombre poseía cierta fortuna. Hacía tiempo que apreciaba el carácter generoso de Joel, y no podemos negar que su hija Siegfrid hubiera hecho de dama de honor de Hulda, Hulda a su vez sería su dama. Es una cosa corriente en Noruega. A menudo esas funciones se reservaban para las mujeres casadas. Era un poquito de derogación en provecho de Joel, que Siegfrid Helmboe asistiera a la boda de Hulda Hansen en su calidad de dama de honor.

Tanto para la novia como para la dama de honor, la cuestión más importante era el vestido que se pondría el día de la ceremonia.

Siegfrid, una rubia encantadora de dieciocho años, tenía la intención de presentarse con una *toilette* que realzara su belleza. Prevenida por Hulda -por medio de una carta que Joel mismo se cuidó de entregarle en sus propias manos- se puso inmediatamente a la obra para realizar este trabajo, que tanto preocupa a las mujeres.

Se trataba, en efecto, de la confección de un corpiño cuyos bordados hacían un dibujo que reseguiría el talle de Siegfrid, encerrándolo como en un estuche. Luego la falda, que llevaría encima de una serie de enaguas, cuyo número estaría en concordancia con la fortuna de Siegfrid, pero sin que por ello perdiera nada de su gracia natural. Y en cuanto a las joyas, era cuestión de saber elegir el collar de filigrana de plata engarzado de perlas, los broches del corpiño, de plata dorada o de cobre, los pendientes en forma de corazón, con discos colgantes, los botones dobles, para abrochar el cuello de la camisa, el cinturón de lana o de seda roja, del cual cuelgan cuatro cadenas, los anillos, las pulseras de plata labrada; en fin,

todas las joyas corrientes en aquellas tierras, en las cuales, a decir verdad, el oro no abunda, la plata es de estaño, las perlas son de vidrio soplado y los diamantes de cristal. Pero era preciso que el conjunto alegrara la vista. Y si fuere necesario, Siegfrid no vacilaría en recorrer las ricas tiendas del Señor Benett, de Cristianía, para realizar sus compras. Su padre no se opondría a ello. Al contrario, el buen hombre dejaba de buena gana que su hija hiciera su voluntad. Siegfrid, de todos modos, era lo bastante razonable para no abusar del bolsillo de su padre. En fin, lo que importaba por encima de todo, era que aquel día Joel la encontrara más bella que nunca.

Y en cuanto a Hulda, le ocurría lo mismo. Pero las modas son implacables y proporcionan muchas preocupaciones a las novias cuando se trata de escoger su ajuar de boda.

Hulda ya no llevaría más las largas trenzas que se le escapaban de su cofia de jovencita, ni tampoco el ancho cinturón con broches, que sostenía el delantal sobre la falda roja. Ya no llevaría los lazos de prometida que Ole le había regalado al marcharse, ni el cordón del cual cuelgan estos saquitos de cuero bordado que encierran la cuchara de plata, de mango corto, el cuchillo, el tenedor, el alfilerero, todos estos objetos de uso constante por una mujer en el hogar.

¡No! El día de la boda, la cabellera de Hulda caería libremente sobre sus hombros, y era tan abundante, que sería necesario añadirle aquellos postizos de lino, que usan las jóvenes noruegas menos favorecidas por la naturaleza. En resumen, tanto para su traje como para sus joyas, Hulda sólo tenía que abrir el baúl de su madre. Efectivamente, estos elementos del tocado se transmiten de boda en boda a todas las generaciones de la misma familia. Así vemos reaparecer el jubón bordado de oro, el cinturón de terciopelo, la falda de seda, lisa o de colores, las medias de *wadmel*, la cadena de oro del cuello y la corona -esta famosa corona escandinava, conservada en el mejor sitio del cofre, o engalanada de hojas, en fin, la equivalente a la corona de azahar de los demás países de Europa. Lo que es bien cierto es que este nimbo reluciente, con sus delicadas filigranas, sus colgantes sonoros, sus cristales de colores, encuadraría deliciosamente la bonita cara de Hulda. "La novia coronada", como se dice, haría honor a su esposo. Él también sería digno de ella, con su flamante traje de boda-chaqueta corta, con botones de plata muy unidos, camisa almidonada, con cuello alto, chaleco de seda, calzón estrecho ceñido a la rodilla y, colgando del cinto, con su vaina de cuero, el cuchillo escandinavo, el *dolkknif*, que el verdadero noruego no abandona nunca.

Así, pues, tanto de una parte como de otra, tenían mucho trabajo que hacer. No serían muchas las semanas que faltaban, si quería que todo estuviera listo antes de la llegada de Ole Kamp. Después de todo, si Ole estaba de regreso un poco antes de lo que había anunciado y Hulda no estaba aún a punto, no sería Hulda la que se quejaría, ni Ole tampoco.

Con estas ocupaciones pasaron las últimas semanas de abril y las primeras de mayo. Por su parte, Joel había ido personalmente a hacer las invitaciones, aprovechando que su

profesión de guía le dejaba entonces bastantes ratos libres. Seguramente tendría muchísimos amigos en Bamble, pues era allí donde iba más a menudo. Aún cuando no había ido a Bergen para invitar a los señores Help, les había escrito al efecto. Y, tal como pensaba, estos honrados armadores habían aceptado gustosos la invitación de asistir a la boda de Ole Kamp, el joven patrón del *Viken*.

Y llegó el día 15 de mayo. De un día a otro esperaban ver bajar a Ole de su *kariol*, abrir la puerta y gritar con alegría:

-¡Soy yo...! ¡Ya estoy aquí!

Sólo hacía falta un poco de paciencia. Ya todo estaba listo. Siegfrid, por su lado, sólo necesitaba una señal para comparecer al punto engalanada con todos sus adornos.

Pasó el día 16 y 17, sin recibir ninguna otra carta de Terranova.

-No debes extrañarte, hermanita -le repetía continuamente Joel-. Un barco de vela puede tener muchos retrasos. La travesía es larga desde Saint Pierre-Miquelon a Bergen. ¡Ah!, porque no sería un buque de vapor, ese *Viken*, y yo la máquina. ¡Cómo le empujaría contra viento y marea, aun cuando tuviera que estallar al llegar al puerto!

Decía todo esto, porque veía que la inquietud de Hulda aumentaba de día en día.

Precisamente tenían muy mal tiempo en Telemark. Un fuerte viento azotaba los altos *fields*, y aquellos vientos que soplaban del Oeste venían de América.

-¡Este viento debía favorecer la marcha del *Viken*! -se repetía a menudo la muchacha.

-Sin duda -contestaba Joel-, pero si es demasiado fuerte, puede entorpecerla también y obligarle a hacer frente al huracán. ¿No puede hacerse lo que se quiere en el mar!

-Entonces, ¿tú no estas inquieto, Joel?

-¡No, Hulda, no! Es desagradable este retraso, pero, es natural. No, no estoy nada inquieto y, verdaderamente, no existe motivo para estarlo.

El día 19 llegó a la hostería un viajero que solicitó los servicios de un guía. Se trataba de conducirlo hasta el límite del Hardanger, pasando por las montañas. Aún cuando lo contrariaba dejar sola a Hulda en aquellos instantes, Joel no podía rehusar lo que le pedían. Estaría ausente unas cuarenta y ocho horas todo lo más, y Joel esperaba hallar a Ole cuando regresara. La verdad es que el muchacho empezaba a preocuparse. Pero, así y todo, partió a la madrugada, con el corazón en un puño.

A la mañana siguiente, precisamente una hora después del mediodía, llamaron a la puerta de la hostería.

-¡Será Ole! -exclamó Hulda.

Y corrió a abrir.

En el umbral de la puerta se hallaba un hombre cubierto con un abrigo de viaje, que le era completamente desconocido.

Capítulo VI

-¿Es esta la hostería de la señora Hansen?

-Sí, señor -contestó Hulda.

-¿Está la señora Hansen en casa?

-No, pero va a venir.

-¿Pronto?

-Al instante, si usted necesita hablarle...

-Oh, no. No tengo nada que decirle.

-¿Quiere usted una habitación?

-¡Sí, la mejor de la casa!

-¿Quiere usted comer?

-Lo más pronto posible; y procure que me sirvan de lo mejor que haya.

Estas fueron las palabras que se cruzaron entre Hulda y el viajero, antes de que éste hubiera descendido del *kariol* que lo había conducido hasta el corazón del Telemark, a través de los bosques, los lagos y los valles de Noruega.

Ya conocemos el *kariol*, el instrumento de locomoción tan querido por los escandinavos. Dos largas varas entre las cuales se mueve un caballo, dirigido por unas simples riendas de cuerda que pasan, no por su boca, sino por su nariz; dos grandes ruedas delgadas, cuyo eje, sin muelles, sostiene una pequeña caja coloreada, apenas lo suficiente grande para que quepa una persona, sin capota, sin guardabarros, sin estribo, y detrás de la caja un pequeño saliente, en el cual se instala el *skydskarl*. En conjunto tiene la apariencia de una enorme araña, cuya doble tela estaría formada por las dos ruedas del raro vehículo. Y con esta máquina rudimentaria pueden hacerse recorridos de quince a veinte kilómetros, sin gran fatiga.

A una señal del viajero, el muchacho vino a sujetar el caballo. Entonces, aquel personaje se levantó, se sacudió y puso pie a tierra, no sin bastantes esfuerzos que se tradujeron en una serie de imprecaciones de pésimo mal humor.

-¿Pueden albergar mi *kariol*? -preguntó con rudeza, deteniéndose a la entrada de la casa.

-Sí, señor -contestó Hulda.

-¿Y dar de comer a mi caballo?

-Voy a ponerlo en el establo.

-¡Que lo cuiden bien!

-Así lo haremos. ¿Puedo preguntarle si estará muchos días en Dal?

-No lo sé.

El *kariol* y el caballo fueron conducidos a un pequeño cobertizo situado bajo la protección de los árboles, al pie de la montaña. Era el único establo que tenían en la hostería, pero era suficiente para el servicio de los huéspedes.

Momentos después, el viajero se había instalado en la mejor habitación, tal como había solicitado. Una vez allí, se quitó el abrigo y se calentó junto al fuego que había pedido le encendieran. Mientras tanto, con el fin de satisfacerle, Hulda recomendaba a la *piga* que le preparase la mejor comida posible.

La *piga* era una fuerte muchacha de los alrededores que durante la temporada de verano ayudaba a la cocina y a los trabajos de la hostería.

El recién llegado era un hombre fornido, aún cuando hubiera pasado de los sesenta. Delgado, un poco encorvado, de altura mediana, cabeza huesuda, rostro imberbe, nariz puntiaguda, ojos pequeños de mirada penetrante, tras unos grandes lentes, frente fruncida, labios delgados, demasiado para que se escapara de ellos alguna buena palabra, manos largas y ganchudas; era el verdadero tipo de prestamista o usurero. Hulda tuvo el presentimiento de que este viajero no traería nada bueno a la casa de la señora Hansen.

No podía dudarse que era noruego, pero del tipo escandinavo había cogido sobre todo la parte vulgar. Su atuendo de viaje estaba compuesto de un sombrero plano, de anchas alas, un traje de paño blancuzco, americana cruzada, calzón ceñido a la rodilla por una correa de cuero y encima de todo una especie de pelliza oscura, forrada de piel de cordero, abrigo necesario a causa de las noches muy frías, aún en las mesetas y en los valles del Telemark.

En cuanto al nombre de aquel personaje, Hulda no se lo había pedido. Pero no tardaría en saberlo, ya que tenía que inscribirse en el libro de la hostería.

En aquel momento, la señora Hansen entró. Su hija le anunció la llegada de un viajero que había pedido la mejor habitación y la mejor comida. En cuanto a saber si se prolongaría su estancia en Dal, lo ignoraba, ya que nada le había dicho al respecto.

-¿Y no ha dicho su nombre? -preguntó la señora Hansen.

-No, madre.

-¿Ni de dónde venía?

-No.

-Seguramente es algún turista. Lástima que Joel no esté aquí para ponerse a su disposición. ¿Qué haremos si nos pide un guía?

-No creo que sea un turista -contestó Hulda-. Es un hombre ya de edad...

-Si no es un turista, ¿qué viene a hacer a Dal? -dijo la señora Hansen, más para sí misma que para su hija, y con una entonación que traslucía su inquietud.

Hulda nada podía decirle sobre esto, ya que el viajero no le había dado a conocer sus proyectos.

Una hora después de haber llegado, aquel hombre entró en el gran salón contiguo a su habitación. Al ver a la señora Hansen, se detuvo en el umbral.

Evidentemente, tan desconocido era para la señora Hansen como ella lo era para su huésped. Se acercó hacia ella y, después de haberla mirado por encima de sus lentes, le dijo, sin hacer ningún ademán para quitarse el sombrero de la cabeza:

-¿La señora Hansen?

-Sí, señor -contestó ésta.

Y, en presencia de aquel hombre, experimentó, al igual que su hija, una turbación que no pudo ocultar.

-Entonces ¿es verdaderamente usted la señora Hansen, de Dal?

-Sin duda, señor. ¿Tiene usted que decirme algo de particular?

-Nada. Sólo quería conocerla. ¿No soy su huésped? Y ahora, procure que me sirvan la comida en seguida.

-Su comida está a punto -contestó Hulda-. Si quiere usted pasar al comedor...

-Sí, quiero.

Y habiendo dicho esto, el viajero, se encaminó hacia la puerta que le indicaba la muchacha. Un instante después estaba sentado cerca de la ventana, ante una pequeña mesa servida con esmero.

La comida indudablemente, era buena. Ningún turista -incluso el más exigente- hubiera tenido nada que objetar. No obstante, aquel personaje poco acomodaticio, no ahorró ademanes y palabras de descontento, sobre todo ademanes, ya que no parecía muy locuaz. Verdaderamente, había que preguntarse si sus exigencias eran debidas al mal estado de su estómago o de su mal carácter. El potaje de cerezas y grosellas sólo le convenció a medias, a pesar de ser excelente. Sólo probó con los labios el salmón y el arenque escabechado. El jamón crudo, medio pollo muy apetitoso, las legumbres bien aliñadas, no le gustaron nada. Incluso se mostró descontento de la botella de vino de Saint-Julien y de la media botella de champaña, a pesar de que provenían de las mejores bodegas de Francia.

Y sucedió que, una vez terminada la comida, el viajero no tuvo un solo *tack for mad* para la patrona.

Cuando hubo acabado de comer, aquel grosero personaje prendió fuego a su pipa, salió del salón y fue a pasearse por las orillas del Maan.

Una vez al borde del río, volvióse para contemplar la hostería. Parecía estudiarla por todos lados, como si quisiera calcular su valor. Contó las puertas y ventanas. Luego, acercándose a las vigas que formaban el zócalo de la casa, hizo dos o tres cortes a las mismas con la punta de su *dolkniif*, como si quisiera darse cuenta de la calidad de la madera y de su estado de conservación. ¿Quería saber lo que valía realmente la hostería de la señora Hansen? ¿Pretendía comprarla, aún cuando no estuviese en venta? Por lo menos su actitud

era muy rara. Después de la casa, le tocó el turno al pequeño cercado, del cual contó los árboles y los arbustos. Luego tomó la medida de sus dos lados con pasos calculados, anotando en su carnet las medidas tomadas.

Y continuamente inclinaba la cabeza y fruncía la cejas, exhalando "ihum!", en señal de desaprobación.

Durante estas idas y venidas, la señora Hansen y su hija lo observaban a través de la ventana del salón. ¿Con qué extraño personaje tenía que tratar? ¿Qué finalidad tenía el viaje de aquel maniático? Verdaderamente, era lamentable que todo esto pasara durante la ausencia de Joel, ya que aquel viajero iba a pasar toda la noche en la hostería.

-¿Y si se tratara de un loco? -dijo Hulda.

-¿Un loco...? ¡No! -contestó la señora Hansen-. Pero al menos es un hombre muy raro.

-Siempre es desagradable no saber a quién acoges en tu propia casa -dijo la muchacha.

-Hulda -contestó la señora Hansen-, antes que este viajero vuelva a entrar, no te olvides de llevarle a su cuarto el libro de registro de la casa.

-Sí, madre.

-¡Quizá se decidirá a poner su nombre!

Hacia las ocho, la noche era ya muy oscura, y una fina lluvia empezó a caer, llenando el valle con un velo de niebla que mojaba hasta media montaña. El tiempo era poco propicio a los paseos. Por esto, el nuevo huésped de la señora Hansen, después de haber subido por el sendero hasta el aserradero, volvió a la hostería, pidiendo un vasito de *brandevin*. Sin decir una palabra más, sin desear las buenas noches a nadie, tomó el candelabro de madera, cuya bujía estaba encendida, y penetró en su habitación, corriendo el cerrojo de la puerta, y ya no se le oyó en toda la noche.

El *skydskarl* se había refugiado sencillamente en el cobertizo. Allí, entre las varas del *kariol*, dormía y a pierna suelta, al lado del caballo amarillo, sin preocuparse de la borrasca.

A la mañana siguiente, la señora Hansen y su hija se levantaron al amanecer. Ningún ruido salía de la habitación del viajero, que todavía descansaba. Poco después de las nueve, penetró en el salón, con un aspecto más sombrío que la víspera, si cabe, quejándose de que la cama estaba dura, y que el ruido que hacían en la casa le había despertado; todo esto sin saludar a nadie. Luego, abrió la puerta y contempló el cielo.

El tiempo era mediocre. Un aire frío soplaba desde la cumbre del Gusta, perdida entre los vapores de la niebla, y penetraba en el valle con ráfagas violentas.

El viajero no se atrevió, pues, a salir. Pero no perdió el tiempo. Mientras fumaba su pipa, andaba por la hostería, procurando averiguar la disposición interior, recorrió algunas habitaciones, examinó el mobiliario, abrió las alacenas, los armarios, sin ningún miramiento, como si se hallara en su propia casa. Parecía un tasador procediendo a una comprobación

judicial. Decididamente, si el hombre era singular, sus procedimientos eran cada vez más sospechosos.

Después de examinarlo todo, se sentó en el gran sillón del salón y, con voz seca y áspera, hizo algunas preguntas a la señora Hansen. ¿Cuánto tiempo hacía que la hostería había sido construida? ¿Había sido su marido quien la había hecho construir o lo había heredado? ¿Habían tenido que hacer algunas reparaciones? ¿Cuál era la cabida del recinto y del *soeter* adjunto? ¿Tenía buena clientela? ¿Qué promedio de turistas pasaban por allí a la temporada? ¿Permanecían uno o varios días?, etcétera.

Era evidente que el viajero no se había apercebido del libro que le habían dejado en su habitación, ya que éste hubiera informado, por lo menos, sobre su última pregunta.

Efectivamente, el libro estaba aún en el mismo sitio en que Hulda lo había dejado la víspera y el nombre del viajero no constaba en él.

-Señor -dijo entonces la señora Hansen-, no comprendo bien cómo y porqué todas estas cosas pueden interesarle. Pero si usted quiere saber cómo van nuestros asuntos, nada es más fácil. Sólo tiene que consultar el libro de la hostería. Y le ruego quiera inscribir su nombre, como es costumbre...

-¿Mi nombre...? Ciertamente que pondré mi nombre, señora Hansen...¡Lo pondré en el mismo momento en que me despida de usted!

-¿Tenemos que reservarle su habitación?

-¡Es inútil! -contestó el viajero, levantándose-. Partiré después del desayuno, a fin de estar de regreso en Drammen mañana por la noche.

-¿A Drammen? -exclamó vivamente la señora Hansen.

-¡Sí! Así, pues, ordene que me sirvan al instante.

-¿Vive usted en Drammen?

-¡Sí! ¿Qué hay de extraño en que yo viva en Drammen?

Así, pues, después de haber permanecido medio día apenas en Dal, o, mejor, en la hostería, este viajero volvíase sin haber visto nada del país. No iba más allá del valle. No se preocupaba del Gusta, del Rjukafos, de las maravillas del valle del Vestfjorddal. No era por placer, sino por negocios que había salido de Drammen, donde vivía, y parecía que su viaje no tenía otro motivo que visitar en detalle la casa de la señora Hansen.

Hulda observó que su madre estaba profundamente turbada. La señora Hansen se había sentado en el gran sillón y, apartando su rueca, permanecía inmóvil sin pronunciar palabra.

Mientras el viajero se había instalado en el comedor y se sentaba delante de su mesa.

Tampoco el desayuno, tan bien preparado como lo había sido la cena de la víspera, pareció dejarle satisfecho. Por tanto, comió con apetito y bebió abundantemente, sin precipitarse. Su atención parecía detenerse especialmente en el valor de la plata -lujo que

tienen en gran estima los montañeses de Noruega-, algunos cubiertos que se transmiten de padres a hijos y que se guardan cuidadosamente con las joyas de la familia.

Entre tanto el *skydskar* hacía también los preparativos de marcha en el cobertizo. A las once en punto, el caballo y el *kariol* estaban dispuestos delante de la puerta de la hostería.

El tiempo continuaba tapado, el cielo gris y ventoso. A veces la lluvia golpeaba los cristales de las ventanas como si fuera metralla. Pero el viajero, bajo su gran capote forrado de piel, no era hombre que se inquietara por las ráfagas.

Terminado el desayuno, bebió un último vaso de *brandevin*, encendió su pipa se cubrió con su hopalanda, penetró en el salón y pidió su cuenta.

-Voy a prepararla -contestó Hulda, sentándose frente aun pequeño escritorio.

-¡No se entretenga! -dijo el viajero-. Entretanto déme el libro para que inscriba mi nombre.

La señora Hansen se levantó, fue a buscar el libro y lo puso encima de la gran mesa.

El viajero tomó una pluma y miró por última vez a la señora Hansen, por encima de sus lentes. Luego, con grandes caracteres, escribió su nombre en el libro y lo cerró.

En aquel momento, Hulda trajo la cuenta.

La tomó, examinó los artículos, refunfuñando; luego, comprobó los cálculos.

-¡Hum! -dijo-. ¡Esto sí que es caro! ¿Siete marcos y medio por una noche y dos comidas?

-Hay también el *skydskar* y el caballo -le hizo notar Hulda.

-No importa. ¡Lo encuentro caro! ¡Es verdad, no me extraña que se hagan buenos negocios en esta casa!

-¡Usted no nos debe nada, señor! -dijo entonces la señora Hansen, con una voz tan turbada que apenas se le oía.

Acababa de abrir el libro y había leído el nombre inscrito en las páginas, y repitió, cogiendo la cuenta que rompió en pedazos:

-¡Usted no debe nada!

-¡Eso creo yo! -contestó el viajero.

Y, sin dar los buenos días al salir, como no había dado las buenas noches al llegar, subió al *kariol* mientras el chico saltaba agarrándose a la plataforma del vehículo. Minutos después, desaparecía por un recodo del camino.

Cuando Hulda abrió el libro, sólo leyó este nombre:

"Sandgoist, de Drammen".

Capítulo VII

Hasta el día siguiente por la tarde, no debía regresar Joel de Dal, después de haber acompañado hasta la carretera que conducía a Hardanger, al turista a quien servía de guía.

Hulda, sabiendo que su hermano volvería siguiendo las mesetas del Gusta, por la orilla izquierda del Maan, había ido a esperarle al paso del impetuoso río. Se sentó cerca del pequeño pontón que servía de embarcadero del pequeño bote, sumida en sus reflexiones. A la gran inquietud que le causaba el retraso del *Viken* se añadía ahora una mayor ansiedad. Esta ansiedad había sido causada por la visita de este Sandgoist y por la actitud de su madre hacia él. ¿Por qué, cuando descubrió su nombre, su madre había roto la cuenta y rehusado cobrarle lo que debía? Era un secreto, grave sin duda, que ella ignoraba.

La llegada de Joel sacó a Hulda de sus reflexiones. Lo percibió en seguida, apareciendo y desapareciendo a través de los claros de la montaña, por entre los árboles caídos o quemados. Tan pronto desaparecía bajo las ramas de los pinos, abedules y hayas, como asomaba por entre las hierbas, de los setos. Al fin llegó a la orilla opuesta y subió al bote. Con cuatro golpes de remo franqueó los violentos remolinos del curso de agua, y de un salto alcanzó la orilla, al lado mismo de su hermana.

-¿Ha regresado ya Ole? -le preguntó.

Fue en Ole en quien había pensado antes que nada. Sin embargo, su pregunta quedó sin respuesta.

-¿Ni una carta de él?

-¡Ni una!

Y Hulda irrumpió en sollozos.

-No -exclamó Joel-; no llores, querida hermana, no llores...¡Tus lágrimas me hacen daño...! ¡No puedo consentir que llores... ¡Veamos! ¡Dices que no ha habido carta...! Desde luego, esto empieza a ser inquietante. ¡Pero no es para desesperarse! Mira, si quieres, iré a Bergen. Me informaré...Veré a los señores Help Hermanos. Quizá ellos tengan noticias de Terranova. ¿Por qué el *Viken* no puede encontrarse anclado en algún puerto a causa de averías o por la necesidad de huir del mal tiempo? Es cierto que el tiempo sopla en borrascas hace más de una semana. Muchas veces se ha visto que buques de Terranova se han refugiado en Islandia o en las Feroe. A Ole mismo le ocurrió, hace dos años, cuando se hallaba a bordo del *Strenna*. ¡Y no se dispone de correo todos los días para escribir! Te lo digo tal como lo pienso, hermanita. ¡Cálmate...! Si me haces llorar a mí también, ¿qué es lo que vamos a hacer?

-¡Es más fuerte que yo, Joel!

-¡Hulda...! ¡Hulda...! ¡No te descorazonas...! ¡Te aseguro que yo, por mi parte, no desespero!

-¿Debo creerte, Joel?

-¡Sí, debes creerme! Pero, para tranquilizarte, ¿quieres que vaya mañana a Bergen...? ¿Esta noche, si quieres?

-¡No quiero que me dejes...! ¡No...! ¡No lo quiero! -contestó Hulda, abrazándose a su hermano como si no tuviera a nadie más en el mundo.

Los dos tomaron el camino de la hostería, pero empezó a llover y el viento era tan violento, que tuvieron que refugiarse en la cabaña del barquero, a un centenar de pasos de la orilla del Maan.

Allí, esperaron que la tempestad se calmara un poco. Joel tenía necesidad de hablar. El silencio le parecía más desesperante de lo que él podía decir, aún cuando no fueron palabras alentadoras.

-¿Y nuestra madre? -dijo.

-¡Cada día más triste! -contestó Hulda.

-¿No ha venido nadie durante mi ausencia? -preguntó Joel.

-Sí, un viajero, que ya se ha marchado.

-Entonces, ¿en este momento no tenemos ningún turista en la hostería y nadie ha pedido por un guía?

-No, Joel.

-Mejor, pues prefiero no dejarte ahora. Por otra parte, si continúa el mal tiempo, me temo que este año los turistas renunciarán a recorrer el Telemark.

-¡Sólo estamos en abril, hermano!

-Sin duda, pero tengo el presentimiento de que la temporada no será buena para nosotras. ¡En fin, ya lo veremos! Pero, dime, ¿fue ayer cuando este viajero se marchó de Dal?

-Sí, por la mañana.

-Y, ¿quién era?

-Un hombre que venía de Drammen, donde vive, al parecer, y que se llama Sandgoist.

-¿Sandgoist?

-¿Lo conoces?

-No -contestó Joel.

Hulda se había preguntado si explicaría a su hermano todo lo que había pasado en la hostería durante su ausencia. Cuando Joel supiese con qué desfachatez se había comportado aquel hombre, como parecía calcular el valor de la casa y del mobiliario, la actitud que la señora Hansen había tomado al respecto, ¿qué se imaginaría? ¿No pensaría que su madre debía tener razones muy fuertes para comportarse como lo había hecho? Y, ¿cuáles eran estas razones? ¿Qué podía haber en común entre ella y aquel Sandgoist? En todo ello existía

un secreto amenazador para toda la familia. Joel querría conocerlo, interrogaría a su madre, la colmaría de preguntas...La señora Hansen, tan poco comunicativa, tan refractaria a las efusiones, querría guardar silencio tal como lo había hecho hasta entonces. La situación entre ella y sus hijos, ya bastante triste, volveríase más penosa todavía.

Pero, ¿podía Hulda tener secretos para Joel? Hubiera sido como una paja en la amistad de hierro que los unía el uno al otro. ¡No! Nada podía hacer que esta amistad se rompiera.

-¿Tú no oíste nunca hablar de este Sandgoist, cuando ibas a Drammen? -prosiguió ella.

-Nunca.

-Pues bien, debes saber, Joel, que nuestra madre lo conocía ya, al menos de nombre.

-¿Conocía a Sandgoist?

-Sí, hermano.

-¡Pero, si nunca le he oído pronunciar este nombre!

-Pues lo conocía, aún cuando no lo había visto antes de su visita de anteayer.

Y Hulda le contó todos los incidentes que habían marcado la permanencia del viajero en la hostería, sin olvidar el acto singular de la señora Hansen en el momento de la partida de Sandgoist. Y al finalizar su relato se apresuró a añadir:

-Pienso, Joel, que es mejor no preguntar nada a nuestra madre. Ya la conoces. Esto lo haría más desgraciada aún. El tiempo nos dirá, sin duda, lo que esconde en su pasado. ¡Que el cielo nos devuelva pronto a Ole, y si existe alguna aflicción que amenace nuestra familia, que al menos seamos tres a compartirla!

Joel había escuchado a su hermana con profunda atención. ¡Sí! Entre la señora Hansen y aquel Sandgoist debían de existir razones graves que ponían a la una merced del otro. ¿Podía dudarse que aquel hombre había venido a inventariar la hostería de Dal? ¡Por supuesto que no! Y la cuenta rota en el momento de su marcha -que a él le había parecido la cosa más natural- ¿que podía significar?

-Tienes razón, Hulda -dijo Joel-, no hablaré de nada con nuestra madre. Quizá se arrepienta de no haberse confiado a nosotros. ¡Mientras no sea demasiado tarde! ¡Cómo debe sufrir, pobre madre! ¡Pero es obstinada! ¡No comprende que el corazón de sus hijos está hecho para recibir sus penas!

-Un día llegará a comprenderlo, Joel.

Sí. Por esto debemos esperar. ¡Pero entonces, nadie me impedirá que averigüe quién es este individuo! ¿Quizá el señor Helmbøe lo conoce? Se lo preguntaré la primera vez que vaya a Bamble y, si es necesario, llegaré hasta Drammen. Allí, no me será difícil saber al menos lo que hace este hombre, a qué género de negocios se dedica, qué piensa la gente de él.

-Nada bueno, estoy segura -contestó Hulda-. Tiene una expresión maligna en su cara, su mirada es perversa. Me sorprendería mucho que tuviera un alma generosa bajo su aspecto grosero.

-Vamos -repuso Joel-, no debemos juzgar a las gentes por su apariencia. Me parece que si lo contemplaras cogida del brazo de Ole, le encontrarías una cara más agradable a este Sandgoist.

-¡Mi pobre Ole! -murmuró la muchacha.

-¡Volverá, ya vuelve, ya está en camino! -exclamó Joel-. Has de tener confianza, Hulda. Ole ya no está muy lejos ahora, y le refñiremos cuando regrese por haberse hecho esperar tanto.

La lluvia había cesado. Los dos hermanos salieron de la cabaña y subieron por el sendero hacia la hostería.

-A propósito -dijo entonces Joel-, mañana me vuelvo a marchar.

-¿Vuelves a marcharte?

-Sí, a la madrugada.

-¿Tan pronto, hermano?

-Es preciso, Hulda. Al salir de Hardanger uno de mis camaradas me ha avisado que un viajero venía del Norte a través de las altas mesetas del Rjukanfos, donde debe llegar mañana.

-¿Quién es este viajero?

-A fe mía, que ignoro su nombre. Pero es necesario que esté allí para traerlo a Dal.

-¡Vete, pues, ya que no puedes hacer otra cosa! -contestó Hulda dando un hondo suspiro.

-Mañana, a punta de día, me pondré en camino. ¿Te apena esto, Hulda?

-Sí, hermano. ¡Estoy mucho más tranquila cuando me dejas...aunque sea sólo por algunas horas!

-¡Pues bien, esta vez, para que lo sepas, no me iré solo!

-¿Y quién te acompañará?

-¡Tú, hermanita, tú! Debes distraerte, y voy a llevarte conmigo.

-¡Oh, gracias, querido Joel!

Capítulo VIII

A la mañana siguiente los dos hermanos salieron de la hostería al alba. Unos quince kilómetros de Dal a las célebres cataratas, y otros tantos para regresar, para Joel solo significaba un paseo, pero tenía que procurar que Hulda no se fatigase. Por eso Joel había alquilado el *kariol* del contraamaestre Lengling que, como todos los *kariol*, sólo tenía una plaza. Pero, como aquel hombre era tan gordo, tuvieron que hacerle un asiento a su medida y éste era suficiente para que Joel y Hulda pudieran sentarse uno al lado del otro. Y si el viajero anunciado se hallaba en Rjukanfos se sentaría en el sitio de Joel, y éste volvería a pie o montaría en la plataforma de detrás.

El camino de Dal a las cataratas era delicioso, a pesar de los baches. Indudablemente. Era más un sendero que una carretera. Cada cien pasos aproximadamente, el camino está cortado por arroyos afluentes del Maan, que deben atravesarse por medio de tablones rudamente echados sobre los mismos formando puente. Pero los caballos noruegos están acostumbrados a pasar por encima de ellos sin caerse, y, si el *kariol* no tiene muelles, sus largas varas, un poco elásticas, atenúan en cierta medida los golpes del suelo.

El tiempo era magnífico. Joel y Hulda corrían a buen trote a lo largo de aquellas verdes praderas, bañadas a su izquierda por las claras aguas del Maan. Algunos millares de abedules sombreaban aquí y allí el camino soleado. El rocío de la noche se deshacía en pequeñas gotas que colgaban de la punta de las altas hierbas. A la derecha del torrente, a dos mil metros de altura, las placas de nieve del Gusta lanzaban al espacio un intenso resplandor luminoso.

Durante una hora el *kariol* marchaba rápidamente. La subida era insensible apenas. Pero pronto el valle se iba estrechando. Los arroyos iban transformándose en turbulentos torrentes. Aún cuando el camino volvía sinuoso, no podía evitar todos los desniveles del suelo. Ello hacía que hubiese lugares verdaderamente difíciles de pasar, pero de los cuales Joel sabía salir airoso siempre. A su lado, Hulda nada temía. Cuando el traqueteo era demasiado acentuado, se agarraba al brazo de su hermano. La frescura de la mañana coloreaba sus mejillas, tan pálidas desde hacía algún tiempo.

Pero aún tenían que alcanzar una altura más elevada. El valle sólo permitía el paso del curso del río Maan, entre dos murallas cortadas a pico. En los campos vecinos aparecían una veintena de casas aisladas, ruinas de *soeters* o de *gaards*, abandonados, cabañas de pastores, perdidas entre los abedules y las hayas. Pronto no les fue posible ver el río, pero lo oían rugir sonoramente entre las rocas. El paisaje había tomado un aspecto grandioso y salvaje a la vez, ensanchándose hasta la cresta de las montañas.

Después de dos horas de marcha, llegaron a la vista de un aserradero, al borde de una catarata de mil quinientos pies. Las cascadas de esta altura no son raras en el Vestfjorddal; pero el volumen de sus aguas es poco considerable. En esto las gana la del Rjukanfos.

Al llegar al aserradero, Joel y Hulda descendieron del *karioi*.

-¿Media hora de andar no te fatigará mucho, hermanita? -le preguntó Joel.

-No, hermano, no estoy cansada, y creo incluso que me hará bien andar un poco.

-¡Un poco...! ¡Di más bien mucho, y siempre subiendo!

-¡Me apoyaré en tu brazo, Joel!

Allí, en efecto, habían tenido que dejar el *karioi*, que no hubiera podido pasar por los empinados senderos, los estrechos pasajes, los declives sembrados de rocas bamboleantes, cuyos caprichosos contornos, tan pronto sombreados por los árboles como completamente desnudos, anunciaban la gran catarata.

Ya veían levantarse a lo lejos una especie de vapor espeso en medio del líquido azul. Eran las aguas pulverizadas del Rjukan, cuyas volutas se desplegaban a una gran altura.

Hulda y Joel tomaron un sendero muy conocido por los guías, que desciende hasta lo más angosto del valle. Tenían que deslizarse por entre los árboles y los arbustos. Instantes después, se hallaban sentados los dos sobre una roca tapizada de musgo amarillento, casi enfrente de la catarata. Por este lado no podían acercarse más.

Si los dos hermanos hubieran hablado, habrían tenido gran dificultad de oírse, debido al enorme ruido del agua. Pero sus pensamientos eran de la naturaleza de los que pueden comunicarse con el corazón sin que los labios formen una sola palabra.

El volumen de la catarata del Rjukan es enorme, su altura es considerable, su ruido grandioso. A unos novecientos pies el lecho del Maan se interrumpe, en el medio camino aproximadamente entre el lago Mjos y el lago Tinn. Novecientos pies, es decir, seis veces la altura del Niágara.

Allí, el Rjukanfos tiene extraños aspectos, difícil de ser reproducidos por una descripción. Incluso la pintura sería insuficiente para representarlos. Existen algunas maravillas naturales que es necesario verlas para comprender toda su belleza, entre las cuales cabe contar esta catarata, la más célebre de todo el continente europeo.

Y en esta agradable tarea se hallaba ocupado un turista, sentado en la parte izquierda del Maan. Desde aquel lugar podía contemplar el Rjukanfos más cerca y de más arriba.

Ni Joel ni su hermana lo habían visto aún, a pesar de estar muy visible. No era la distancia, sino un efecto de óptica especial en los lugares de la montaña, que lo hacía parecer muy pequeño y, en consecuencia, más alejado de lo que realmente estaba.

En ese momento el viajero acababa de levantarse y se aventuraba muy imprudentemente por la cresta rocosa que se redondea como una cúpula hacia el lecho del Maan. Era evidente que lo que aquel curioso quería ver eran las dos cavidades del Rjukanfos, una a la izquierda,

llena con el bullicio de las aguas, la otra a la derecha, completamente llena de espeso vapor. Quizá buscaba también la manera de averiguar si existía una tercera cavidad inferior a media altura de la catarata. Sin duda, ello explicaría por qué Rjukan, después de penetrar en la cavidad, rebota de nuevo arrojando, a intervalos, sus desbordantes y tumultuosas aguas que parecen lanzadas cubriendo con sus burbujas los campos de su alrededor.

Pero el turista seguía avanzando por aquella cresta de piedra resbaladiza, sin una raíz, sin una mata, que lleva el nombre de Paso-de-María o *Maristien*.

El curioso imprudente ignoraba la leyenda que ha dado celebridad a aquel lugar. Un día, un joven llamado Eystein quiso alcanzar por este peligroso camino a la hermosa María de Vestfjorddal. Desde el otro lado del camino su prometida le tendía los brazos. De pronto le falló el pie, resbaló, cayó sin poder agarrarse a las rocas unidas como el hielo, desapareció en el abismo, y las aguas del Maan no devolvieron nunca su cadáver.

Lo que le había ocurrido al desgraciado Eystein, ¿iba a ocurrirle a aquel temerario viajero que se había metido por entre las vertientes del Rjukanfos?

Era de temer. Y, efectivamente, él mismo se dio cuenta del peligro, pero demasiado tarde. De pronto, el punto de apoyo le falló y, dando un grito, rodó una veintena de pasos, teniendo sólo el tiempo de agarrarse al saliente de una roca, casi al borde del abismo. Joel y Hulda aún no lo habían visto, pero oyeron su grito.

-¿Qué ocurre? -dijo Joel, levantándose.

-¡Un grito! -contestó Hulda.

-¡Sí...! ¡Un grito de auxilio!

-¿Por qué lado...?

-¡Escuchemos...!

Los dos miraron de izquierda a derecha de la catarata, pero no pudieron ver nada. No obstante, habían oído claramente estas palabras: "¡A mí! ¡A mí!", en medio de uno de estos raros momentos de silencio que duran casi un minuto entre cada salto del Rjukan.

El grito se repitió de nuevo.

-¡Joel -dijo Hulda-, hay algún viajero en peligro que está pidiendo socorro! ¿Debemos acudir en su auxilio!

-¡Sí, hermana y no puede estar lejos! Pero, ¿por qué lado...? ¿Dónde está...? ¡No veo nada!

Hulda subió por la vertiente, por detrás de la roca en la que estaban sentados, agarrándose a las pocas hierbas que cubrían aquella orilla izquierda del Maan.

-¡Joel!-gritó por fin.

-¿ves algo?

-¡Allí..., allí!

Y Hulda señalaba al imprudente, suspendido casi encima mismo del abismo. Si sus pies, apoyados contra el ligero saliente de la roca, le fallaban; si resbalaba un poco; si se dejaba prender por el vértigo, estaba perdido.

-¡Debemos salvarle! -dijo Hulda.

-¡Sí, sin pérdida de tiempo! -contestó Joel-. Con sangre fría podremos llegar hasta él.

Joel dio un largo grito. El viajero lo oyó y volvió la cabeza hacia él. En pocos instantes Joel calculó la manera más rápida y más segura para sacarlo de aquel mal paso.

-Hulda -dijo-, ¿no tienes miedo?

-No, hermano.

-¿Conoces bien la *Maristien*?

-La he pasado varias veces.

-Pues bien, sube por arriba de la cresta y acércate al viajero tanto como te sea posible. Entonces déjate resbalar suavemente hasta él y agárrale la mano de manera que le sujetes bien. ¡Pero que no trate de subir todavía! El vértigo lo arrastraría, y a ti con él, y estarían perdidos.

-¿Y tú, Joel?

-Yo, mientras tú vas por arriba, me arrastraré por debajo a lo largo de la arista, del lado del Maan. Estaré allí cuando llegues y, si resbalas, quizá pueda cogerlos a los dos.

Luego con voz retumbante, aprovechando un momento de calma de Rjukanfos, Joel gritó:

-¡No se mueva, señor...! ¡Espere...! ¡Vamos a socorrerle!

Hulda había desaparecido ya detrás de las rocas, a fin de descender lateralmente por la otra vertiente de la *Maristien*.

Joel no tardó en ver de nuevo a la valiente muchacha, que apareció a la vuelta de los últimos árboles.

Por su parte, arriesgando su vida, empezó a arrastrarse lentamente a lo largo de la porción del redondo declive saliente que bordea el Rjukanfos. ¡Qué maravillosa sangre fría! ¡Cuánta seguridad en los pies y en las manos eran necesarias para bordear este abismo, cuyas paredes se humedecían con los efluvios de la catarata!

Paralelamente a él, pero a un centenar de pies más arriba, Hulda avanzaba de lado, de manera que pudiese ganar más fácilmente el lugar donde el viajero permanecía inmóvil. En la posición en que se hallaba no podía verle la cara, que permanecía vuelta hacia el lado de la catarata.

Joel al llegar debajo de él, se detuvo. Después de apoyarse sólidamente en una fisura de la roca, gritó:

-¡Eh, señor...!

El viajero volvió la cabeza.

-¡Eh, señor! -repitió Joel-. ¡No se mueva lo más mínimo, y aguante firme!

-¡Esté tranquilo, me aguanto firme, amigo mío! -contestó con un tono que tranquilizó a Joel-. Si no me mantuviera firme haría un cuarto de hora ya que estaría en el fondo del Rjukanfos.

-Mi hermana descenderá hasta usted -continuó Joel -y le tomará la mano. ¡Pero no intente subir hasta que yo esté allí! ¡Sobre todo, no se mueva!

-¡Estaré inmóvil como una roca! -dijo el viajero.

Hulda ya había empezado a descender por su lado, buscando los puntos menos resbaladizos de la cresta, colocando los pies en las grietas de las rocas donde podía hallar un apoyo más sólido. Y, tal como había gritado Joel, ella también gritó:

-¡Aguante bien señor!

-¡Sí, ya me aguanto...y me aguantaré, se lo aseguro, tanto como pueda!

Como se ve, las recomendaciones no faltaban. Venían de arriba y de abajo.

-¡Sobre todo, no tenga miedo! -añadió Hulda.

-¡No tengo miedo!

-¡Le salvaremos! -gritó Joel.

-¡Así lo espero, pues, por San Olaf, no podría salvarme solo!

Era evidente que aquel viajero había conservado absolutamente su presencia de ánimo. Pero, después de caer, sin duda, brazos y piernas habían rehusado funcionar, y todo lo que podía hacer ahora era sostenerse en el pequeño repecho que le separaba del abismo.

Mientras tanto, Hulda continuaba descendiendo. Instantes más tarde llegaba al lado del viajero. Entonces, apoyando el pie en la grieta de una roca, le prendió la mano.

El viajero intentó enderezarse un poco.

-¡No se mueva, señor...! ¡No se mueva usted...! -dijo Hulda-. Me arrastraría con usted, y yo no tendría bastante fuerza para retenerle. ¡Debe esperar que llegue mi hermano! Cuando se haya colocado entre nosotros y el Rjukanfos, entonces podrá intentar levantarse al fin de...

-¡Levantarme, hija mía! Es más fácil de decir que de hacer, y mucho me temo que no será cosa fácil.

-¿Está usted herido, señor?

-¡Hum! No tengo nada roto, espero, pero sí al menos una grande y hermosa herida en la pierna.

Joel se hallaba ya a unos veinte pies del lugar que ocupaba Hulda y el viajero. La curva de la cresta le había impedido acercarse directamente. Ahora tenía que remontar aquella superficie lisa y redonda.

Era lo más difícil y también lo más peligroso. Exponía su vida.

-¡No hagas un solo movimiento, Hulda! -le gritó por última vez-. Si resbalan los dos, como ahora no estoy en buena posición para retenerlos, estaríamos perdidos.

-¡No temas, Joel! -contestó Hulda. ¡Piensa sólo en ti y que Dios te ayude!

Joel empezó a subir arrastrándose sobre el vientre con verdaderos movimientos de reptil. Por dos o tres veces experimentó la sensación de que le faltaba el punto de apoyo. Pero, al fin, a fuerza de destreza, alcanzó a llegar hasta el lado del viajero.

Este, que era un hombre ya de edad, pero de complexión vigorosa, tenía una fisonomía agradable, amable y sonriente. En verdad, Joel esperaba más bien hallarse en presencia de algún jovencuelo audaz que se hubiera propuesto franquear la *Maristien*.

-¡Es una imprudencia lo que ha hecho usted, señor! -le dijo, deteniéndose un momento para tomar aliento.

-¡Una imprudencia! -replicó el viajero-. Ya puede usted decir que ha sido una cosa absurda.

-Ha puesto en peligro su vida...

-¡Y les he hecho peligrar la suya!

-Oh, yo...esto forma parte de mi oficio - contestó Joel. Y añadió, enderezándose-: Ahora se trata de alcanzar la cima de la cresta, pero lo más difícil ya está hecho.

-Sí, señor, lo más difícil era llegar hasta usted. Ahora sólo tenemos que subir por una pendiente menos pronunciada.

-Hará usted muy bien en no contar conmigo para nada, muchacho. Tengo una pierna que no me servirá de nada ni ahora ni durante algunos días quizá.

-¡Pruebe de levantarse!

-¡Con mucho gusto, si me ayuda usted!

-Agárrese al brazo de mi hermana. Yo le sostendré por la cintura y le empujaré.

-¿Seguro?

-Seguro.

Bueno, amigos míos, me fío de vosotros. Ya que habéis tenido la idea de sacarme del apuro, me confío en vuestras manos.

Tal como había dicho Joel, las cosas se hicieron con mucha prudencia. Aún cuando la subida por la resbaladiza pendiente presentaba un cierto peligro, los tres salieron airosos de la empresa y mucho más rápidamente de lo que esperaban. Por lo demás, la pierna del viajero no estaba rota ni dislocada, sino que simplemente había sufrido una fuerte desolladura. Por eso pudo ayudarse con sus piernas mucho mejor de lo que creía, no sin experimentar algún dolor, sin embargo. Diez minutos después, estaba a salvo, al otro lado de la *Maristien*.

Pero no se detuvo a descansar bajo los primeros abetos que bordean el *field* superior del Rjukanfos, pues Joel le suplicó que hiciera un último esfuerzo a fin de llegar hasta una cabaña perdida entre los árboles, un poco más allá de la roca en la cual su hermana y él se habían detenido al llegar a la catarata. El viajero intentó realizar el esfuerzo que se le pedía y

lo consiguió, sostenido de un lado por Hulda y del otro por Joel, pudiendo llegar sin mucha pena hasta la puerta de la cabaña.

-Entremos, señor -le dijo entonces la muchacha-; y allí dentro podréis descansar un instante.

-¿Este instante podría durar un buen cuarto de hora?

-Sí, señor; y luego tendrá que usted que acceder a acompañarnos a Dal.

-¿A Dal...? ¡Pues si es precisamente a Dal a donde me dirigía!

-¿Sería usted por casualidad el turista que viene del Norte -preguntó Joel- y que me indicaron en Hardanger?

-Precisamente.

-¡Caramba!, pues no había usted tomado el buen camino...

-Ya me lo parece.

-Y si hubiera podido prever lo que ha sucedido, habría acudido a esperarle al otro lado del Rjukanfos.

-¡Ah, esto hubiera sido una buena idea, muchacho! ¡Me habrías ahorrado una imprudencia, imperdonable a mi edad!

-¡A cualquier edad, señor! -contestó Hulda.

Los tres entraron en la cabaña, que estaba habitada por una familia de campesinos, el padre, la madre y sus dos hijas, que se levantaron para acoger del mejor modo posible a los recién llegados.

Joel pudo apreciar entonces que el viajero sólo se había desollado la pierna más arriba de la rodilla. Esto representaría por lo menos una buena semana de reposo; pero la pierna no estaba rota, el hueso no había sido tocado, y esto era lo esencial.

Los tres aceptaron encantados la excelente leche, las fresas abundantes y el pan negro que les ofrecieron. Joel no trataba de disimular su enorme apetito, y si bien Hulda apenas probó bocado, el viajero hizo la competencia a su hermano.

-Verdaderamente -dijo-, este ejercicio me ha abierto el estómago. ¡Debo reconocer que tomar el camino por la *Maristien* ha sido más que imprudente! ¡Querer hacer el papel del desgraciado Eystein, cuando podría ser su padre...e incluso su abuelo!

-¡Ah! ¿Conoce usted la leyenda? -preguntó Hulda.

-¡Sí la conozco...! Mi nodriza me la contaba para hacer dormir, en la feliz edad en que todavía tenía nodriza. Sí, la conozco, muchachita valerosa, y por esto soy más culpable aún... ¡Ahora, amigos míos, Dal está un poco lejos para un inválido como yo! ¿Cómo pueden transportarme hasta allí?

-No se preocupe por nada, señor -contestó Joel-. Nuestro *Kariol* nos espera al pie del sendero. Sólo tendremos que andar unos trescientos pasos...

-¡Hum...! ¡Trescientos pasos!

-Descendiendo -añadió la muchacha.

-¡Ah!, si todo es de bajada, ya irá bien, amigos míos, y el apoyo de un brazo será suficiente...

-¿Y por qué no de dos? -contestó Joel. Ya que tenemos cuatro a su disposición.

-¡Vaya por dos, vaya por cuatro! De todas maneras no me saldrá más caro, ¿verdad?

-No le costará nada.

-¡Sí! Al menos un agradecimiento por brazo, y ahora me doy cuenta de que aún no les he dado las gracias...

-¿De qué, señor? -contestó Joel.

-¡Sencillamente, de haberme salvado la vida, exponiendo la vuestra!

-Cuando quiera podemos partir...-dijo Hulda.

Después de abonar a los campesinos la comida que habían tomado, el viajero, sostenido un poco por Hulda y mucho por Joel, empezó a descender por el sinuoso sendero que conducía hacia la orilla del Maan para alcanzar la carretera de Dal.

El descenso se efectuó en medio de gemidos que acababan siempre en risa. Por fin llegaron al aserradero y Joel se ocupó de enganchar el caballo al *kariol*.

Cinco minutos después, el viajero estaba instalado en el asiento con la muchacha al lado.

-¿Y usted? -preguntó a Joel-. Me parece que le he quitado el sitio.

-Un sitio que le cedo de todo corazón.

-Quizá si nos apretamos un poco...

-¡No... No...! ¡Tengo mis piernas, señor, buenas piernas de guía! ¡Valen más que las ruedas...!

-¡Y famosas, muchacho, famosas!

Partieron siguiendo el camino que va acercándose poco a poco al Maan. Joel iba a la cabeza del caballo, guiándolo por las riendas, a fin de atenuar el fuerte traqueteo del *kariol*.

El regreso se efectuaba alegremente, al menos por parte del viajero. Les hablaba ya como un viejo amigo de la familia Hansen. Antes de llegar, los dos hermanos le llamaban "señor Sylvius" y el señor Sylvius los llamaba ya Hulda y Joel, como si los tres se conocieran desde largo tiempo.

Hacia las cuatro, el pequeño campanario de Dal asomó después su fina punta por entre los árboles de la aldea. Instantes después el caballo se detenía ante la hostería. El viajero se apeó del *kariol* con bastante trabajo. La señora Hansen había acudido a recibirles a la puerta y, aun cuando el viajero no había pedido la mejor habitación de la casa, fue ésta la que le destinaron.

Capítulo IX

Sylvius Hog fue el nombre que aquella noche se inscribió en el libro de los viajeros y precisamente debajo del nombre de Sandgoist. El mismo contraste de estos dos nombres resaltaba entre los dos hombres que respectivamente los llevaban. Entre ellos no existía ninguna afinidad, ni física ni moral. Generosidad por un lado, avaricia por el otro. Uno era la bondad misma, el otro carecía de alma.

Sylvius Hog tenía apenas sesenta años. Y no lo parecía. Alto, tieso, bien constituido, tan sano de espíritu como de cuerpo, agradable desde el primer momento por su simpático y amable rostro, bajo los cabellos grisáceos, un poco largos, con dos ojos siempre sonrientes, como sus labios, su frente ancha tras la cual los más nobles pensamientos circulaban sin pena, su ancho pecho dentro del cual el corazón latía acompasadamente. A todas estas cualidades se unía un fondo inagotable de buen humor, una fisonomía fina, una naturaleza capaz de todas las generosidades como de todos los desvelos.

Era Sylvius Hog, de Cristianía -esto ya lo explicaba todo-. Y no solamente era conocido, apreciado, amado, honrado en la capital noruega, sino también en todo el país -el país noruego, claro está-. En efecto, los sentimientos que le profesaban no eran los mismos en la otra mitad del reino escandinavo, en Suecia.

Pero la afirmación que hemos hecho requiere una explicación. Sylvius Hog era profesor de leyes en Cristianía. En otros estados, ser abogado, ingeniero, médico, comerciante, quiere decir ocupar el primer puesto de la escala nacional. En Noruega no sucede así. Ser profesor quiere decir estar en la cúspide.

Sí, en Suecia existen cuatro clases: la nobleza, el clero, la burguesía y el campesino; pero en Noruega sólo hay tres: falta la nobleza. No se encuentra ningún representante de la aristocracia, ni entre los funcionarios. En este país privilegiado, en el cual no existen los privilegios, los funcionarios son los humildes servidores del público. En resumen, una igualdad social perfecta, sin distinciones políticas.

Y Sylvius Hog, siendo uno de los hombres más importantes de su país, no debe extrañarnos que fuese miembro del *Storting*. En esta gran asamblea privada y pública, ejercía una influencia que llegaba hasta los diputados campesinos.

Desde la Constitución de 1814, con razón podía decirse que Noruega era una República con el rey de Suecia como Presidente.

Es natural que esta Noruega, tan celosa de sus prerrogativas, haya sabido conservar su autonomía. El *Storting* no tiene nada que ver con el parlamento sueco. Así se comprenderá que uno de sus representantes más influyentes y más patriotas no fuera bien visto del otro lado de aquella frontera ideal que separa Suecia de Noruega.

Este era Sylvius Hog. De carácter muy independiente, no deseando nada, se vio obligado a rehusar muchas veces entrar en el Ministerio. Defensor de todos los derechos de Noruega, se había opuesto constante y firmemente a las usurpaciones de Suecia.

Y tanta es la separación moral y política de los países, que el rey de Suecia -, entonces Oscar XV-, luego de hacerse coronar en Estocolmo, tuvo que hacerse coronar en Drontheim, la antigua capital de Noruega. Tanta es, pues, la reserva mezclada de desconfianza de los noruegos, en los negocios, que el Banco de Cristianía no acepta los billetes del Banco de Estocolmo. Y tanta es, en fin, la demarcación entre los dos pueblos, que la bandera sueca no ondea ni en los edificios ni en los buques noruegos. En uno, el fondo azul atravesado por una cruz amarilla; en el otro, la cruz azul sobre fondo rojo.

Sylvius Hog estaba entregado en cuerpo y alma a Noruega. Defendía sus intereses en todas las ocasiones. Por esto, cuando en 1854 el *Storthing* planteó la cuestión de prescindir del virrey como jefe del país, ni como gobernador, él fue uno de los que intervinieron en la discusión con más ardor y lograron que este principio triunfara.

Así, se concibe, pues, que si no era muy apreciado en el este del reino, lo era en cambio en el oeste, incluso en lo más hondo de los *gaards* más alejados del país. Su nombre corría de boca en boca por la montañosa Noruega desde las tierras de Cristianía hasta las rocas extremas del cabo Norte. Digno de esta popularidad de buena ley, ninguna calumnia había podido salpicar ni al diputado, ni al profesor de Cristianía. Por lo demás, era un verdadero noruego, pero un noruego de sangre ardiente, que no tenía nada de la flema tradicional de sus compatriotas, resuelto en sus pensamientos y en sus actos, cosa que no comporta el temperamento escandinavo. Esto se notaba en seguida por sus rápidos ademanes, por el ardor de sus palabras, la viveza de sus gestos. De haber nacido en Francia, le hubieran llamado en seguida "Un hombre del mediodía", si puede hacerse tamaña comparación, que puede aplicársele con bastante exactitud.

La situación de fortuna de Sylvius Hog le permitía vivir con desahogo, a pesar de que no se había aprovechado nunca de su posición. De un natural desinteresado, nunca pensaba en sí mismo, sino en los otros continuamente. Por esto desdeñaba las grandezas. Ser diputado le satisfacía. Y no quería nada más.

En aquel momento, Sylvius Hog disfrutaba de unas vacaciones de tres meses para reponerse del cansancio producido por un año de laboriosos trabajos legislativos. Hacía seis semanas que había salido de Cristianía con la intención de recorrer todas las tierras que se extienden hasta Drontheim, Hardanger, Telemark, los distritos de Konsberg y de Drammen. Quería visitar aquellas provincias que aún no conocía. Un viaje de estudios y de placer.

Sylvius Hog había recorrido ya una parte de esta región, y fue al volver de las bailías del Norte, cuando quiso admirar la célebre catarata, una de las maravillas del Telemark. Después de haber examinado en el mismo lugar el proyecto, en estudio todavía, de un ferrocarril de

Drontheim a Cristianía, solicitó un guía para que lo condujera a Dal, y esperaba encontrarlo en la orilla izquierda del Maan. Pero, sin esperarlo, atraído por los maravillosos parajes de la *Maristien*, se había aventurado por aquel peligroso camino. ¡Rara imprudencia! De poco le cuesta la vida. Y no podemos negar que, sin la intervención de Joel y Hulda Hansen, el viaje habría terminado con la caída del viajero a los abismos del Rjukanfos.

Capítulo X

La gente es muy instruida en estos países escandinavos; no sólo los habitantes de las ciudades, sino en pleno campo también. Esta instrucción va más allá de saber leer, escribir y contar. El campesino aprende con placer. Su inteligencia es abierta. Se interesa por las cosas públicas. Interviene en los asuntos políticos y comunales. En el *Storthing*, las gentes de esta condición están en mayoría. A veces asisten a las sesiones con el traje de su provincia. Se le señala, con justicia, por su gran razón, su buen sentido práctico, su justa comprensión - aunque sea un poco lenta-, y sobre todo por su incorruptibilidad.

No debemos extrañarnos, pues, que el nombre de Sylvius Hog fuera conocido por todo Noruega y pronunciado con respeto hasta en aquella región un poco salvaje del Telemark.

Por eso, la señora Hansen, al recibir un huésped de tanto valor, creyó conveniente decirle como se sentía honrada de poderlo tener bajo su techo algunos días.

-No sé si esto le procurará a usted algún honor, señora Hansen -contestó Sylvius Hog-; pero lo que sí se es que a mí me complace mucho- ¡Oh, hace mucho tiempo que mis alumnos me han hablado de esta hospitalaria hostería de Dal! Por esto había previsto en venir a descansar aquí durante una semana. Pero ¡que San Olaf me abandone si nunca había pensado llegar a la pata coja!

Y el excelente profesor estrechó cordialmente la mano de su patrona.

-Señor Sylvius -dijo Hulda-, ¿quiere que mi hermano vaya a buscar a un médico a Bamble?

-¡Un médico, pequeña Hulda! ¡Pero, no querrás que pierda el uso de mis dos piernas ahora!

-¡Oh, señor Sylvius!

-¡Un médico! ¿Y por qué no mi amigo el doctor Boek de Cristianía? ¡Y todo por un simple arañazo!

-¡Pero, un arañazo, si está mal cuidado -contestó Joel-, puede convertirse en algo grave!

-¡Ah, ah, Joel! ¿Y por qué quiere usted que esto se convierta en algo grave?

-¡No lo quiero, señor Sylvius -contestó el muchacho-, Dios me libre!

-¡Bueno, pues Dios te libraré de ello, y a mí también, y a toda la casa de la señora Hansen, sobre todo si esta simpática y gentil Hulda quiere consentir en cuidarme...!

-¡Claro que sí, señor Sylvius!

-¡Espléndido, amigos míos! Cuatro o cinco días más y ya habrá desaparecido. Además, ¿cómo es posible no curarse en una habitación tan bonita? ¿Dónde podría estar mejor cuidado que en la hostería de Dal? ¡Y esta estupenda cama, con sus divisas, que valen tanto como las horribles fórmulas de la Facultad! ¡Y esta magnífica ventana, que se abre sobre el

valle del Maan! ¡Y el murmullo de las aguas que se desliza hasta el fondo de mi alcoba! ¡Y el olor de los viejos árboles, que perfuma toda la casa! ¡Y este aire tan bueno, el aire de la montaña! ¡Ah! ¿No es éste el mejor de los médicos? ¡Cuando lo necesitamos, sólo tenemos que abrir la ventana, y entra, nos rejuvenece y no nos pone a dieta!

Sylvius Hog decía con tanta gracia todas estas cosas, que parecía que con él había entrado un poco de felicidad en la casa. Al menos, esta era la impresión de los dos hermanos, que le escuchaban, dejándose llevar los dos por la misma emoción.

Primeramente depositaron al profesor en la habitación de la planta baja. Medio echado en un gran sillón, con la pierna tendida sobre un taburete, recibía los cuidados de Hulda y de Joel. Sólo quiso una compresa de agua fría como único remedio. Y en realidad, ¿necesitaba otra?

-Bueno, amigos míos, bueno -les decía-. No debe abusarse de las drogas. Y ahora, ya sabéis que sin vuestra ayuda hubiera visto desde demasiado cerca las maravillas del Rjukanfos. Resbalaba por el abismo como una simple piedra. Iba a añadir una nueva leyenda a la leyenda de la *Maristien*, y yo no tenía ninguna excusa. ¡Mi prometida no me esperaba a la otra orilla, como el desgraciado Eystein!

-¡Qué pena más grande hubiera sido para la señora Hog! -dijo Hulda-. Nunca se hubiera consolado...

-¿La señora Hog? -replicó el profesor-. ¡Oh, la señora Hog no hubiera vertido ni una lágrima!

-¡Oh, señor Sylvius...!

-¡No, se lo aseguro, y por la sencilla razón que no existe ninguna señora Hog! Y no puedo ni imaginarme cómo hubiera sido una señora Hog, gorda o flaca, baja o alta...

-Hubiera sido amable, inteligente y buena, puesto que sería su mujer -contestó Hulda.

-¡Ah! ¿De veras, señorita? ¡Bueno, bueno, bueno, la creo, la creo!

-Pero, al tener la noticia de la desgracia, sus parientes, sus amigos, señor Sylvius...-dijo Joel.

-Parientes, no tengo, muchacho. Amigos sí, creo que tengo unos cuantos, sin contar los que acabo de hacer en casa de la señora Hansen, y vosotros les habéis evitado el dolor de llorar mi muerte. A propósito, decidme, hijos míos, ¿podría quedarme varios días aquí?

-Tantos como usted quiera, señor Sylvius -contestó Hulda-. Esta habitación le pertenece.

-Además, como también tenía la intención de permanecer en Dal, como hacen los turistas, para poder hacer excursiones al Telemark...Pero no haré las excursiones...o las haré más adelante, y ya está.

-Antes de que termine la semana -respondió Joel-, espero que estará usted restablecido.

-¡Yo también lo espero!

-Y ya desde ahora me ofrezco para conducirlo por todas partes donde le plazca en esta comarca.

-¡Ya veremos, Joel! Ya hablaremos de ello cuando no me encuentre tan magullado. Tengo un mes de vacaciones por delante todavía, y cuando tuviera que pasarlo enteramente en la hostería de la señora Hansen, no podría quejarme. ¡Tendré que visitar el valle del Vestfjorddal entre los dos lagos, tendré que hacer la ascensión del Gusta, tendré que volver al Rjukanfos, pues, a pesar de que por poco me caigo dentro, no pude verlo en absoluto...y me interesa verlo!

-¡Ya volverá usted allí, señor Sylvius! -contestó Hulda.

-Volveremos todos juntos, con esta buena señora Hansen, si quiere hacer el honor de acompañarnos. Y, ahora que me acuerdo, amigos, tendré que enviar una carta a Kate, mi fiel cocinera, y a Fink, mi anciano criado de Cristianía. ¡Estarían muy inquietos si no recibieran noticias mías, y a mi vuelta me reñirían! Y ahora, voy a confesarles algo: las fresas, la leche, son muy refrescantes, pero no es suficiente, ya que no quiero oír hablar de dieta... ¿A qué hora se come en esta casa?

-¡Oh, poco importa, señor Sylvius...!

-¡Al contrario, importa mucho! ¿Piensan, pues, que durante mi permanencia en Dal voy a aburrirme comiendo solo y en mi cuarto? ¡No! ¡Quiero comer con vosotros y con vuestra madre, si la señora Hansen no tiene inconveniente!

Naturalmente, la señora Hansen, a pesar de que hubiera preferido continuar apartada, según su costumbre, cuando se enteró de los deseos del profesor no pudo más que acceder. Sería un honor para ella y para los suyos el tener a la mesa a un diputado del *Storthing*.

-Entonces, queda convenido -continuó Sylvius Hog- que comeremos juntos en el gran salón...

-Sí, señor Sylvius -contestó Joel-. Yo le empujaré el sillón tan pronto la comida esté servida...

-¡Bueno, bueno, señor Joel! ¿Y por qué no llevarme en *kario*? ¡No! Con el apoyo de vuestro brazo ya llegaré. ¡No estoy amputado de ningún miembro, que yo sepa!

-Como usted quiera señor Sylvius -contestó Hulda-. Pero no haga imprudencias inútiles, se lo ruego... ¡porque entonces Joel irá inmediatamente a buscar al médico!

-¡Me amenazas! Bueno, pues, sí, ya seré prudente y dócil. Y, desde el momento en que no me pongan a dieta, seré el más obediente de los pacientes. ¡Ah!, pero, ¿es que no tienen apetito, amigos míos?

-Sólo le pedimos que espere un cuarto de hora -contestó Hulda- y le serviremos una sopa de grosellas, una trucha del Maan, un pollo que ayer trajo Joel de Hardanger y una buena botella de vino francés.

-¡Gracias, muchacha, gracias!

Hulda se marchó a vigilar la comida y a poner la mesa en el gran salón, mientras Joel se fue a devolver el *kariol* al contraamaestre Lengling.

Sylvius Hog se quedó solo. ¿Con qué podía pensar sino en aquella honrada familia, de la cual era ahora huésped y deudo? ¿Qué podría hacer para recompensar los servicios, los cuidados de Hulda y de Joel? Pero no tuvo tiempo de abandonarse a sus reflexiones, pues al cabo de diez minutos se hallaba ya sentado en el sitio de honor de la mesa grande. La comida era excelente. Justificaba la fama de la hostería y el profesor comió con mucho apetito.

Después pasaron la velada en animada charla, en la cual Sylvius Hog llevaba la voz cantante. Ya que la señora Hansen no quiso tomar parte en la conversación, el profesor hacía hablar a los dos hermanos. La gran simpatía que tenía por los dos iba acrecentándose, y se sentía conmovido al ver la profunda amistad que los unía el uno al otro.

Ya muy entrada la noche, Sylvius Hog regresó a su habitación, con la ayuda de Joel y de Hulda, a los que deseó buenas noches, con frases amables, a las que correspondieron los dos hermanos. Apenas echado en la cama se durmió inmediatamente.

A la mañana siguiente, Sylvius Hog se despertó con el alba y empezó a pensar, antes de que llamasen a su puerta.

"No -decíase-, no sé como resolver esto. ¡No puedo dejarme salvar, cuidar, sanar y marcharme dándoles simplemente las gracias! ¡Estoy en deuda con Hulda y con Joel, esto es evidente! ¡Pero, caramba, estos servicios no pueden pagarse con dinero...! Por otra parte, esta familia de buenas gentes parece dichosa y nada podría yo añadir a su felicidad. En fin, hablaré con ellos, y quizá hablando..."

Por esto, durante los tres o cuatro días que el profesor tuvo que permanecer con la pierna extendida sobre el taburete, no cesaron de hablar los tres. Desgraciadamente, los dos hermanos lo hacían con cierta reserva. Ni el uno ni el otro querían decir nada de su madre, de cuya actitud fría y preocupada Sylvius Hog se había dado cuenta pronto. Luego, por otro sentimiento de discreción, dudaban en hacerle partícipe de las inquietudes que les causaba el retraso de Ole Kamp. No querían exponerse a alterar el buen humor de su huésped al contarle sus pesares.

-No obstante -le decía Joel a su hermana-, quizá deberíamos confiarnos al señor Sylvius. Es un hombre de gran experiencia y, por sus relaciones, podría saber seguramente si en el Departamento de Marina se ocupan de lo que haya podido suceder al *Viken*.

-Tienes razón, Joel -contestó Hulda-. Creo que haremos mejor en contárselo todo. Pero esperemos que esté completamente curado.

-Sí, y esto no puede tardar -contestó Joel.

Al terminar la semana, Sylvius Hog ya no necesitaba ayuda para salir de su cuarto, a pesar de que aún cojeaba un poco. Iba a sentarse en uno de los bancos de delante de la

casa, a la sombra de los árboles. Desde allí podía divisar la cúspide del Gusta, que resplandecía bajo los rayos del sol, mientras el Maan, transportando gran cantidad de troncos a la deriva, mugía a sus pies.

También miraba pasar la gente por la carretera de Dal a Rjukanfos. La mayoría eran turistas, algunos de los cuales se detenían una o dos horas en la hostería de la señora Hansen para comer o cenar. Pasaban también muchos estudiantes de Cristianía, con la mochila a la espalda y la pequeña escarapela noruega en la gorra.

Éstos reconocían al profesor y eran un continuo cambio de cordiales saludos, que demostraban que Sylvius Hog era muy apreciado por aquella juventud.

-¿Usted aquí, señor Sylvius?

-¡Yo aquí, amigos míos!

-Usted, a quien creíamos en el fondo del Hardanger!

-¡Error! ¡Es en el fondo del Rjukanfos donde debería estar!

-Bueno, pues, ya diremos a todo el mundo que se encuentra usted en Dal

-Sí, en Dal, con una pierna herida.

-¡Ha tenido usted suerte en hallar un buen albergue y buenos cuidados en la hostería de la señora Hansen!

-¡No cabe imaginarse otra mejor!

-¡No hay!

-¡Y de gente mejor!

-¡Tampoco hay! -repetían alegremente los turistas.

Y todos bebían a la salud de Hulda y de Joel, tan conocidos por todo el Telemark.

Y entonces el profesor contaba su aventura. Confesaba su imprudencia. Relataba cómo había sido salvado. Y explicaba que todo se lo debía a sus salvadores, a los que estaba enormemente reconocido.

-¡Y si permanezco aquí hasta que haya pagado mi deuda -añadía-, mi curso de legislación quedará cerrado por mucho tiempo, amigos míos, y podrán tomarse unas vacaciones ilimitadas!

-¡Bueno, señor Sylvius -decía la alegre banda de muchachos-, es la hermosa Hulda quien la retiene en Dal!

-¡Una hermosa muchacha, amigos míos, y simpática también, y yo sólo tengo sesenta años, por San Olaf!

-¡A la salud del señor Sylvius!

-¡Y a la vuestra, jovencitos! ¡Corred por el país, instrúyanse, diviértanse! ¡Todos los días son buenos cuando se tiene vuestra edad! ¡Pero, desconfíen de los pasajes de la *Maristien*! Joel y Hulda no estarán siempre allí para salvar a los imprudentes que se aventuren por aquel lugar.

Y se marchaban haciendo resonar todo el valle con sus alegres *God aftern*.

Sin embargo, una o dos veces Joel tuvo que ausentarse para servir de guía algún turista que quería efectuar la ascensión del Gusta. Sylvius Hog hubiera querido acompañarles pretendía que ya estaba curado, ya que la herida de su pierna empezaba a cicatrizar. Pero Hulda le prohibía terminantemente exponerse a una fatiga todavía demasiado fuerte para él y, cuando Hulda ordenaba algo, era preciso obedecerla.

El Gusta es una montaña bien curiosa, cuyo cono central, rodeado de barrancos llenos de nieve, emerge de un bosque de abetos como un verde collar que se extiende hasta su base. ¡Y qué radio de visión se obtiene desde la cumbre! Por el Este, la bahía del Numedal; por el Oeste, todo el Hardanger y sus glaciares grandiosos; luego, al pie de la montaña, el sinuoso valle del Vestfjorddal entre los lagos Mjos y Tinn, Dal y sus casas en miniatura, como una verdadera caja de juguetes, y el curso del Maan, luminosa cinta que reluce a través de las verdes llanuras.

Para realizar esta ascensión, Joel salía a las cinco de la madrugada, y no volvía hasta las seis de la tarde. Sylvius Hog y Hulda salían a su encuentro. Le esperaban cerca de la cabaña del barquero. Tan pronto los turistas y su guía desembarcaban del bote, se daban cordiales apretones de manos y los tres juntos acababan de pasar la velada agradablemente. El profesor cojeaba un poco todavía, pero no se quejaba. Verdaderamente, diríase que no llevaba prisa en curarse, lo que quiere decir que no deseaba marcharse de la hospitalaria casa de la señora Hansen.

Por otra parte, el tiempo transcurría rápidamente. Sylvius Hog había escrito a Cristianía diciendo que permanecería todavía algún tiempo en Dal. El rumor de su aventura en Rjukanfos se había extendido por todo el país. Los periódicos la habían publicado, algunos dramatizándola a su manera. Y entonces no cesaron de recibirse cartas en la hostería, sin contar los libros y los periódicos. Tenía que leerlo todo. Tenía que contestar. Sylvius Hog lo hacía, y los nombres de Hulda y de Joel, mezclados con esta correspondencia, corrían ya por Noruega entera.

Pero su permanencia en casa de la señora Hansen no podía prolongarse indefinidamente, y Sylvius Hog se hallaba igual que a su llegada en lo que se refiere a la manera de saldar su deuda. De todos modos, empezaba a presentir que aquella familia no era tan feliz como al principio había podido creer. La impaciencia con que los dos hermanos esperaban cada día el correo de Cristianía o de Bergen, su desencanto, su pesar mismo, al ver que nunca había cartas, todo ello era más que significativo.

Y es que estábamos ya al 9 de junio. ¡Y continuaban sin noticias del *Viken*! ¡Un retraso más de dos semanas sobre la fecha señalada para su regreso! ¡Ni una sola carta de Ole! ¡Nada que pudiera atenuar la tortura de Hulda! La pobre muchacha se desesperaba y Sylvius Hog notaba sus ojos enrojecidos cuando venía a verle por las mañanas.

“¿Qué ocurre -se decía-. Una desgracia que temen y me esconden. ¿Será un secreto de familia, en el cual un extraño no puede intervenir? Pero, ¿es que aún soy un extraño para ellos? No. Ya lo deben saber. En fin, cuando les anuncie mi partida quizá comprenderán que es un verdadero amigo quien se va.”

Y, aquel día les dijo:

-¡Amigos míos, se acerca el momento, muy a pesar mío, en qué tendré que dejarlos!

¡Ya, señor Sylvius, ya! -exclamó Joel.

-¡Ah, el tiempo pasa muy aprisa a vuestro lado! ¡Hace ya diecisiete días que estoy en Dal!

-¡Cómo...! ¡Diecisiete días! -dijo Hulda.

-Sí, querida niña, y se acerca el final de mis vacaciones. No puedo perder ni una semana, si quiero acabar este viaje por Drammen y Konsberg. Y, por tanto, si es gracias a vosotros que el *Storthing* no ha tenido que buscar sucesor para mi asiento de diputado, ni el *Storthing* ni yo sabemos cómo reconocer...

-¡Oh, señor Sylvius...! -contestó Hulda, intentando taparle la boca con su pequeña mano.

-De acuerdo, Hulda. Me está prohibido hablar de esto, al menos aquí...

-¡Ni aquí ni en otra parte! -dijo la muchacha.

-¡Sea! Yo no soy dueño de mí y tengo que obedecer. Pero, ¿no vendrán Joel y tú a verme a Cristianía?

-¡Sí! ¡Venir a verme... pasar algunos días en mi casa... con la señora Hansen, se entiende!

-Y si nos marchamos todos de la hostería, ¿quién la guardará durante nuestra ausencia? -contestó Joel.

-Al contrario, amigos míos, será muy fácil. ¡No me contestéis que no! ¡No aceptaré esta respuesta! Y, entonces, cuando los tenga allí conmigo, instalados en la mejor habitación de mi casa, entre mi vieja Kate y mi viejo Fink, serán como mis hijos y entonces deberán decirme de veras qué es lo que yo puedo hacer por vosotros.

-¿Lo que usted puede hacer, señor Sylvius? -contestó Joel, mirando a su hermana.

-¡Hermano! -dijo Hulda, que había comprendido el pensamiento de Joel.

-¡Habla, hijo mío, habla!

-¡Pues bien, señor Sylvius, usted podría hacernos un gran honor!

-¿Cuál?

-Sería, si esto no le estorba mucho, que quisiera asistir a la boda de mi hermana Hulda...

-¡Su boda! -exclamó Sylvius Hog-. ¡Cómo! ¡Mi pequeña Hulda se casa...! ¡Y no me habéis dicho nada todavía...!

-¡Oh, señor Sylvius...! -contestó la joven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

-¿Y cuándo tendrá lugar esa boda...?

-¡Cuando Dios quiera devolvernos a Ole, su prometido! -contestó Joel.

Capítulo XI

Entonces Joel contó toda la historia de Ole Kamp. Sylvius Hog, muy emocionado por aquel relato, le escuchaba con profunda atención. Ahora lo sabía todo. Acababa de leer la última carta que anunciaba el regreso de Ole, y Ole no regresaba. ¡Cuántas inquietudes, cuánta angustia para toda la familia Hansen!

"¡Y yo que creía estar entre gente feliz!", pensaba.

No obstante, luego de reflexionar bien, le pareció que los dos hermanos se desesperaban cuando todavía podían conservar alguna esperanza. A fuerza de contar aquellos días de mayo y junio, su imaginación exageraba la cifra, como si los hubieran contado dos veces.

El profesor quiso darle sus razones -no razones de encargo -sino muy seria y muy plausibles, y discutir con ellos la importancia de este retraso del *Viken*.

Pero su fisonomía se había vuelto grave. La pena que experimentaban Joel y Hulda le había impresionado profundamente.

-Escúchenme, hijos míos -les dijo-. Siéntense a mi lado y hablemos.

-¡Ah!, ¿qué podrá usted decirnos, señor Sylvius?- contestó Hulda desbordante de dolor.

-Les diré lo que me parece justo -prosiguió el profesor-, y es esto: acabo de reflexionar sobre todo lo que me ha contado Joel. Pues bien, me parece que vuestra inquietud rebasa de la medida. No quisiera darles una seguridad ilusoria, pero es necesario que las cosas vuelvan a su lugar verdadero.

-¡Ay, señor Sylvius! -contestó Hulda- ¡Mi pobre Ole se habrá perdido con el *Viken*...! ¡Ya no lo veré más!

-¡Hermana! ¡Hermanita! -exclamó Joel-. Cálmate, por favor, y déjame que le explique al señor Sylvius.

-¡Y sobre todo conservemos la serenidad, hijos míos! Vamos a ver: el regreso de Ole a Bergen estaba señalado del 15 al 20 de mayo, tal como nos dice en su carta, y estamos ya a 9 de junio.

-Esto significa un retraso de veinte días respecto a la fecha de regreso indicada para el *Viken*. Son muchos días, no puedo negarlo. No obstante, no podemos exigir de un velero lo que podríamos esperar de un barco de vapor.

-Esto es lo que le estoy repitiendo a Hulda, y lo que vuelvo a repetirle ahora.

-Y haces bien, hijo mío -prosiguió Sylvius Hog-. Además, es posible que el *Viken* sea una vieja embarcación, que navegue mal como la mayoría de las embarcaciones de Terranova, sobre todo cuando van excesivamente cargadas. Además, ha habido muchas borrascas en las últimas semanas. Quizá Ole no pudo embarcarse en la fecha indicada en su carta. En este caso, son suficientes ocho días de retraso para que el *Viken* no haya llegado todavía y para

que vosotros no tengan noticias de él. Todo lo que les digo es el resultado de serias reflexiones. Además, ¿saben si las instrucciones dadas al *Viken* no le han dejado un margen para poder llevar su cargamento a algún otro puerto, según la demanda del mercado?

-¡Ole nos lo hubiera escrito! -contestó Hulda, que no podía acogerse a esta esperanza.

-¿Qué prueba que no haya escrito? -prosiguió el profesor-. Y si lo ha hecho, no sería el *Viken* quien estaría retrasado, sino el correo de América. ¡Supongan que el buque de Ole ha tenido que ir a algún puerto de los Estados Unidos, esto explicaría el porqué ninguna de sus cartas no ha llegado aún a Europa!

-¿A los Estados Unidos...señor Sylvius?

-Esto ocurre muchas veces, y con sólo fallar un correo se deja a los amigos sin noticias durante largo tiempo...En todo caso, puede hacerse una cosa muy sencilla, que es pedir noticias a los armadores de Bergen. ¿Los conocen?

-Sí -contestó Joel-, son los señores Help Hermanos.

-¿Help Hermanos? -exclamó Sylvius Hog.

-Sí.

-¡Pero si yo también los conozco! El más joven, Help junior, como le llaman, a pesar de que tenga ya mi edad, es uno de mis mejores amigos. Hemos comido juntos muchas veces en Cristianía. ¡Help Hermanos, hijos míos! ¡Ah! Ellos me dirán todo lo que hace referencia al *Viken*. Hoy mismo voy a escribirles y, si es necesario, iré a verles.

-¡Qué bueno es usted, señor Sylvius! -contestaron a coro Hulda y Joel.

-¡Bah, no me hagan cumplidos, por favor! ¡Se los prohíbo! ¿Es que les he dado las gracias, yo, por todo lo que hicieron por mí...? Ahora tengo ocasión de devolverles una pequeña parte de lo que les debo, no exageren el valor de este pequeño servicio.

-Pero usted quería marcharse para volver a Cristianía -observó Joel.

-Bueno, pues me marcharé para Bergen, si es indispensable que vaya a Bergen.

-Va usted a dejarnos, señor Sylvius -dijo Hulda.

-¡Pues no, no los dejaré, querida niña! Soy libre de mis actos, supongo, y mientras no haya sacado en claro esta situación, a menos que me pongas en la puerta...

-¿Qué dice usted?

-¡Mira, tengo muchas ganas de quedarme en Dal hasta que Ole regrese. Quiero conocer al prometido de mi pequeña Hulda. Debe ser un buen muchacho, de la misma clase que Joel.

-¡Sí! ¡Igual que él! -contestó Hulda.

¡Estaba seguro de ello! -exclamó el profesor, cuyo buen humor había vuelto a asomar en sus palabras.

-Ole se parece a Ole, señor Sylvius -contestó Joel-, y esto es suficiente para que sea una excelente persona.

-Es posible, mi querido Joel, y esto me da más deseos de conocerle. ¡Oh! ¡Esto no puede tardar! Algo me dice que el *Viken* llegará muy pronto.

-¡Dios lo oiga!

-¿Y por qué no tenía que oírme? Tiene el oído muy fino. ¡Sí! Quiero asistir a la boda de Hulda, ya que estoy invitado. Al *Storthing* le costará sólo prolongar mis vacaciones por algunas semanas. Mucho más las habría tenido que prolongar si me hubiesen dejado caer al fondo del Rjukanfos, como merecía.

-¡Señor Sylvius -dijo Joel-, qué bueno es oírle hablar así, y cuánto bien nos hacen sus palabras!

-No tan grande como desearía, amigos míos, ya que les debo todo, y no sé cómo...

-¡No...! No insistiré. ¡Vaya! ¿Fui yo acaso quien me libré de las garras de la *Maristien*? ¿Y yo quien he arriesgado mi vida para salvarme? ¿He sido yo quien he subido hasta la hostería de Dal? ¿Y he sido yo quien me ha cuidado y curado sin apelar a la Facultad de Medicina? Les advierto que soy tan testarudo como una mula y me he metido en la cabeza asistir a la boda de Hulda y Ole Kamp y, por San Olaf, ¡asistiré!

La confianza es comunicativa. ¿Cómo, pues, resistir a la que mostraba Sylvius Hog? Éste lo comprendió en seguida cuando vio que una débil sonrisa iluminaba las facciones de la pobre Hulda. La joven sólo anhelaba creer...sólo anhelaba esperar.

Sylvius Hog continuó cada vez más animado.

-Tenemos que pensar que el tiempo pasa pronto. ¡Vamos, empecemos con los preparativos de la boda!

-Ya están empezados, señor Sylvius -contestó Hulda-, hace ya tres semanas.

-¡Estupendo! ¡Cuidado con interrumpirlos!

-¿Interrumpirlos? -exclamó Joel-. Pero, ¡si todo está a punto!

-¿Cómo? ¿La falda de la novia, el corpiño con los cierres de filigrana, y los colgantes?

-¡Incluso los colgantes!

-¿Y la corona radiante, que te cubrirá como a una santa, Hulda?

-Sí, señor Sylvius.

-¿Y ya has cursado las invitaciones?

-Todas han sido expedidas ya -contestó Joel-, ¡incluso la que más nos interesa: la de usted!

-¿Y la dama de honor ha sido escogida ya entre las muchachas más prudentes del Telemark?

-Y entre las más hermosas, señor Sylvius -contestó Joel-, ya que se trata de la señorita Siegfrid Helmboe, de Bamble.

-¡Con qué tono lo dices, muchacho -observó el profesor-, y cómo has enrojecido al decirlo! ¡Eh, eh! ¿Por casualidad la señorita Siegrid Helmbøe, de Bamble, está destinada a convertirse en la señora Joel Hansen, de Dal?

-Sí, señor Sylvius -contestó Hulda-; Siegrid, que es mi mejor amiga.

-¡Vaya! ¡Otra boda! -exclamó Sylvius Hog-. Y estoy seguro que también se me invitará y no podré menos que asistir. Decididamente, será necesario que dimita de mi cargo de diputado del *Storthing*, pues no tendré tiempo de asistir a las sesiones. Vamos, querido Joel, quiero ser tu padrino de boda, después de haberlo sido de tu hermana, si me lo permites. ¡Decididamente, haces conmigo todo lo que quieras! ¡Abrázame, pequeña Hulda! ¡Y tú también, muchacho! Y ahora vamos a escribir a mi amigo Help junior, de Bergen.

Los dos hermanos salieron de la habitación, que el profesor hablaba ya de alquilar a perpetuidad, y volvieron a sus ocupaciones más esperanzados.

Sylvius Hog se había quedado solo.

-¡Pobre muchacha, pobre muchacha! -murmuraba-. ¡Sí! ¡Por un instante, he podido engañar su dolor...! ¡Le he proporcionado un rato de sosiego...! Pero verdaderamente es un retraso muy prolongado, y en aquellos mares, me da muy mala espina en esta época. ¡Si el *Viken* hubiera naufragado...! ¡Si Ole no regresara jamás!

Instantes después el profesor escribía a los armadores de Bergen. En su carta pedía los máximos detalles sobre todo lo que se refería al *Viken* y su campaña de pesca. Quería saber si alguna circunstancia, prevista o imprevista, le había obligado a cambiar su puerto de destino. Le interesaba saber lo más pronto posible cómo se explicaban este retraso los comerciantes y marinos de Bergen. En fin, rogaba a su amigo Help junior darle una información exacta a ser posible a vuelta de correo.

En esta carta tan apremiante, Joel mismo se cuidó de llevarla a la estafeta de Moel, para que saliera a la mañana siguiente. El día 11 de junio llegaría a Bergen, y el 12 por la noche o el 13 por la mañana a más tardar, el señor Help junior ya podía haberla contestado.

¡Cerca de tres días para recibir la respuesta! ¡Qué largos les parecían! Pero, a fuerza de palabras tranquilizadoras, de animosas razones, el profesor logró que esta espera fuese menos penosa. Ahora que conocía el secreto de Hulda, tenía siempre un buen tema de conversación, y ¡qué consuelo era para Joel y para su hermana el poder hablar del ausente en todo momento!

-¿No soy ya de la familia ahora? -repetía Sylvius Hog-. ¡Sí, algo así como un tío que les hubiera llegado de América, o de otra parte!

Y, ya que era de la familia, no debían tener más secretos para él.

Tampoco le había pasado por alto la actitud de los dos hermanos para con su madre. La reserva en que se mantenía la señora Hansen debía tener según le parecía, otro motivo que la inquietud de sus hijos por la suerte de Ole Kamp. Creyó, pues, que debía hablar de ello a

Joel. Éste no supo que responderle. Entonces quiso sondear a la señora Hansen al respecto, pero ella se mostró tan impenetrable, que tuvo que renunciar a conocer sus secretos. El tiempo se los haría conocer, sin duda.

Tal como había prevista Sylvius Hog, la respuesta de Help junior llegó a Dal por la mañana del día 13. Joel había partido a la madrugada a buscar el correo, y fue él mismo quien trajo la carta al salón, en donde se hallaba el profesor, con la señora Hansen y su hija.

Hubo un momento de silencio. Hulda, palidísima, no podía ni hablar de la emoción, que le aceleraba los latidos de su corazón. Cogió solamente la mano de su hermano, que estaba tan emocionado como ella.

Sylvius Hog abrió el sobre y leyó la carta en voz alta.

Muy a pesar suyo, aquella contestación de Help junior sólo contenía indicaciones vagas y el profesor no pudo disimular su contrariedad a los jóvenes que le escuchaban con lágrimas en los ojos.

El *Viken* había salido efectivamente de Saint-Pierre Miquelon en la fecha indicada en la última carta de Ole Kamp. Lo sabían formalmente por otros buques que habían llegado a Bergen viniendo de Terranova. Estos buques no lo habían visto durante su ruta. Pero todos habían experimentado muy mal tiempo durante su navegación por aguas de Islandia. Pero, no obstante habían podido salir sanos y salvos. Entonces, ¿por qué el *Viken* no habría podido hacer otro tanto? Quizá se hallaba haciendo escala en otra parte. Por lo demás, se trataba de un buque excelente, muy sólido, bien dirigido por el capitán Frikel, de Hammersfest, y montado por una vigorosa y veterana tripulación. Pero este retraso no dejaba de ser inquietante, y, si se prolongaba, era posible temer que el *Viken* se hubiese perdido con tripulación y cargamento.

Help junior sentía no poder dar mejores noticias del joven pariente de los Hansen. En lo que se refería a Ole Kamp, lo consideraba un muchacho excelente, digno de todas las simpatías que inspiraba a su amigo Sylvius.

Help junior acababa su carta testimoniando su afecto al profesor y añadiendo afectuosos saludos para toda la familia. En fin, le prometía que le haría saber inmediatamente cualquier noticia que pudiera recibir sobre el *Viken* en cualquier puerto de Noruega.

La pobre Hulda, desfallecida, se había desplomado en una silla, mientras Sylvius Hog leía la carta; y al acabar su lectura, rompió en sollozos.

Joel, con los brazos cruzados, había escuchado sin decir palabra, y sin atreverse a mirar a su hermana.

La señora Hansen, cuando Sylvius Hog hubo terminado su lectura, se retiró a su habitación. Parecía que esperaba aquella desgracia, como esperaba muchas más.

El profesor entonces hizo un gesto para atraer hacia él a los dos hermanos. Quería hablarles otra vez de Ole Kamp, decirles todo lo que su imaginación le sugería de más o

menos plausible, y se expresó con una seguridad maravillosa, sobre todo después de la carta de Help junior. ¡No! Tenía un presentimiento, no había que desesperar aún. ¿No había multitud de ejemplos de retrasos más prolongados en una navegación por aquellos mares que se extienden desde Noruega a Terranova? ¡Sí, sin duda alguna! ¿No era el *Viken* una sólida embarcación, bien gobernada, con una buena tripulación, y, por consiguiente, en mejores condiciones que las demás embarcaciones que habían regresado a puerto? Indudablemente.

-Esperemos, pues, hijos míos -añadió-, esperemos. Si el *Viken* hubiera naufragado entre Islandia y Terranova, los innumerables buques que siguen constantemente esta ruta para regresar a Europa hubieran encontrado restos del naufragio. ¡Y no ha sido así! Ni un despojo ha sido descubierto por aquellos parajes tan frecuentados. Pero, no obstante, tenemos que actuar, tenemos que obtener detalles más exactos. Si durante toda la semana no tenemos noticia del *Viken*, o no recibimos ninguna carta de Ole, volveré a Cristianía, me dirigiré a la Marina, que hará las búsquedas necesarias, y estoy convencido de que darán un buen resultado para entera satisfacción de todos.

Joel y Hulda se daban perfecta cuenta que, a pesar de la confianza que quería mostrar el profesor, sus palabras no eran las mismas que antes de haber recibido la carta de Bergen, carta cuyos términos no dejaban mucha esperanza. Sylvius Hog no se atrevería ya a hacer alusión alguna a la próxima boda de Hulda con Ole Kamp. Y, no obstante, repitió con una fuerza que imponía:

-¡No! ¡No es posible! ¡Que Ole no regrese a casa de la señora Hansen! ¡Que Ole no se case con Hulda! ¡Nunca creeré que sea posible tanta desgracia!

Esta convicción era puramente personal. La sacaba de la energía de su carácter, de su naturaleza, que nada ni nadie podía doblegar. Pero, ¿cómo podía hacerla compartir a los demás, y sobre todo a aquellos a quien la suerte del *Viken* les tocaba de tan cerca?

Pasaron algunos días. Sylvius Hog, completamente restablecido, realizaba largos paseos por los alrededores. Obligaba a Hulda y a su hermano a acompañarlo, con el fin de no dejarlos solos con sus pensamientos. Un día, subían los tres por el valle del Rjukan. A la mañana siguiente, descendían hacia el Moel y el lago Tinn. Una vez estuvieron veinticuatro horas ausentes. Fue el día en que prolongaron su excursión hasta Bamble, en donde el profesor trabó conocimiento con el granjero Hembloe y su hija Siegfried. ¡Qué afectuosa acogida hizo Siegfried a la pobre Hulda, y qué palabras de ternura halló para consolarla!

Allí, aún, Sylvius Hog comunicó un poco de esperanza a aquellas buenas gentes. Había escrito a la Marina de Cristianía. El gobierno se ocupaba del *Viken*. Lo hallarían. Ole volvería. Incluso era posible que regresara de un día a otro. ¡No!, la boda no sufriría seis semanas de retraso. El excelente profesor parecía tan convencido que todos se rendían más a su convicción que a sus argumentos.

Esta visita a la familia Helmboe hizo una gran bien a los hijos de la señora Hansen. Y, al regresar a su casa, estaban más tranquilizados que cuando salieron de ella.

Estaban entonces a 15 de junio. El *Viken* llevaba ya un mes de retraso. Y, como se trataba de esta travesía relativamente corta de Terranova a la costa de Noruega, era verdaderamente un retraso fuera de la medida, incluso para un barco velero.

Hulda no vivía. Su hermano no llegaba a encontrar palabras que la consolasen. Ante aquellos pobres seres, el profesor sucumbía a la tarea que se había señalado de conservar un poco de esperanza en sus corazones. Hulda y Joel no se movían de la puerta de la casa si no era para otear hacia Moel, o para vigilar la carretera del Rjukanfos.

Ole Kamp tenía que venir por Bergen; pero no podía suceder también que regresara por Cristianía, si la ruta del *Viken* había sido modificada. El ruido de un *kariol*, que pasaba bajo los árboles, un grito lanzado al aire, la sombra de un hombre dibujándose por el recodo del camino, todo esto les sobresaltaba, pero inútilmente. La gente de Dal también vigilaba por su parte. Iban al encuentro del cartero, arriba y abajo del Maan. Todos se interesaban por aquella familia tan querida en todo el país, por aquel pobre Ole, que casi era un hijo del Telemark. Y no llegaba ni una sola carta de Bergen o de Cristianía que les trajera alguna noticia del ausente.

El día 16 tampoco hubo noticia alguna. Sylvius Hog no podía contenerse ya. Comprendió que tenía que hacer algo personalmente. Por esto les anunció que, a la mañana siguiente, si tampoco se recibía nada, marcharía a Cristianía y se aseguraría directamente que se había practicado la búsqueda. ¡Cierto que le costaría separarse de Hulda y de Joel; pero era necesario, y volvería tan pronto hubiera terminado sus gestiones!

El día 17 apareció más triste que nunca. La lluvia no había cesado de caer desde el amanecer. El viento azotaba los árboles. Las ráfagas de viento hacían retumbar los cristales de las ventanas que daban al lado del Maan.

El día transcurrió triste y penoso. Hacia las siete de la tarde terminaron de comer en silencio como si se hallaron presencia de un muerto. Sylvius Hog no habían pedido tampoco iniciar ningún tema de conversación. Le faltaban las palabras y las ideas. ¿Qué podía decir que no hubiera dicho cien veces? ¿No sentía él también que esta ausencia prolongada hacía inaceptables sus argumentos de antes?

-Mañana marcharé a Cristianía -dijo-. Joel, ocúpate de hallarme un *kariol*. Podrás conducirme hasta Moel, para volver en seguida a Dal.

-Sí, señor Sylvius -contestó Joel-. ¿No quiere usted que le acompañe hasta más lejos?

El profesor hizo un signo negativo indicando a Hulda, a la que no quería dejar privada de su hermano.

En aquel momento, un ruido, sensible apenas, se percibió por el lado de la carretera, viniendo de Moel. Todos escucharon. Pronto no hubo lugar a dudas, era el ruido de un *kariol*.

Y, al parecer, se dirigía rápidamente hacia Dal. ¿Sería algún viajero que venía a pasar la noche en la hostería? No era probable, y raramente los turistas llegan a una hora tan avanzada.

Hulda, se levantó temblorosa. Joel fue hacia la puerta, la abrió y miró en la oscuridad.

El ruido se acercaba. Eran ciertamente los pasos de un caballo y el chirrido de las ruedas de un *kariol*. Pero era tal la violencia de la tempestad, que tuvieron que cerrar la puerta.

Sylvius Hog iba y venía por la sala. Joel y su hermana permanecían apretados uno al lado del otro.

El *kariol* sólo debía hallarse a unos veinte pasos de la casa. ¿Se detendría o pasaría de largo?

El corazón les latía a todos horriblemente.

El *kariol* se detuvo. Una voz llamó desde fuera... ¡No era la voz de Ole Kamp!

Casi inmediatamente llamaron a la puerta. Joel abrió. Un hombre se hallaba en el umbral.

-¿El señor Sylvius Hog? -preguntó.

-Soy yo -contestó el profesor, adelantándose-. ¿Quién es usted amigo mío?

-Un correo que viene enviado de Cristianía por el Director de la Marina.

-¿Trae una carta para mí?

-¡Aquí está!

Y el recadero le tendió un gran sobre en el cual estaba impreso el membrete oficial.

Hulda no tenía fuerzas suficientes para tenerse en pie. Su hermano acababa de hacerla sentar en un taburete. Ni el uno ni la otra se atrevían a pedir a Sylvius Hog que se apresurase en abrir la carta.

Al fin, éste leyó lo que sigue:

"Señor profesor:

En contestación a su última carta, le envío adjunto un documento que ha sido recogido en alta mar por un buque danés, en fecha 3 de junio último. Desgraciadamente este documento no deja lugar a dudas sobre la suerte corrida por el *Viken*..."

Sylvius Hog sin perder tiempo en acabar de leer la carta, sacó el documento del sobre...Lo miraba...Le daba vueltas...

Era un billete de la lotería que llevaba el número 9672.

Al dorso del billete, podían leerse estas líneas:

3 de mayo -¡Querida Hulda, el *Viken* está naufragando...! ¡Sólo tengo este billete por toda fortuna...! ¡Lo confío a Dios para que te lo haga llegar, y, ya que no estaré presente, te ruego

que estés tú cuando se realice el sorteo...! ¡Recíbelo con mi último pensamiento por ti...!
¡Hulda, no me olvides en tus oraciones...! ¡Adiós, mi querida prometida, adiós...!

Ole Kamp

Capítulo XII

¡Este era el secreto del joven marino! ¡Esta era la suerte con que contaba para traer una fortuna a su prometida! ¡Un billete de lotería, comprado antes de su partida...! ¡Y en el momento en el que el *Viken* naufragaba, lo había metido en una botella y tirado al mar, con un último adiós a Hulda!

Esta vez Sylvius Hog quedó anonadado. Sus ojos iban de la carta al documento, pero no pronunciaba ni una palabra. ¿Qué hubiera podido decir? Además, ¿qué duda podía existir ahora sobre la catástrofe del *Viken*, sobre la pérdida de todos los tripulantes que volvían a Noruega?

Mientras Sylvius Hog leía la carta, Hulda había podido resistir su angustia. Pero, después de las últimas palabras del billete de Ole, cayó desmayada en brazos de Joel. Tuvieron que transportarla a su cuarto, donde su madre le dio los primeros auxilios. Al volver en sí, quiso que la dejaran sola y, entonces, arrodillada a los pies de la cama, rogó fervorosa y largamente por el alma de Ole Kamp.

La señora Hansen había regresado al salón. Dio unos pasos hacia el profesor, como si quisiera dirigirle la palabra, pero, después, dio media vuelta y desapareció por la escalera.

Joel, después de dejar a su hermana en su habitación, salió en seguida también. Se ahogaba en aquella casa que parecía abierta a todos los malos vientos. Necesitaba respirar el aire fresco del exterior, el aire de la tempestad, y durante una buena parte de la noche, erró solitario por las orillas del Maan.

Sylvius Hog se había quedado solo. Pasado el primer momento, fue recobrando poco a poco su habitual energía. Después de dar dos o tres vueltas por el salón, escuchó por si la joven llamaba; pero, como no se oía nada, se sentó al lado de la mesa y dio curso a sus reflexiones.

“¡Pobre Hulda! -se decía-. ¡Hulda ya no verá más a su prometido! ¡Es posible una desgracia tan grande...! ¡No...! ¡Sólo al pensarlo, todo se revuelve en mí! ¡El *Viken* ha naufragado, sí! Pero, ¿tenemos una certeza absoluta de la muerte de Ole? ¡No puedo creerlo! En todos los casos de naufragio, el tiempo sólo puede afirmar que nadie ha podido sobrevivir a la catástrofe. ¡Sí! Dudo, quiero dudar todavía, aun cuando ni Hulda, ni Joel, ni nadie más comparta esta duda conmigo. Ya que el *Viken* ha naufragado, ¿puede explicarse que no se hayan encontrado los restos en el mar...? ¡No...! ¡Y no se ha encontrado nada más que esta botella en la cual el pobre Ole ha querido encerrar su último pensamiento y, con ella, todo lo que quedaba en el mundo!”

Sylvius Hog conservaba el documento entre sus manos, lo miraba, lo estrujaba, le daba vueltas. ¡Aquel pedazo de papel en el que el pobre muchacho había levantado toda una esperanza de fortuna!

No obstante, el profesor quería examinarlo más atentamente, y, levantándose, escuchó nuevamente si oía a la pobre Hulda llamando a su madre o a su hermano, y, convencido de que todo estaba en silencio, penetró en su habitación.

Aquel billete era de la lotería era de las Escuelas de Cristianía, una lotería muy popular entonces en Noruega. El primer premio era de cien mil marcos. El valor total de los demás premios se elevaba a noventa mil marcos. El número de billetes de la emisión era de un millón, todos vendidos.

El billete de Ole Kamp llevaba el número 9672. Pero, ahora, tanto si el número era bueno como no, si el joven marino tuviera alguna razón secreta para confiar en él, ya no estaría allí en el momento del sorteo de aquella lotería, que debería efectuarse el 15 de julio próximo, es decir dentro de veintiocho días. Hulda, siguiendo su última recomendación, debería presentarse en su lugar y responder por él.

Sylvius Hog, a la luz del candelabro, leía y releía con atención las líneas escritas al dorso del billete como si quisiera descubrir en aquellas palabras un sentido oculto.

Las líneas estaban escritas con tinta. Era evidente que la mano de Ole no temblaba mientras la escribía. Esto demostraba que el joven marino conservaba toda su sangre fría en el momento del naufragio. Esto le ponía en condiciones de poder aprovechar cualquier medio de salvación que se presentara, un madero flotante, un tronco a la deriva, si no se había hundido todo con el buque.

A menudo, estos documentos recogidos en alta mar dan a conocer aproximadamente el lugar en donde se ha producido la catástrofe. En aquel, no constaba ni la longitud ni la latitud, nada que pudiera indicar cuál era la tierra más cercana, el continente o las islas. Era de pensar, pues, que ni el capitán ni nadie de la tripulación sabía dónde se hallaba entonces el *Viken*. Arrastrado sin duda por una de aquellas tempestades a las cuales no puede resistirse, debería haber sido empujado fuera de su ruta y el estado del cielo no les permitió obtener una indicación solar, y no pudieron sin duda consignar la posición durante algunos días. Por esto es probable que no se supiera nunca en qué parte del Atlántico Norte, a lo largo de Terranova o de Islandia, se había abierto el abismo que había engullido al *Viken*.

Esta circunstancia era suficiente para eliminar toda esperanza, incluso los que no querían desesperar.

En efecto, con una indicación, por vaga que fuera, se habrían podido efectuar búsquedas, enviar algún barco al lugar de la catástrofe, quizá pudieron encontrarse algunos despojos reconocibles. ¿Quién sabe si uno o varios de los supervivientes de la tripulación habían

conseguido llegar a un punto cualquiera sin auxilio de ninguna clase y sin ninguna posibilidad de repatriarse?

Esta era la duda que poco a poco iba tomando cuerpo en el espíritu de Sylvius Hog, duda inaceptable para Hulda y Joel, duda que el profesor vacilaba ahora a infiltrarles, ya que la desilusión, muy probable, hubiera sido más que dolorosa.

“Y no obstante -se decía-, si el documento no nos facilita ninguna indicación, sabemos por lo menos en qué lugar fue recogida la botella. La carta no lo dice, pero en el Departamento de Marina, en Cristianía, no pueden ignorarlo. ¿No es ya un indicio que podría ser aprovechado quizá? Estudiando la dirección de las corrientes, la de los vientos generales, calculando el día aproximado del naufragio, ¿no sería posible...? En fin, voy a escribir de nuevo. ¡Es necesario que se active la búsqueda, por pocas posibilidades de éxito que tengamos! ¡No! ¡Nunca abandonaré a esta pobre Hulda! ¡Nunca! ¡Mientras no tenga una prueba absoluta no creeré en la muerte de su prometido!

De esta forma razonaba Sylvius Hog. Pero, al propio tiempo, tomó la decisión de no hablar a nadie de las gestiones que iba a emprender, de los esfuerzos que iba a provocar usando toda su influencia. Ni Hulda ni su hermano supieron nada de lo que escribió a Cristianía. Además, la partida que tenía fijada para el día siguiente, resolvió aplazarla indefinidamente o, mejor dicho, partiría dentro de algunos días, pero sería para ir a Bergen. Allí sabría por boca de los señores Help todo lo que concernía al *Viken*, preguntaría directamente a la gente de mar su opinión, y determinaría la manera cómo deberían ser efectuadas las primeras pesquisas.

No obstante, por los detalles suministrados por el Departamento de Marina, los periódicos de Cristianía, primero, y después los de Noruega, Suecia y de toda Europa al fin, se habían amparado de aquel hecho del billete de lotería convertido en documento. Había algo conmovedor en aquel último envío de un muchacho a su prometida, y la opinión pública se emocionó con razón.

El decano de la prensa de Noruega, el *Morgen-Blad*, fue el primero en relatar la historia del *Viken* y de Ole Kamp. De los treinta y siete periódicos que se publicaban en el país por aquel entonces, ni uno solo omitió detalle al contar la historia, con términos llenos de ternura. El *Illustreret-Nyhedsblad* publicó un dibujo ideal de la escena del naufragio. En él se veía el *Viken* desamparado, con las velas hechas trizas, sus mástiles rotos, a punto de desaparecer entre las olas. De pie en la proa, se veía a Ole arrojando su botella al mar, con un último pensamiento para Hulda, mientras encomendaba su alma a Dios. En una esquina, en forma alegórica y dibujándose en medio de tenue neblina, se veía como una ola arrojaba la botella a los pies de su prometida. Todo ello encuadrado por aquel billete, cuyo número se destacaba en extremo. Era una imagen inocente, sin duda, pero que tuvo un gran éxito en aquellas tierras, tan compenetradas con las leyendas de las ondinas y las valkyrias.

Este hecho fue reproducido y comentado en Francia, en Inglaterra, hasta en los Estados Unidos de América. Con los nombres de Hulda y de Ole, su historia se popularizó por medio del lápiz y de la pluma. Esta joven noruega de Dal, sin saberlo, tuvo el privilegio de apasionar a la opinión pública. La pobre muchacha no podía imaginarse el alboroto que se formaba a su alrededor. Por otra parte, nada podía distraerla del dolor en el cual se absorbía enteramente.

Y ahora no debemos extrañarnos del efecto que se produjo en los dos continentes, efecto muy explicable, teniendo en cuenta que la naturaleza humana se deja llevar fácilmente por la pendiente de las cosas supersticiosas. Un billete de lotería, recogido en tales circunstancias, con el número 9672, arrancado a las olas de una forma tan providencial, no podía dejar de ser un billete predestinado. Entre todos los demás, ¿no estaba milagrosamente indicado para ganar el premio de cien mil marcos? ¿No valía una fortuna, aquella fortuna con la cual contaba el infortunado Ole Kamp?

Por esto no debemos extrañarnos que de todas partes llegasen a Dal serias ofertas de compra de aquel billete, si Hulda Hansen consentía en venderlo. En principio, los precios ofrecidos eran mediocres; pero iban aumentando de día en día. Podía preverse incluso que con el tiempo y a medida que se acercara el día del sorteo, se presentarían serias contraofertas.

Estas ofertas se producían no sólo en aquellos países escandinavos, tan propensos a aceptar la intervención de las potencias sobrenaturales en las cosas de este mundo, sino también en el extranjero, incluso en Francia. Los ingleses, muy flemáticos, también intervinieron, y después de éstos, los americanos, cuyos dólares no acostumbraban a gastarse en estas fantasías tan poco prácticas. Una gran cantidad de cartas fueron enviadas de todas partes a Dal. Los periódicos no se olvidaron de dar a conocer la importancia de las propuestas hechas a la familia Hansen. Puede decirse que se estableció una especie de pequeña bolsa, cuyos puntos variaban, pero siempre en alza.

Llegaron a ofrecerse varios centenares de marcos por aquel billete que, en resumen, sólo tenía una millonésima posibilidad de ganar el primer premio. Era absurdo, sin duda, pero nadie razona con las ideas supersticiosas. Por esto, las imaginaciones trabajaban incesantemente y con la fuerza adquirida, podían y debían ir más lejos todavía.

Y es lo que se produjo. Ocho días después de aquel acontecimiento, los periódicos anunciaban que el valor del billete pasaba ya de mil, de mil quinientos e incluso de dos mil marcos. Un inglés, de Manchester, había llegado a ofrecer cien libras esterlinas, o sea dos mil quinientos marcos. Un americano, de Boston, subió la oferta y propuso la adquisición del número 9672 del sorteo de la lotería de las Escuelas de Cristianía, por la cantidad de mil dólares.

Inútil es decir que Hulda no se preocupaba lo más mínimo de lo que apasionaba hasta aquel punto a cierto sector del público. De las cartas llegadas a Dal, referentes al billete, no

había querido ni enterarse. No obstante, el profesor era de la opinión de que no podían dejarla en la ignorancia de las propuestas que se le hacían, ya que Ole Kamp le había legado la propiedad de aquel número 9672.

Hulda rehusó todas las ofertas. Aquel billete era la última carta de su prometido.

Y no se crea que la pobre muchacha pensaba en los premios de la lotería que podría sacar con él. ¡No! Ella sólo veía en él, el supremo adiós del naufrago, una última reliquia que quería conservar como una cosa preciosa. No pensaba siquiera en la posibilidad de obtener una fortuna que no podría compartir con Ole. ¡Que podía haber más conmovedor, de más delicado, que aquel culto a un recuerdo!

De todos modos, al enterarla de las diversas propuestas de compra que le eran dirigidas, ni Sylvius Hog ni Joel pretendían influir en Hulda. Ella sólo debía seguir los dictados de su corazón. Y ya sabemos lo que su corazón le había aconsejado.

Joel, por lo demás, aprobaba absolutamente la actitud de su hermana. El billete de Ole Kamp no debía ser cedido a nadie, por ningún precio.

Sylvius Hog hizo algo más que aprobar la posición de Hulda: la felicitó por no prestar oídos a todo aquel comercio. ¿Era posible vender aquel billete a cualquiera, para ser revendido a otro, pasando de mano en mano, transformando en una especie de billete de banco, hasta el momento en que el sorteo de la lotería lo convirtiese en un pedazo de papel sin valor?

Y Sylvius Hog aún iba más lejos. ¡Por casualidad sería también supersticioso? No, sin duda alguna. Pero si Ole Kamp hubiese estado allí, probablemente habría dicho:

-Guarde su billete, muchacho, guárdelo. Ha sido salvado de un naufragio, y usted también. ¡Bueno, ya veremos...! ¡Nunca se sabe...! ¡No...! ¡Nunca se sabe...!

Y cuando Sylvius Hog, profesor de legislación, diputado del *Storting*, pensaba así, ¿podía sorprender a alguien el apasionamiento del público? No, y nada más natural que el número 9672 saliera ganador.

En la casa de la señora Hansen no hubo nadie que protestara, pues, contra el sentimiento, tan digno de respeto, que movía a la joven; nadie, salvo la madre.

Muy a menudo, en efecto, se oía a la señora Hansen recriminar la actitud de Hulda, sobre todo en ausencia de ésta. Esto no dejaba de producir mucha pena a Joel. Su madre - pensaba, al menos- no se contentaría con recriminaciones. Seguramente querría interpelar secretamente a Hulda sobre las ofertas que recibía.

-¡Cinco mil marcos por ese billete! -repetía la señora Hansen-. ¡Le proponen cinco mil marcos!

La señora Hansen no quería ver nada, evidentemente, de lo que tenía de sentimental la negativa de su hija. Ella sólo pensaba en esta importante cantidad de cinco mil marcos. No creía, por otra parte, en el valor sobrenatural del billete, por noruega que fuese. Y sacrificar

cinco mil marcos por aquella millonésima probabilidad de suerte de ganar cien mil marcos, no podía entrar en su espíritu frío y positivo.

Es evidente que, dejando aparte las supersticiones, rehusar lo seguro por lo inseguro, en aquellas condiciones tan aleatorias, no hubiera sido un acto de cordura. Pero, lo repito, aquel billete no era un billete de lotería para Hulda; era la última carta de Ole Kamp, y su corazón se hubiera destrozado al pensar sólo en desprenderse de él.

No obstante, la señora Hansen desaprobaba en forma manifiesta la conducta de su hija. Notábase que una sorda irritación iba a adueñándose de ella. Era de temer que un día u otro pondría a Hulda en un aprieto para hacerla cambiar de resolución. Ya había hablado en tal sentido a Joel, que no había dudado en tomar la defensa de su hermana.

Naturalmente, Sylvius Hog estaba al corriente de lo que pasaba en casa. Era una pena más a añadir a todas las que sufría Hulda, y el profesor lo sentía profundamente.

Joel hablaba de ello algunas veces.

-¿Es que no tiene razón mi hermana, de rehusar? -decía-. ¿Es que no hago bien aprobando su conducta?

-¡Sin duda! -le contestaba Sylvius-. Y no obstante, desde el punto de vista matemático, vuestra madre tiene mil veces razón. ¡Pero no todo es matemático en este mundo! ¡El cálculo no tiene nada que ver con las cosas del corazón!

Durante estas dos semanas, habían tenido que vigilar a Hulda. Abrumada por tanto dolor, se temió por su salud. Por suerte, no careció de cuidados y a petición de Sylvius Hog, su amigo, el célebre doctor Boek, vino a visitar a la joven enferma en Dal. Sólo le prescribió mucho reposo para el cuerpo y mucha calma para el alma, si era posible. Pero el único medio de curarla, era el regreso de Ole, y este medio, sólo Dios podía disponerlo. En todo caso Sylvius Hog no regateó sus consuelos a la muchacha, y no cesó de verterle en los oídos palabras de esperanza.

¡Y, aunque esto pueda parecer imposible, Sylvius Hog no desesperaba!

Trece días habían transcurrido desde la llegada del billete enviado por el Departamento de Marina a Dal. Estábamos a 30 de junio. Sólo quince días, y se celebraría el sorteo de la lotería, que tendría lugar, con gran solemnidad, en uno de los vastos establecimientos de Cristianía.

Precisamente aquel 30 de junio en la mañana, Sylvius recibió otra carta del Departamento de Marina en contestación a sus reiteradas instancias. En aquella carta le indicaban que se pusiera en contacto con las autoridades marítimas de Bergen. Además, le autorizaban a organizar inmediatamente las pesquisas relativas al *Viken*, con la cooperación del Estado.

El profesor no quiso decir nada a Joel ni a Hulda. Se limitó a anunciarles su partida, pretextando un viaje de negocios que sólo le ocuparía algunos días.

Joel se ofreció a acompañarle. No obstante, no queriendo que se enteraran de que iba a Bergen, sólo permitió que fuera hasta Moel. Además, no convenía dejar a Hulda sola con su madre. Después de varios días en cama, ahora empezaba a levantarse; y estaba aún más débil.

A las once, el *kariol* estaba delante de la puerta de la hostería. El profesor montó en él seguido de Joel, después de dar un último adiós a la joven. Luego, doblando el sendero, desaparecieron bajo los grandes árboles que bordeaban el camino.

Al anochecer, Joel estaba de regreso en Dal.

Capítulo XIII

Sylvius Hog, pues, se había marchado a Bergen. Su naturaleza tenaz, su carácter enérgico, habían vencido el descorazonamiento que por un momento había experimentado. No quería creer en la muerte de Ole Kamp, ni admitir que Hulda estuviera condenada a no verlo más. ¡No! Mientras la materialidad del hecho no fuese reconocida, él lo consideraba como falso.

¿Pero, tenía algún indicio sobre el que apoyar la obra que iba a emprender en Bergen? Sí, pero un indicio muy vago, fuerza es reconocerlo.

Sabía, efectivamente, en qué fecha Ole Kamp había lanzado el billete al mar, en qué fecha y en qué parajes había sido recogida la botella que encerraba el billete. Esto era lo que decía la carta que acababa de recibir del Departamento de Marina, carta cuya lectura le había decidido a partir inmediatamente para Bergen, a fin de entenderse con la casa Help y los marineros más competentes del puerto. Quizá esto sería suficiente para imprimir una dirección útil a las pesquisas sobre la suerte del *Viken*.

El viaje se efectuó con toda la rapidez posible. Una vez llegado a Moel, Sylvius Hog despidió el *kariol* y a su acompañante y tomó pasaje en una de estas embarcaciones de corteza de abedul, que hacen el servicio del lago Tinn. Al llegar a Tinoset, en vez de dirigirse hacia el sur, es decir, hacia Bamble, alquiló otro *kariol* y siguió las carreteras de Hardanger, a fin de alcanzar el golfo de este mismo nombre por el camino más corto. Allí, el *Run*, pequeño barco de vapor que prestaba el servicio por el golfo, le permitió descender hasta su extremo inferior. En fin, después de atravesar una serie de fiordos, entre los islotes y las islas esparcidas por el litoral noruego, el día 2 de julio, al amanecer, desembarcó en el muelle de Bergen.

Esta antigua ciudad bañada por las aguas de los dos fiordos de Sogne y de Hardanger, está situada en una magnífica comarca, con la cual Suiza podrá tener un exacto parecido el día que un canal artificial conduzca las aguas del Mediterráneo hasta el pie de sus montañas. Una espléndida avenida de fresnos da acceso a las primeras casas de Bergen. Sus altos edificios, de cúspides puntiagudas, resplandecen de blancura, como los de las ciudades árabes. Su alta catedral es visible desde muy lejos por los buques que llegan de alta mar. Es la capital de la noruega comercial, a pesar de estar situada muy lejos de las vías de comunicación, y muy apartada de las otras dos ciudades que, políticamente, ostentan el primero y segundo lugar en el reino: Cristianía y Drontheim.

En cualquier otra circunstancia, el profesor hubiera disfrutado estudiando esta cabeza de partido, quizá más holandesa que noruega, por su aspecto y sus costumbres. Esto formaba parte de su viaje. Pero tras la aventura de la *Maristien*, después de su llegada a Dal, este

programa había experimentado importantes modificaciones. Sylvius Hog no era ya el diputado turista, que quería tener una noción exacta del país, tanto desde el punto de vista político como comercial. Ahora era el huésped de la casa Hansen, el deudor de Joel y de Hulda, cuyos intereses pasaban por delante de todo.

Al desembarcar en Bergen, Sylvius Hog saltó del *Run* sobre el muelle del mercado de pescado, al fondo del puerto. En seguida se dirigió hacia el barrio Tyske-Bodrone, donde vivía Help junior, de la casa Help hermanos.

Llovía, naturalmente, ya que la lluvia cae sobre Bergen durante trescientos sesenta días al año. Pero difícilmente se habría encontrado una casa mejor acondicionada que el acogedor hogar de Help junior. Y tampoco Sylvius Hog hubiera podido encontrar en ninguna otra parte un a acogida más calurosa, más cordial y más espontánea que allí. Su amigo se amparó de su persona como de un objeto precioso que tomaba en consignación, lo guardaba y no estaba dispuesto a cederlo más que contra un recibo extendido en debida forma.

Sylvius Hog expuso inmediatamente a Help junior el objeto de su viaje. Le habló del *Viken*. Le pidió si había recibido alguna noticia más después de su última carta. ¿Lo consideraban completamente perdido los marineros del lugar? Ese naufragio, que cubría de luto a muchas familias de Bergen, ¿no había movido a las autoridades marítimas a empezar sus pesquisas?

-Pero, ¿cómo podrían hacerlas -contestó Help junior- si no se sabe el lugar exacto del naufragio?

-Es verdad, mi querido Help, pero es precisamente porque lo ignoramos que debemos intentar saberlo.

-¿Saberlo?

-¡Sí! Si no sabemos nada del lugar en el cual el *Viken* naufragó, sabemos por lo menos cuál es el lugar donde fue recogida la botella por el buque danés. Tenemos, pues, un indicio cierto, que sería imperdonable negligencia olvidar.

-¿Y cuál es este lugar?

-Escúchame, querido Help.

Sylvius le comunicó entonces los recientes datos que había recibido del departamento de Marina, y los plenos poderes que le habían conferido para qué los utilizara.

La botella que contenía el billete de lotería de Ole Kamp, había sido hallada el 3 de junio por la goleta *Christian*, capitaneada por Mosselman, de Elseneur, a doscientas millas al suroeste de Islandia, con viento del suroeste.

Este capitán había tomado en seguida conocimiento del documento, como debía, dado el caso de poder acudir en socorro de los supervivientes del *Viken*. Pero las palabras escritas al dorso del billete de la lotería no daban ninguna indicación del lugar del naufragio y el *Christian* no pudo dirigirse hacia el paraje de la catástrofe.

El capitán Mosselman era un hombre honrado. Quizá otro, poco escrupuloso, se hubiera guardado el billete por su cuenta. Él sólo tuvo un pensamiento: hacer llegar el billete a su destinatario tan pronto llegara al puerto. "Hulda Hansen, Dal", esto es suficiente. No era necesario saber más.

Pero, una vez llegado a Copenhague, el capitán Mosselman se dijo que mejor sería entregar el documento a las autoridades danesas en vez de enviarlo directamente hasta su destinatario. Era más seguro y correcto. Y esto fue lo que él hizo, y la Marina de Copenhague avisó inmediatamente a la Marina de Cristianía.

En aquella época, ya se habían recibido las primeras cartas de Sylvius Hog pidiendo noticias precisas sobre el *Viken*. El especial interés que sentía por la familia Hansen era ya conocido. Sylvius Hog debía permanecer en Dal algún tiempo todavía, y fue allí, pues, donde se le remitió el documento recogido por el capitán danés, a fin de que lo pusiera en manos de Hulda Hansen.

Desde entonces, esta historia no había cesado de apasionar a la opinión pública, por los detalles conmovedores que publicaban los periódicos de ambos mundos.

Esto fue todo lo que Sylvius Hog explicó brevemente a su amigo Help junior, que le escuchaba con profunda atención, sin interrumpirle ni un momento. Al terminar Sylvius Hog añadió:

-Existe un punto que no puede ponerse en duda: y es que el día 3 de junio último, el documento fue hallado a doscientas millas hacia el suroeste de Islandia, aproximadamente un mes después de la partida del *Viken* de Saint Pierre-Miquelon, con rumbo a Europa.

-¿Y no sabe usted nada más?

-No, mi querido Help; pero, consultando a los marineros más expertos de Bergen, los que son o han sido prácticos en estos mares, que conocen la dirección general de los vientos y sobre todo de las corrientes, ¿no podríamos establecer la ruta seguida por la botella? Luego, teniendo en cuenta su velocidad aproximada y el tiempo transcurrido hasta el día en que fue recogida, ¿es imposible acaso calcular el lugar donde tuvo que ser echada por Ole Kamp, es decir, el lugar del naufragio?

Help junior sacudió la cabeza en signo de duda. Fundamentar toda una tentativa de pesquisas sobre indicaciones tan vagas, en las cuales podían mezclarse tantas causas de error, ¿no sería correr hacia un fracaso? El armador, de espíritu frío y práctico, creyó su deber hacerlo notar a Sylvius Hog.

-¡Es posible, amigo Help! Pero, el hecho de que sólo podamos obtener datos muy inciertos no es razón para abandonar la partida. Tengo interés de intentar todo lo posible a favor de estas pobres gentes, a las cuales debo la vida. Sí, si fuera necesario, no vacilaría en sacrificar lo que poseo para hallar a Ole Kamp y devolverlo a su prometida Hulda Hansen.

Y Sylvius Hog contó con todo detalle su aventura del Rjukanfos. Explicó cómo el intrépido Joel y su hermana habían expuesto sus vidas para venir en su auxilio, y cómo, sin su intervención, no tendría hoy el gusto de ser el huésped de su amigo Help.

El amigo Help, como hemos dicho, era persona poco inclinada a hacerse ilusiones; pero no podía oponerse a que intentaran incluso cosas inútiles, imposibles, y todo, cuando se trata de un caso de humanidad. Por eso al final aprobó lo que intentaba hacer Sylvius Hog.

-Sylvius -le contestó-, te secundaré con todas mis fuerzas. ¡Sí! ¡Tienes razón! Por pequeña que sea la posibilidad de hallar algunos supervivientes del *Viken*, y, entre todos, el intrépido Ole cuya prometida te salvó la vida, no podemos despreciarla.

-¡No, Help, no! -confirmó el profesor-. Aun cuando sólo tuviéramos una posibilidad contra cien mil.

-Hoy mismo, Sylvius, reuniré en mi despacho a los mejores marinos de Bergen. Llamaré a todos los que han navegado y navegan habitualmente en los mares de Islandia y de Terranova. Veremos lo que nos aconsejan hacer...

-¡Y todo lo que nos aconsejen hacer, lo haremos! -contestó Sylvius Hog con su ardor tan comunicativo-. Tengo el apoyo del Gobierno. Estoy autorizado de hacer tomar parte a una de sus embarcaciones oficiales en las pesquisas del *Viken*, y estoy seguro que nadie vacilará, cuando se trate de unirse a nuestra obra.

-Me voy al Departamento de Marina -dijo Help.

-¿Quieres que te acompañe?

-Es inútil. Debes de estar cansado...

-¡Cansado...! ¡Yo...! ¡A mi edad...!

-No importa. Descansa, mi querido y siempre joven Sylvius, mientras me esperas aquí...

El mismo día tuvo lugar en casa de los hermanos Help una reunión de capitanes mercantes, de marineros de pesca de altura y de pilotos. Se encontraban allí un gran número de lobos de mar que todavía navegaban y algunos, más ancianos, que ya estaban retirados.

En primer lugar, Sylvius Hog les puso al corriente de la situación. Les informó de la fecha -3 de mayo- en que el documento había sido echado al mar por Ole Kamp, y en qué fecha -3 de junio- el capitán danés lo había recogido, y en qué lugar, o sea a doscientas millas al sudoeste de Islandia.

La discusión fue bastante larga y muy seria. No existía ni uno solo de los presentes que desconociera cuál era, en los parajes de Islandia y de los mares de Terranova, la dirección de las corrientes, las cuales debían tenerse en cuenta para el problema planteado.

Era incontestable que en la época del naufragio. Durante el intervalo de tiempo comprendido entre la partida del *Viken* de Saint Pierre-Miquelon y el hallazgo de la botella por el buque danés, interminables golpes de viento del sudeste habían removido aquella porción del Atlántico. La catástrofe tenía que atribuirse sin duda a una de estas tempestades.

Probablemente el *Viken*, no pudiendo hacerles frente, tuvo que hacer marcha atrás. Y es precisamente durante este período del equinoccio, que los hielos polares empiezan a derivar hacia el Atlántico. Es muy posible que se produjera una colisión y que el *Viken* se estrellara contra uno de estos icebergs tan difíciles de evitar.

Admitiendo esta explicación, ¿por qué la tripulación, toda o parte de ella, no podía haberse refugiado en uno de estos *icefields*³, después de haber salvado una cierta cantidad de víveres? Si esto fuera cierto, el banco de hielo continuaría siendo empujado hacia el noreste y sería posible que los supervivientes pudieran finalmente arribar a cualquier punto de la costa de Groenlandia. Era pues, en aquella dirección y por aquellos parajes que debería intentarse la búsqueda.

Esta fue la respuesta dada, por unanimidad de aquella reunión de marinos, a las diversas preguntas formuladas por Sylvius Hog. No existía ninguna duda de que debían proceder en la forma indicada. Pero, ¿qué hallarían, sino despojos en el caso de que el *Viken* hubiera abordado uno de estos enormes icebergs? ¿Podían confiar en la repatriación de los supervivientes del naufragio? Era una cosa más que dudosa. El profesor, al hacer esta pregunta directa, vio muy que los más competentes no podían o no querían contestar nada. Esto no era una razón para no actuar -en esto estaban todos de acuerdo- y era preciso actuar rápidamente.

Bergen posee algunos de los buques pertenecientes a la flotilla noruega del Estado. En aquel puerto estaba destinada una de las tres embarcaciones que hacen el servicio de la costa occidental, con parada en los puertos de Drontheim, de Finmark, de Hambersfest y del cabo Norte.

Después de redactar una nota resumiendo la opinión de los marinos reunidos en casa de Help junior, Sylvius Hog se trasladó a bordo del buque *Telegraf*. Allí dio a conocer al comandante la misión especial que el Gobierno le había encargado.

El comandante recibió al profesor con toda amabilidad y se mostró dispuesto a darle toda su cooperación. Había realizado ya la navegación por aquellos parajes durante las largas y peligrosas campañas que arrastran a los pescadores de Bergen, de las islas Loffoden, y de Finmark, hasta los bancos de pesca de Islandia y de Terranova. Podría, pues, aportar sus conocimientos personales a la obra de humanidad que iba a emprender y prometió entregarse en cuerpo y alma a la misma.

En cuanto a la nota que le entregó Sylvius Hog -nota que indicaba el lugar presumible del naufragio-, obtuvo su entera aprobación. Era en esta porción de mar, comprendida entre Islandia y Groenlandia, donde deberían buscar a los supervivientes, o, por lo menos, algunos

³ Campos de hielo.

restos del *Viken*. Si el comandante no tenía éxito, iría a explorar los parajes vecinos y quizá el mar de Baffin, en la costa oriental.

-Estoy dispuesto a partir señor Hog -añadió-. Mi cargamento de carbón y de víveres está hecho, mi tripulación está a bordo y puedo aparejar hoy mismo.

-Le doy las gracias, comandante -contestó el profesor-, y le quedo muy reconocido por la acogida que me ha dispensado. Pero, una pregunta todavía: ¿puede usted indicarme cuánto tiempo necesitará para alcanzar los parajes de Groenlandia?

-Mi buque hace once nudos por hora. Y como la distancia de Bergen a Groenlandia es de veinte grados, aproximadamente, calculo que podré llegar en menos de ocho días.

-Vaya usted tan aprisa como pueda, comandante -contestó Sylvius Hog-. Si algunos naufragos han podido escaparse de la catástrofe, hace ya dos meses que están abandonados, sin duda muriéndose de hambre en alguna costa desierta...

-No tenemos ni una hora que perder, señor Hog. Hoy mismo nos haremos a la mar con la marea, y navegaremos a la máxima velocidad y, tan pronto halle un indicio cualquiera, informaré a la Marina de Cristianía por telégrafo.

-Parta usted, comandante -contestó Sylvius Hog-, ¡y ojala tenga usted el éxito que esperamos!

Aquel mismo día el *Telegraf* aparejaba, saludado por los simpáticos hurras de toda la población de Bergen. Y no fue con poca emoción que le vieron maniobrar por el agua y desaparecer detrás de los últimos islotes del fiordo.

No obstante, Sylvius Hog no limitó sus esfuerzos en esta expedición que acababa de encargar al buque *Telegraf*. Su mente aún podía hacer mucho más, multiplicando los medios de hallar algún indicio del *Viken*. ¿No sería posible excitar la emulación de los buques de comercio y de pesca, a fin de que prestaran su concurso a las pesquisas, mientras navegaban por los mares de las Feroe y de Islandia? ¡Sí, sin duda! Entonces, ofreció una prima de dos mil marcos, en nombre del Estado, a todo buque que proporcionara un indicio relativo al barco perdido, y de cinco mil marcos a quien repatriara a uno de los supervivientes del naufragio.

Así, pues, durante los días que permaneció en Bergen, Sylvius Hog hizo todo lo que le fue posible para asegurar el éxito de aquella campaña. En ella fue secundado perfectamente por su amigo Help junior y las autoridades marítimas. Help hubiera deseado que permaneciera con él por algún tiempo todavía, pero Sylvius Hog le dio las gracias y rehusó prolongar su permanencia en la casa. Ansiaba regresar al lado de Hulda y de Joel, temiendo haberles dejado demasiado tiempo solos con ellos mismos. Pero Help junior convino con él que, si llegaba alguna noticia, inmediatamente se la transmitirían a Dal. Únicamente él debía informar a la familia Hansen.

El día 4, por la mañana, Sylvius Hog, después de haberse despedido de su amigo Help, embarcó nuevamente en el *Run* para atravesar el fiordo de Hardanger, y, a menos de un retraso imprevisto y poco probable, calculaba estar de regreso en el Telemark al anochecer del día 5.

Capítulo XIV

El mismo día que Sylvius Hog había salido de Bergen, una gravísima escena tenía lugar en la hostería de Dal.

Después de marcharse el profesor, parecía que el buen hado de Hulda y de Joel se había llevado, con su última esperanza, toda la vida de aquella familia. Era como una casa muerta, que Sylvius Hog dejaba tras él.

Durante aquellos dos días, además, ningún turista pasó por Dal. Joel no tuvo ocasión de ausentarse y pudo permanecer al lado de Hulda todo el tiempo como deseaba, pues temía dejarla sola.

Efectivamente, la señora Hansen iba dejándose dominar cada vez más por sus secretas inquietudes. Parecía haberse desligado de todo lo que se refería a sus hijos, incluso de la pérdida del *Viken*. Vivía una vida aparte, retirada en su habitación, saliendo sólo a las horas de las comidas. Pero, cuando dirigía la palabra a Hulda o a Joel, era siempre para hacerle reproches directos o indirectos sobre el billete de la lotería, del cual no querían deshacerse a ningún precio.

Y es que las ofertas no habían cesado. Llegaban de todas partes del mundo. Era como una especie de locura que se había apoderado de aquella gente. ¡No! Era imposible que aquel billete no estuviera predestinado a ganar el primer premio de cien mil marcos. Parecía como si aquella lotería constara de un solo número, el 9672. En resumen, el inglés de Manchester y el americano de Boston llevaban la voz cantante. El inglés había logrado superar a su rival en algunas libras. Pero pronto fue superado por varios centenares de dólares. La última oferta había sido de ocho mil marcos, lo que sólo se explicaba por una verdadera monomanía, a menos que no se tratara de una cuestión de amor propio entre Estados Unidos y Gran Bretaña.

Sea como sea, Hulda contestaba siempre con una negativa a todas las proposiciones, por ventajosas que fueran, lo que acabó por provocar las más amargas recriminaciones de la señora Hansen.

-¿Y si yo te ordenara que cedieras este billete? -le dijo un día a su hija-. ¡Sí, si te lo ordenara!

-Madre, me desesperaría, pero tendría que decirle que no, también.

-¿Y si fuera necesario, no obstante?

-¿Por qué sería necesario? -preguntó Joel bruscamente.

La señora Hansen no replicó. Se había puesto muy pálida al oír aquella pregunta expuesta tan claramente, y se retiró murmurando palabras ininteligibles.

-Ocurre algo grave, y debe ser algo entre nuestra madre y Sandgoist -dijo Joel.

-Sí, hermano. Se presentan complicaciones desagradables para el futuro.

-Mi pobre Hulda. ¿No hemos sufrido ya bastante estas últimas semanas, para que tengamos que tener una nueva catástrofe?

-¡Ay, cuánto tarda en regresar el señor Sylvius! -dijo Hulda-. Cuando él está aquí me siento menos desesperada...

-Y, no obstante, ¿qué puede hacer él por nosotros? -contestó Joel.

Pero, ¿qué había en el pasado de la señora Hansen que no quería confiar a sus hijos? ¿Qué amor propio mal entendido le impedía decirles el motivo de sus inquietudes? ¿Tenía que reprocharse de algo? Y, por otra parte, ¿por qué aquella presión que quería ejercer sobre su hija, a propósito del billete de Ole Kamp, y del valor que había alcanzado? ¿De dónde venía provenía su avidez para cobrar su importe en moneda? Hulda y Joel iban a saberlo al fin.

El día 4 de julio, por la mañana, Joel había conducido a su hermana a la capilla donde Hulda iba a rezar cada día por el naufrago. Él la esperaba fuera y la volvía a acompañar a casa.

Aquel día, al regresar, vieron los dos a la señora Hansen que pasaba bajo los árboles rápidamente, dirigiéndose hacia la casa.

No iba sola. Un hombre la acompañaba, un hombre que debía hablar a gritos y cuyos gestos parecían muy imperiosos.

Hulda y su hermano se habían detenido bruscamente.

-¿Quién es ese hombre? -dijo Joel.

Hulda avanzó algunos pasos.

-Le conozco -dijo.

-¿Le conoces?

-¡Sí! ¡Es Sandgoist!

-¿Sandgoist, de Drammen, el que vino ya a nuestra casa durante mi ausencia?

-¡Sí!

-¿Y que actuaba como si fuera el dueño, como si tuviera derechos...sobre nuestra madre....sobre nosotros quizá?

-El mismo, hermano, y estos derechos sin duda viene a ejercerlos hoy...

-¿Qué derechos...? ¡Ah...! Esta vez sabré lo que este hombre tiene la pretensión de hacer aquí.

Joel se contuvo con grandes esfuerzos y, seguido de su hermana, se apartó un poco del camino, para no ser visto.

Minutos después, la señora Hansen y Sandgoist llegaban a la puerta de la hostería. Sandgoist entró primero y la señora Hansen después, cerrando la puerta tras ella. Los dos se instalaron en el salón.

Joel y Hulda se acercaron a la casa, parándose a escuchar.

La irritada voz de Sangoist se elevaba con fuerza, mientras la señora Hansen hablaba en tono suplicante.

-¡Entremos! -dijo Joel.

Y los dos, Hulda con el corazón oprimido y Joel ardiendo de impaciencia y de ira también, entraron en el salón, cerrando con cuidado la puerta.

Sandgoist estaba sentado en el gran sillón y no se movió al ver entrar a los dos hermanos, contentándose con volver la cabeza en su dirección y lanzarles una mirada por encima de las gafas.

-¡Ah! He aquí la encantadora Hulda, si no me equivoco -dijo en un tono que desagradó a Joel.

La señora Hansen estaba de pie delante de aquel hombre, en una actitud mezcla de temor y de humildad. Pero se enderezó pronto, demostrando su contrariedad al ver a sus dos hijos.

-¿Y este es su hermano, sin duda? -añadió Sandgoist.

-Sí, su hermano -contestó Joel.

Luego avanzó hacia el visitante, quedándose a dos pasos del sillón que éste ocupaba.

-¿En qué podemos servirle? -preguntó.

Sandgoist le lanzó una malévola mirada, y, con su voz dura y desagradable, dijo sin levantarse:

-Ahora se lo diremos, joven. En verdad, llega usted a punto. Tenía ganas de verle, y, si su hermana se muestra razonable, acabaremos por entendernos. ¡Pero siéntese, y usted también jovencita!

Sandgoist les invitaba a sentarse, como si se hallara en su casa. Joel se lo hizo notar.

-¡Ah, ah! ¡Esto les molesta! ¡Diablo, vaya un muchacho susceptible!

-¡Tan susceptible como usted quiera -replicó Joel-, pero que no acepta más amabilidades que de aquellos que tienen derecho a ofrecerlas!

-¡Joel! -amonestó la señora Hansen.

-¡Hermano, hermano! -añadió Hulda, con suplicante mirada.

Éste hizo un gran esfuerzo para conservar la serenidad y, a fin de no dejarse llevar por las ganas que tenía de poner en la puerta a aquella persona tan grosera, se apartó a un rincón.

-¿Puedo hablar ahora? -preguntó Sandgoist.

Una señal afirmativa de la señora Hansen fue la única respuesta que obtuvo. Pero pareció que le era suficiente.

-Voy a decirles de lo que se trata, y les ruego que me escuchen con atención los tres, pues no me gusta repetir dos veces las mismas palabras.

Se expresaba, era evidente, como un hombre que se cree en derecho de imponer su voluntad.

-Me he enterado por los periódicos -continuó- de la aventura de un tal Ole Kamp, un joven marinero de Bergen, y de un billete de lotería que ha enviado a su prometida, Hulda, en el momento en que el buque que tripulaba, el *Viken*, iba a hundirse. Me he enterado también que, entre el gran público, se considera este billete como algo sobrenatural, por razón de las circunstancias en que fue hallado. He sabido, además, que se le atribuye un valor especial en la suerte del sorteo. Y, por último, me han dicho que Hulda Hansen había recibido varias ofertas de compra, algunas incluso a precios considerables.

Se calló un instante. Luego añadió:

-¿Es verdad todo esto?

La respuesta a su última pregunta salió de boca de Joel, quien dijo:

-¡Sí...! Es verdad. ¿Y qué?

-¿Y qué? -repuso Sandgoist-. Pues, que todas estas ofertas se basan en una superstición absurda, esto es lo que yo pienso. Pero, en fin, existen y aumentarán aún más, supongo, a medida que se acerque el día del sorteo. Y, como soy comerciante, creo que este asunto me conviene. Por esto, ayer salí de Drammen para venir a Dal a fin de tratar de la cesión de este billete y rogar a la señora Hansen que me diera la preferencia sobre todos los demás compradores.

Hulda, instintivamente, iba a contestar a Sandgoist tal como lo había hecho a todas las peticiones de aquella clase, aún cuando no se hubiera dirigido directamente a ella, pero Joel la detuvo.

-Antes de contestar al señor Sandgoist -dijo- quiero preguntarle si sabe a quién pertenece este billete.

-¡A Hulda Hansen me imagino!

-¡Bueno, pues, es a Hulda Hansen a quien debe pedirle si está dispuesta a desprenderse de él.

-¡Hijo mío...! -añadió la señora Hansen.

-¡Déjeme usted acabar, madre -continuó Joel-. Este billete, ¿no pertenece legalmente a nuestro primo Ole Kamp, y Ole Kamp no tenía perfecto derecho a legarlo a su prometida?

-Indudablemente -contestó Sandgoist.

-Es, pues, a Hulda Hansen a quien deben dirigirse todas las demandas.

-Muy bien, señor formalista -dijo Sandgoist-. Pido, pues a Hulda que me ceda este billete que lleva el número 9672, que ha recibido de Ole Kamp.

-Señor Sandgoist -contestó la muchacha con voz segura-, he recibido muchas proposiciones por este billete, pero todas han sido inútiles. Por esto le contestaré igual que he contestado hasta ahora. Si mi prometido me ha enviado este billete con su último adiós, ha

sido porque ha querido que lo guardara, no que lo vendiera. Por lo tanto, no puedo desprenderme de él a ningún precio.

Una vez dicho esto, Hulda se disponía a retirarse, considerando que la entrevista, en lo que la concernía, debía considerarse terminada con su negativa. Pero un gesto de su madre la detuvo.

Un movimiento de despecho se había escapado de la señora Hansen al oír lo que su hija decía, y Sandgoist demostraba, con el fruncir de la frente y los destellos de su mirada, que empezaba a enfurecerse.

-¡Sí! Quédese, Hulda -dijo-. Estas no pueden ser sus últimas palabras y, si insisto, es que tengo el derecho de insistir. Creo, por lo demás, que me he expresado mal, o quizá, que usted no me ha comprendido bien. Es cierto que las posibilidades de suerte de este billete no han aumentado por el solo hecho de que la mano de un náufrago lo haya encerrado en una botella y que ésta haya sido recogida oportunamente. Pero no se puede razonar con las manías de la gente. No hay ninguna duda de que mucha gente está deseando entrar en su posesión. Han hecho muchas ofertas de compra y harán muchas más todavía. Lo repito, este asunto se ha convertido en un negocio y es precisamente un negocio lo que les propongo.

-Le será muy difícil entenderse con mi hermana, señor -contestó irónicamente Joel-. Cuando usted habla de negocios, ella le contesta con sentimientos.

-¡Palabras, joven, nada más que palabras! -contestó Sandgoist-, y cuando haya terminado de explicarme, ya verá que usted que si se trata de un negocio ventajoso para mí, también lo resultará para ella. Y debo añadir que lo será igualmente para su madre, la señora Hansen, que se encuentra directamente interesada en el asunto.

Joel y Hulda se miraron. ¿Iban por fin a saber lo que la señora Hansen les había ocultado hasta entonces?

-Continúo -dijo Sandgoist-. No pretendo que este billete me sea vendido por el mismo precio que le costó a Ole Kamp. ¡No...! Con o sin razón, ha adquirido un cierto valor comercial. Por esto me propongo hacer un sacrificio para poseerlo.

-Ya le hemos dicho -replicó Joel- que Hulda ha rehusado muchas proposiciones superiores a todo lo que usted pueda ofrecer...

-¿De veras? -exclamó Sandgoist-. ¡Proposiciones superiores! ¿Y qué sabe usted?

-Además, sean las que sean, mi hermana las rehúsa todas, y yo apruebo su negativa.

-¡Ah, vamos! ¿Con quién tengo que tratar, con Joel o con Hulda Hansen?

-Mi hermana y yo no somos más que uno -contestó Joel-. ¡Para que lo sepa usted, ya que parece que ignorarlo!

Sandgoist, sin desconcertarse, levantó los hombros. Luego, como quien está muy seguro de sus argumentos, continuó:

-Cuando hablé de un negocio para la compra de este billete, tenía que haber añadido que puedo ofrecer unas ventajas de tal índole que, en interés de su familia, Hulda no podrá rechazar.

-¿De verás?

-Y sepa usted ahora, joven, que no he venido a Dal para rogar a su hermana que me ceda el billete. ¡No! Mil diablos, ¡no!

-¿Qué es lo que pide usted, entonces? -preguntó el muchacho.

-Yo no pido nada, exijo... ¡quiero!

-¿Y con qué derecho -exclamó Joel- usted, un extraño, se atreve a hablar de este modo en casa de mi madre?

-¡Con el derecho que tienen todos los hombres -contestó Sandgoist- de hablar cuando quieren y como quieren cuando están en su propia casa!

-¡En su propia casa!

Joel, en el colmo de la indignación, se abalanzó hacia Sandgoist, que, a pesar de que no era persona capaz de atemorizarse fácilmente, había saltado del sillón rápidamente. Pero Hulda retuvo a su hermano, mientras la señora Hansen, con la cabeza entre las manos, retrocedía hacia un extremo de la sala.

-¡Hermano...! ¡Mírala...! -dijo la muchacha.

Joel se detuvo repentinamente. Al ver a su madre, su furor se había disipado. Todo, en su actitud, demostraba hasta qué punto la señora Hansen se hallaba en poder de Sandgoist.

Éste, al ver la vacilación de Joel, recobró su aplomo y volvió a sentarse en el mismo sitio que ocupaba.

-¡Sí, en su propia casa! -exclamó con voz más amenazadora, si cabe-. Después de la muerte de su marido, la señora Hansen se lanzó a una serie de especulaciones que no han tenido éxito. Ha comprometido la poca fortuna que le dejó vuestro padre al morir. Ha tenido que pedir un préstamo a un banquero de Cristianía. En último extremo ha tenido que ofrecer esta casa como garantía de un préstamo de quince mil marcos, préstamo que fue efectuado con obligaciones bien en regla, obligaciones que yo, Sandgoist, he comprado al prestamista. Esta casa será mía, pues, y en fecha muy próxima, si no me paga en la fecha del vencimiento.

-¿Cuándo es esta fecha? -preguntó Joel.

-El día 20 de julio, dentro de dieciocho días -contestó Sandgoist-. Y ese día, les guste como si no, ¡estaré aquí, en mi propia casa!

-Usted no estará aquí en su casa en esa fecha, más que en el caso que no se le pague la deuda hasta entonces -contestó Joel-. ¡Le prohíbo, pues, que hable como lo está haciendo delante de mi madre y de mi hermana!

-¡Me prohíbe a mí...! -exclamó Sandgoist-. Y su madre, ¿también me lo prohíbe?

-¡Pero, hable usted, madre! -dijo Joel, dirigiéndose hacia la señora Hansen e intentando apartarle las manos del rostro.

-¡Joel...! ¡Hermano mío...! -exclamó Hulda-. ¡Por piedad... para ella... te lo ruego... cálmate!

La señora Hansen, con la cabeza inclinada sobre su pecho, no se atrevía a mirar a su hija. Desgraciadamente era verdad. Algunos años después de la muerte de su marido, había intentado aumentar su fortuna en negocios aventurados. El escaso dinero que disponía se había evaporado en poco tiempo. Pronto tuvo que recurrir a los préstamos ruinosos. Y ahora, una obligación, una hipoteca de su casa, había pasado a manos de aquel Sandgoist, de Drammen, un hombre sin corazón, un usurero muy conocido y detestado en todo el país. La señora Hansen lo había visto por primera vez el día que vino a Dal a fin de valorar el coste de su hostería.

¡Así, pues, este era el secreto que pesaba sobre su existencia! Esta era la explicación de su actitud y el porqué de su vida aislada, como si hubiera querido esconderse de sus hijos. Este era, por fin, el secreto que nunca había querido revelar a sus hijos, cuyo porvenir se hallaba comprometido por su culpa.

Hulda no se atrevía a creer lo que acababa de oír. ¡Sí! Sandgoist era bien dueño de imponer su voluntad. Aquel billete que quería obtener hoy, dentro de quince días no tendría ningún valor, y si no se lo entregaba, sería la ruina, sería la casa vendida, sería la familia Hansen sin domicilio, sin recursos...Sería la miseria.

Hulda no se atrevía a levantar los ojos hacia Joel. Pero Joel, lleno de ira, no quiso oír hablar de amenazas para un futuro próximo. Sólo veía a Sandgoist, y, si aquel hombre continuaba hablando como lo venía haciendo, no podría contenerse...

Sandgoist, creyéndose dueño de la situación, se volvió más duro, más imperioso todavía.

-¡Este billete lo quiero y lo obtendré! -repetía. A cambio, ofrezco un precio que es imposible señalar; pero ofrezco aplazar el vencimiento de la obligación suscrita por la señora Hansen, aplazarla por un año o dos años. ¡Usted misma puede señalar la fecha, Hulda!

Hulda, con el corazón oprimido por la angustia, no podía abrir la boca. Su hermano contestó en su lugar, gritando:

-¡El billete de Ole Kamp no puede ser vendido por Hulda Hansen! ¡Mi hermana rehúsa todas las propuestas y amenazas, sean las que sean! ¡Y ahora, salga de aquí!

-¡Salir! -dijo Sandgoist-. ¡Pues bien, no...! ¡No saldré...! Y si la oferta que acabo de hacer no es suficiente, iré más lejos... ¡Sí...! contra la entrega del billete ofrezco... ofrezco....

Era evidente que Sandgoist tenía verdaderamente un deseo irresistible de poseer aquel billete, era necesario que estuviera muy convencido de que el negocio sería ventajoso para él, pues se sentó ante la mesa, en la cual había un papel, pluma y tinta, y escribió. Un instante después, dijo.

-¡Esto es lo que ofrezco!

Era un recibo de la cantidad adeudada por la señora Hansen, y por la cual había dado en garantía la casa de Dal.

La señora Hansen, con las manos suplicantes, medio inclinada, miraba, imploraba a su hija.

-Y ahora -añadió Sandgoist- ¡quiero este billete! ¡Lo quiero hoy mismo... al instante! ¡No me iré de Dal sin llevármelo conmigo...! ¡Lo quiero, Hulda! ¡Lo quiero!

Sandgoist se había acercado a la pobre muchacha, como si quisiera registrarla para arrancarle el billete de Ole...

Esto era más de lo que podía soportar Joel, sobre todo cuando oyó que Hulda le gritaba:

-¡Hermano... hermano!

-¡Se marchará usted de una vez! -le dijo con tono de impaciencia.

Y, como Sandgoist rehusaba salir, iba ya a echársele encima, cuando Hulda intervino:

-Madre, ahí tiene usted el billete -dijo.

La señora Hansen había cogido vivamente el billete, y, mientras lo cambiaba por el recibo de Sandgoist, Hulda se desplomó en el sillón, sin conocimiento.

-¡Hulda...! ¡Hulda...! exclamó Joel-. ¡Vuelve en ti! ¡Ah, hermana mía! ¿Qué has hecho?

-¿Qué ha hecho...? -contestó la señora Hansen-. ¿Qué ha hecho...? ¡Sí! ¡En interés de mis hijos, he querido aumentar los bienes de su padre! ¡Sí! ¡Y he comprometido su porvenir! ¡He atraído la miseria sobre esta casa...! ¡Pero Hulda nos ha salvado a todos...! ¡Esto es lo que ha hecho...! ¡Gracias Hulda... gracias!

Sandgoist permanecía de pie aún allí, Joel se dio cuenta de su presencia y le gritó:

¡Todavía está usted ahí!

Y, cogiendo a Sandgoist por los hombros, lo levantó por el aire, y, a pesar de su resistencia y de los gritos que profería, lo echó como si fuera un guiñapo.

Capítulo XV

A la mañana siguiente, Sylvius Hog regresó a Dal al anochecer. Nada dijo de su viaje. Nadie supo a qué había ido a Bergen. Mientras las pesquisas iniciadas no diesen resultado, bueno o malo, no quería que la familia Hansen lo supiera. Todas las cartas y telegramas, tanto si venían de Bergen como de Cristianía, debían serle enviadas personalmente a la hostería, donde se proponía permanecer en espera de los acontecimientos. ¿Esperaba todavía? ¡Sí!

Tan pronto estuvo de regreso, el profesor adivinó sin trabajo que algo grave había ocurrido durante su ausencia. La actitud de Joel y de Hulda indicaba claramente que una explicación acababa de tener lugar entre su madre y ellos dos. ¿Una nueva desgracia se había abatido sobre la familia Hansen?

Esto afligía enormemente a Sylvius Hog. Experimentaba por los dos hermanos un verdadero afecto tan paternal como si se tratara de sus verdaderos hijos. ¡Cómo los había hallado al faltar durante su corta ausencia, y quizá ellos también lo habían echado de menos!

-¡Me hablarán! -se dijo-. ¡Es necesario que me expliquen lo que ha pasado! ¡Yo soy ya como de la familia!

¡Sí! Sylvius Hog se creía con derecho, ahora, para intervenir en la vida privada de sus jóvenes amigos, de saber por qué Joel y Hulda parecían más desgraciados que antes de su marcha. Y no tardó en saberlo.

En efecto, los dos hermanos sólo deseaban confiarse a aquel hombre excelente, a quien querían con un afecto filial. Esperaron, pues, que los interrogara. ¡Aquellos dos días últimos se habían sentido tan abandonados! Más todavía, por el hecho de que Sylvius Hog no les había dicho donde se dirigía. ¡No! ¡Nunca las horas les habían parecido tan largas! Para ellos, esta ausencia no podía relacionarse con la búsqueda del *Viken*, y no se les hubiera ocurrido que Sylvius Hog hubiera querido esconder el significado de su viaje, para ahorrarles una suprema desilusión en caso de fracasar.

¡Y ahora, su presencia les era más necesaria que nunca! ¡Tenían tanta necesidad de verle, de escuchar sus consejos, de oírle hablar con su voz tan afectuosa siempre, tan consoladora! Pero, ¿se atreverían a decirle lo que había pasado entre ellos y el usurero de Drammen, y la manera como la señora Hansen había comprometido la seguridad de la casa? ¿Qué pensaría Sylvius Hog cuando supiese que el billete ya no estaba entre las manos de Hulda, cuando supiese que la señora Hansen lo había usado para librarse de su implacable acreedor?

Y no obstante, tendría que saberlo. No sabemos quién fue el primero en hablar, si Sylvius Hog, Joel o Hulda. Pero poco importa. Lo que es cierto, es que el profesor estuvo enseguida

al corriente de lo que había ocurrido. Supo cuál había sido la situación de la señora Hansen y de sus hijos. Dentro de quince días el usurero les habría echado de la hostería de Dal, si la deuda no hubiera sido pagada por medio de la cesión del billete.

Sylvius Hog había escuchado aquel triste relato que le hizo Joel en presencia de su hermana.

-¡No tenían que desprenderse del billete! -exclamó en seguida-. ¡No...! ¡No tenían que hacerlo!

-¿Cómo podía hacerlo, señor Sylvius? -contestó la muchacha, muy turbada.

¡Eh, verdaderamente no sé...! Claro, no podían hacer otra cosa... Y no obstante... ¡Ah, si yo hubiera estado aquí!

Y, ¿qué habría podido hacer, si hubiera estado allí, el profesor Sylvius Hog? No lo dijo, pero añadió:

-Sí, mi querida Hulda, sí, Joel. En resumen, han hecho lo que tenían que hacer. ¡Pero, lo que me irrita, es que será Sandgoist quien se aproveche de las manías supersticiones de la gente! Si se atribuye al billete del pobre Ole un valor sobrenatural, será él quien lo explotará. Y, no obstante, es ridículo y absurdo creer que precisamente este número 9672 será indiscutiblemente el favorecido por la suerte. ¡En fin, por acabar, yo quizá no hubiese entregado este billete! Después de haberlo negado a Sandgoist, Hulda habría hecho mejor en rehusarlo también a su madre.

A todo lo que acababa de decir Sylvius Hog, ninguno de los dos hermanos tenía nada que objetar. Al entregar el billete a la señora Hansen, Hulda habría obedecido a un sentimiento filial, del cual nadie podía acusarla. El sacrificio al cual se había decidido no era el sacrificio de la suerte más o menos aleatoria que representaba aquel billete en la lotería de Cristianía, era el sacrificio de las últimas voluntades de Ole Kamp, era abandonar a un tercero el recuerdo de su prometido.

En fin, no podía volverse atrás. Sandgoist tenía el billete. Le pertenecía. Lo pondría en pública subasta. Un maldito usurero iba a engrosar su fortuna a costa de aquel conmovedor adiós de un naufrago. ¡No! ¡Sylvius Hog no podía admitirlo!

Por esto, aquel mismo día Sylvius Hog quiso tener una conversación con la señora Hansen sobre aquel asunto, conversación que no podía hacer cambiar el estado de las cosas, pero que era necesario para los dos. Se halló en presencia de una mujer muy práctica, que, no había duda, tenía más buen sentido que corazón.

-¿Así, pues, usted me censura, señor Hog? -dijo ella cuando el profesor le hubo expresado su pensamiento.

-Ciertamente, señora Hansen.

-Si usted me reprocha el haberme lanzado imprudentemente en malos negocios, el haber comprometido la fortuna de mis hijos, tiene usted razón. Pero si usted me reprocha lo que

acabo de hacer para librarme de la deuda, no tiene usted razón. ¿Qué puede usted reprocharme?

-Nada.

-Seriamente, ¿debíamos rehusar la oferta de Sandgoist que, a fin de cuentas, ha pagado quince mil marcos por la cesión de un billete cuyo valor no se basa en nada? Dígame, se lo vuelvo a pedir, ¿debíamos rehusar?

-Sí y no, señora Hansen.

-No es sí y no, señor Hog; es no. En la situación en que nos hallábamos, como usted sabe, señor Hog, si el porvenir no se presentara tan amenazador (por mi culpa, estoy de acuerdo) habría comprendido la negativa de Hulda... ¡Sí...! Habría comprendido que no quisiera ceder por ningún precio el billete que había recibido de Ole Kamp. Pero cuando se trataba de ser expulsados en pocos días de una casa en la cual mi marido murió, en la que nacieron mis dos hijos, señor Hog, en mi lugar, habría hecho lo mismo.

-Sí, señora Hansen, sí.

-¡Yo lo habría intentado todo antes de sacrificar el billete que mi hija había recibido en tales circunstancias!

-¿Estas circunstancias lo hacen mejor?

-Ni usted, ni yo, ni nadie puede saberlo.

-Al contrario, señor Hog, todo el mundo lo sabe. Este billete no es más que un billete que tiene novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve posibilidades de perder contra una de ganar. ¿Le atribuye usted, pues, un valor más grande porque ha sido hallado en una botella en medio del mar?

Al oír esta pregunta tan concreta, Sylvius Hog quedóse muy embarazado para contestar. Por esto, volvió a coger el asunto por el lado sentimental, diciendo:

-La situación es esta, ahora. Ole Kamp en el momento del naufragio, legó a Hulda el único bien que le quedaba en el mundo. Incluso le recomendó que estuviera presente en el sorteo el día que éste tuviera lugar, si por feliz casualidad le llegaba el billete a sus manos... y ahora, este billete ya está en manos de Hulda.

-Si Ole Kamp hubiera estado aquí -contestó la señora Hansen- no habría vacilado en ceder el billete a Sandgoist.

-Es muy posible -contestó Sylvius Hog-, pero sólo el tenía el derecho de hacerlo. ¿Y qué le contestaría usted, si no estuviera muerto, si no hubiera perecido en el naufragio... si volviera... mañana... hoy?

-Ole no volverá ya -contestó la señora Hansen con voz sorda-. ¡Ole está muerto, señor Hog, muerto y bien muerto!

-¡Qué sabe usted, señora Hansen! -exclamó el profesor con un acento de convicción verdaderamente extraordinario-. Se han comenzado los trabajos de búsqueda para hallar

algún superviviente del naufragio. Pueden tener éxito, ¡sí!, tener éxito, incluso antes que se celebre el sorteo de la lotería. Usted no tiene derecho a decir que Ole Kamp está muerto mientras no se tengan pruebas ciertas de que pereció en la catástrofe del *Viken*. Si no hablo con tal seguridad a sus hijos, es que no quiero darles una esperanza que puede causarles después una decepción más dolorosa. Pero a usted señora Hansen, quiero decirle lo que pienso. Y que Ole haya muerto, ¡no! ¡No puedo creerlo...! ¡No! ¡No quiero creerlo...! ¡No! ¡Y no lo creo!

La señora Hansen no podía luchar con el profesor en este terreno en el que había derivado la conversación. Por esto se calló. Y aquella mujer noruega, un poco supersticiosa en el mundo, bajó la cabeza, como si Ole Kamp estuviera a punto de aparecersele.

-En todo caso, señora Hansen -prosiguió Sylvius Hog-, antes de disponer del billete de Hulda, podía hacerse una cosa muy sencilla, y usted no la ha hecho.

-¿Qué cosa, señor Hog?

-Debió haberse dirigido primero a vuestros amigos, a los amigos de vuestra familia. Seguramente no le habrían rehusado una ayuda, ya sea sustituyendo a Sandgoist en su crédito, ya sea adelantándole la cantidad necesaria para pagarle.

-No tengo amigos, señor Hog, a quienes poder pedir este favor.

-Sí; usted los tiene señora Hansen, y yo conozco al menos a uno de ellos, que lo hubiera hecho sin vacilar y como un acto de reconocimiento.

-¿Y quién es?

- Sylvius Hog, diputado del *Storthing*.

La señora Hansen no pudo contestar nada, y sólo se inclinó ante el profesor.

-¡Pero lo que está hecho ya, está hecho desgraciadamente! -añadió Sylvius Hog. Le ruego, pues, señora Hansen, que no diga nada a sus hijos de la conversación que acabamos de tener, y de cuyo tema no volveremos a hablar.

Y los dos se separaron.

El profesor había vuelto a sus costumbres y reanudado sus paseos cotidianos. Durante algunas horas, acompañado de Joel y de Hulda, visitaba los alrededores de Dal, pero sin ir muy lejos, a fin de no cansar a la muchacha. De vuelta a su cuarto, daba curso a su correspondencia, que no dejaba de ser importante. Escribía continuamente a Bergen, a Cristianía. Estimulaba el celo de todos los que tomaban parte en aquella buena obra de la búsqueda del *Viken*. Su existencia se concentraba en este único pensamiento: ¡hallar a Ole, hallar a Ole!

Tuvo que ausentarse aún por veinticuatro horas, por un motivo que, sin duda, debía relacionarse con aquel asunto que interesaba a la familia Hansen. Pero, como siempre, guardó secreto absoluto de lo que hizo o mandó hacer sobre aquel particular.

Entretanto, la salud de Hulda, tan resentida, se restablecía muy lentamente. La pobre muchacha sólo vivía del recuerdo de Ole y las esperanzas que mezclaba con este recuerdo, iban esfumándose cada día. Y, no obstante, tenía siempre a su lado a los dos seres que más amaba en el mundo, uno de los cuales no cesaba de alentarla. Pero, ¿era suficiente? ¿No hubiera sido mejor distraerla de cualquier modo? ¿Y cómo poder arrancarla de sus pensamientos, que le llenaban el alma entera, estos pensamientos que la unían como cadenas al náufrago del *Viken*?

Y así llegó el día 12 de julio.

Dentro de cuatro días debía celebrarse el sorteo de la lotería de las Escuelas de Cristianía.

No hay que decir que la especulación efectuada por Sandgoist había llegado a conocimiento del público. Él mismo se había cuidado de informar a los periódicos, que lo habían publicado, que el "célebre y providencial billete" que llevaba el número 9672 estaba ahora en manos del señor Sandgoist, de Drammen, y que éste ponía a la venta el billete, que sería entregado al mejor postor. Y si el señor Sandgoist era el poseedor de aquel billete, es que lo había comprado a Hulda Hansen por un precio muy elevado.

Como se comprende, este anuncio sólo podía disminuir la simpatía y el afecto que la joven había merecido de la opinión pública. ¡Cómo! ¡Hulda, seducida por el alto precio ofrecido, se había decidido a vender el billete del náufrago, el billete de su prometido Ole Kamp! ¡Había convertido en moneda este último recuerdo!

Pero una nota, aparecida muy oportunamente en el *Morgen-Blad*, puso a los lectores al corriente de lo que había pasado. Se supo de qué naturaleza había sido la intervención de Sandgoist y el por qué el billete se hallaba entonces entre sus manos. Entonces la reprobación pública recayó sobre el usurero de Drammen, este acreedor sin corazón que no había dejado de utilizar en su provecho las desgracias de la familia Hansen. Y entonces sucedió esto: que, como por acuerdo general, las ofertas que se produjeron cuando Hulda poseía todavía el billete, no se renovaron al nuevo poseedor. Parecía como si aquel billete hubiera perdido el valor sobrenatural que le atribuían, desde que Sandgoist lo había mancillado con su posesión. Y sucedió que Sandgoist se encontró con que había realizado un mal negocio, y el famoso número 9672 amenazaba quedarse en sus manos.

Con todo, ni Hulda ni Joel estaban al corriente de lo que se decía. ¡Afortunadamente! Les hubiera sido muy doloroso saberse mezclados en aquel asunto que había tomado un cariz tan mercantil en manos de un usurero.

El día 12 de julio, hacia el anochecer, llegó una carta dirigida al profesor Sylvius Hog.

Esta carta, enviada por el Departamento de Marina, iba acompañada de otra fechada desde Christiansan, pequeño puerto situado a la entrada del golfo de Cristianía. Sin duda su contenido no decía nada interesante a Sylvius Hog, pues e la metió en el bolsillo sin decir nada ni a Joel ni a su hermana.

Únicamente, en el momento de retirarse a su habitación, al darles las buenas noches, les dijo:

-Ya saben, hijos míos, que dentro de tres días se celebra el sorteo de la lotería- ¿No piensan ir a verlo?

-¿Por qué, señor Sylvius? -contestó Hulda.

-No obstante -continuó el profesor-, Ole quería que su prometida asistiera al sorteo; se lo ha recomendado en las últimas líneas que escribió, y creo que debemos obedecer la última voluntad de Ole.

-iPero Hulda ya no tiene el billete de lotería -contestó Joel-, y quién sabe a qué mano habrá ido a parar!

-No importa -contestó Sylvius Hog-. Les pido a los dos que me acompañen a Cristianía.

-¿De verdad lo que quiere usted, señor Sylvius? -contestó la joven.

-No soy yo, querida Hulda, es Ole quien lo quiere, y debemos obedecer a Ole.

-Hermana, el señor Sylvius tiene razón -contestó Joel-. ¡Sí, tenemos que ir! ¿Cuándo piensa partir, señor Sylvius?

-iMañana, al amanecer, y que San Olaf nos proteja!

Capítulo XVI

A la mañana siguiente, el *kariol* del contraamaestre Lengling fue a recoger a Sylvius Hog y Hulda, quienes tomaron asiento en los estrechos asientos del coche pintado de colores chillones. Como no había sitio para Joel, el muchacho les seguía a pie, al lado del caballo, que sacudía alegremente la cabeza al galopar.

Catorce kilómetros mediaban entre Dal y Moel, y esta distancia no era bastante para cansar a aquel valeroso andarín.

El *kariol* corría por el agradable valle de Vestfjorddal, bordeando la orilla izquierda del Maan, estrecho y umbroso valle, regado por miles de cascadas retumbantes, que caían de todas las alturas. A cada recodo de aquel sinuoso camino, se perdía la vista y se volvía a ver la cumbre del Gusta, señalado por dos brillantes casquetes de nieve.

El cielo era puro y el tiempo magnífico. La brisa era suave y el sol brillaba sin calentar demasiado.

Era de notar singularmente que desde que Sylvius Hog había salido de la casa de Dal, sus facciones parecían serenarse por momentos. Sin duda se esforzaba en permanecer sereno, a fin de que aquel viaje fuese al menos una distracción a las penas de Hulda y Joel.

Sólo en dos horas y media el *kariol* les llevaría hasta Moel, a la punta del lago Tinn, donde deberían dar por terminado su trayecto, ya que no podrían ir más lejos, a menos de tratarse de un vehículo flotante. Allí se encuentra lo que llaman un *vandskyde*, es decir, un transporte de agua. Allí aguardan aquellas frágiles embarcaciones que hacen el servicio del Tinn, en toda su longitud, como en toda su anchura.

El *kariol* se detuvo cerca de la pequeña iglesia de la aldea, al pie de una cascada de más de quinientos pies. Esta cascada, visible sólo en la quinta parte de su recorrido, se pierde en una profunda grieta de la montaña, antes de quedar absorbida por el lago.

Dos remeros se hallaban al borde de la orilla. Una barca de corteza de abedul, cuyo equilibrio, absolutamente inestable, no permitía el más pequeño movimiento de los viajeros que transportaba, estaba a punto de desatracar.

El lago aparecía entonces con toda su belleza matinal. El sol, al levantarse, había disipado las brumas de la noche. No se hubiera podido pedir mejor día de verano.

-¿No estarás muy cansado, Joel? -preguntó el profesor tan pronto descendió del *kariol*.

-No, señor Sylvius. Ya estoy acostumbrado a estas largas carreras a través del Telemark.

-¡Claro! Dime, ¿sabes cuál es el camino más recto para ir de Moel a Cristianía?

-Ya lo creo, señor Sylvius. Una vez llegados al otro extremo del lago, a Tisonet... Por cierto, no sé si encontraremos un *kariol*, ya que no hemos mandado ningún mensajero para prevenir nuestra llegada a la posta, como es costumbre hacer en el país.

-Puedes estar tranquilo, muchacho -contestó el profesor-, que yo lo había previsto de antemano. Mi intención no es la de obligarles a hacer a pie el camino de Dal a Cristianía.

-Si fuera necesario... -dijo Joel

-No lo será. Volvemos a nuestro itinerario, y decidme cómo lo comprendéis.

-Pues bien, una vez en Tisonet, señor Sylvius, bordearemos el lago Fol, pasando por Vik y Bolkesjo, de manera que alcancemos Mose y una vez allí, Konsberg, Hangsund y Drammen. Si viajamos tanto de noche como de día, no no será imposible llegar mañana por la tarde a Cristianía.

-¡Muy bien, Joel! Ya veo que conoces el país y, en verdad, se trata de un buen y agradable itinerario.

-Es el más corto.

-¡Pues bien, Joel, yo me río del más corto, comprendéis! -repuso Sylvius Hog-. Conozco otro que sólo prolongará el viaje en unas horas más. Y tú también lo conoces, muchacho, aún cuando no pareces dispuesto a demostrarlo.

-¿Cuál?

-El que pasa por Bamble.

-¿Por Bamble?

-¡Sí, Bamble! ¡Hazte el ignorante, ahora! ¡Bamble, donde vive el granjero Helmboe y su hija Siegfrid!

-¡Señor Sylvius!

-Éste es el que tomaremos y, contorneando el lago Fol, por el sur en vez de hacerlo por el norte, ¿no llegaremos igualmente a Konsberg?

-¡Igualmente y aún mejor! -contestó Joel.

-Muchas gracias por mi hermano, señor Sylvius -dijo la joven.

-Y por ti también, pequeña Hulda, pues me imagino que estarás contenta de volver a ver de paso a tu amiga Siegfrid.

La embarcación estaba dispuesta. Los tres se sentaron sobre un montón de hojas verdes apiladas en la parte trasera. Los dos remeros, remando y conduciendo el timón a la vez, se hicieron al agua.

A medida que uno se aleja de la orilla, el lago Tinn se redondea hasta Haekenoës, pequeño *gaard* de dos o tres casas, construido sobre aquel promontorio rocoso bañado por el estrecho fiordo en el cual desembocan apaciblemente las aguas del Maan. El lago se encuentra muy encajonado, y uno se da cuenta de la altura de las montañas que lo circundan hasta el momento en que una embarcación se pasea por él.

Aquí y allá emergen una docena de islas o islotes, áridos o verdeantes, algunos con varias cabañas de pescadores. En la superficie del lago flotan troncos de árboles enteros y grupos de maderos echados por los aserraderos de los alrededores.

A la vista de esto, Sylvius Hog no pudo estarse de decir bromeando, y era necesario que tuviera buenas ganas de bromear:

-Si, según nuestros poetas escandinavos, los lagos son los ojos de Noruega, debemos convenir que Noruega tiene más de una viga en el ojo, como dice la Biblia.

Hacia las cuatro, la embarcación llegaba a Tinoset, una sencilla aldea de las menos confortables. Pero poco importaba. La intención de Sylvius Hog era de no detenerse ni una hora. Y tal como había dicho a Joel, un vehículo ya les esperaba en la orilla. En previsión de aquel viaje, decidido anteriormente mucho tiempo atrás, había escrito al señor Bennet, de Cristianía, rogándole le proporcionara los medios de viajar sin retrasos ni fatigas. Por esto, el día señalado, les esperaba en Tinoset una vieja carretela, bien provista de comestibles. En consecuencia, tenían el transporte y la alimentación garantizados por todo el recorrido, lo que les ahorra tener que recurrir a los huevos duros, a la leche agria y a la comida espartana de los *gaard*s del Telemark.

Tinoset está situado al extremo del lago Tinn. Desde allí, en magnífica cascada, el Maan se precipita en el valle inferior, donde recupera su curso normal. Los caballos, traídos de la posta, estaban enganchados ya y el coche tomó en seguida el camino de Bamble.

En aquella época, ésta era la única manera de recorrer Noruega, en general, y el Telemark en particular. Y quizá los ferrocarriles producirán a los turistas una añoranza del *kario* nacional y de los coches del señor Bennet.

No hay que decir que Joel conocía perfectamente aquella parte del país, la cual había atravesado tan a menudo entre Dal y Bamble.

Eran las ocho de la noche cuando Sylvius y los dos hermanos llegaron a aquella pequeña localidad.

Nadie les esperaba; pero el granjero Helmboe no dejó de hacerles una calurosa acogida. Siegfrid abrazó y besó a su amiga, a la que encontró muy pálida por tantos sufrimientos. Durante unos momentos las dos muchachas permanecieron juntas aparte, participándose de sus pesares.

-¡Te lo ruego, querida Hulda -le decía Siegfrid- no te dejes abatir por la pena! ¡Yo todavía no he perdido la confianza! ¿Por qué debemos renunciar completamente a la esperanza de volver a ver a nuestro pobre Ole? Nos hemos enterado por los periódicos que se trabaja en la búsqueda del *Viken*. ¡Las pesquisas darán buen resultado...! ¡Estoy segura que el señor Sylvius también espera todavía...! Hulda... querida mía...te lo suplico... ino desesperes!

¡Ah, qué alegría hubiera reinado en casa del granjero Helmboe, en medio de aquellas buenas gentes, buenas y sencillas, si todo aquel pequeño mundo hubiera tenido el derecho de ser feliz!

-¿Así, pues, ustedes marchan directamente a Cristianía? -preguntó el granjero a Sylvius Hog.

-Sí, señor Helmboe.

-¿Para asistir al sorteo de la lotería?

-Sin duda.

-¿Por qué, si el billete de Ole Kamp está ahora en manos de este miserable de Sandgoist?

-Esta fue la voluntad de Ole -contestó el profesor- y debemos respetar su voluntad.

-iSe dice que el usurero de Drammen no ha podido hallar comprador por este billete que le ha costado tan caro!

-Se dice, es verdad, señor Helmboe.

-iBueno! Tiene lo que se merece, este mal hombre, este pillo, señor Hog, sí... ieste pillo...! Y le está bien.

Naturalmente, tuvieron que quedarse a cenar en la granja. Ni Siegfrid ni su padre hubieran permitido que sus amigos se marcharan sin aceptar esta invitación. Pero les convenía no retrasarse, si querían ganar durante la noche las horas que habían perdido al hacer el rodeo de pasar por Bamble. Por esto, a las nueve, uno de los chicos del *gaard* les trajo nuevos caballos de la posta, que él mismo enganchó en el coche.

-En mi próxima visita, señor Helmboe -dijo Sylvius Hog al granjero-, permaneceré seis horas a la mesa, si me lo exige. Pero hoy le ruego me permita sustituir los postres por un buen apretón de manos que nos daremos usted y yo, y por un fuerte beso que su simpática Siegfrid dará a mi pequeña Hulda.

Y esto hecho, se marcharon inmediatamente.

En estas elevadas latitudes el crepúsculo se prolonga varias horas. Por esto, el horizonte permanece bien visible aún después de ponerse el sol, a causa de la pureza de la atmósfera.

El camino que conduce de Bamble a Konsberg, pasando por Hitterdal y por el sur del lago Fol, es muy hermoso, aunque bastante accidentado. Va atravesando una porción meridional del Telemark, pasando por los Burgos, aldeas o *gaards* de los alrededores.

Después de una hora de camino, Sylvius Hog pudo percibir, sin detenerse, la iglesia de Hitterdal, un viejo edificio muy curioso, cubierto de pináculos que se elevan unos encima de otros, sin preocuparse de la regularidad de la arquitectura. Todo es de madera, desde los muros, contruidos con vigas unidas entre sí y planchas de madera contra placadas, hasta la última punta del campanario. Este amontonamiento de puntas le hace ser un monumento venerable y venerado de la arquitectura escandinava del siglo XIII.

La noche vino poco a poco, una de estas noches que están todavía impregnadas de los últimos resplandores del día; pero hacia la una de la madrugada ya se confundía con el alba naciente.

Joel, sentado en el asiento delantero, estaba absorto en sus reflexiones. Hulda permanecía pensativa en el fondo del coche. Sylvius Hog dirigió unas palabras al postillón,

recomendándole apresurar los caballos. Luego sólo se oyeron los cascabeles de los caballos, el chasquido del látigo y el rechinar de las ruedas al pasar por el suelo arenoso.

Corrieron toda la noche sin pararse a descansar. No fue necesario detenerse en Listhus, estación poco confortable, perdida en medio de un círculo de montañas de abetos, que circunscribe un segundo perímetro de montañas áridas y salvajes. Dejaron atrás también Tinnes, pequeño *gaard* pintoresco, cuyas casas están construidas sobre montículos de piedras. La calesa corría rápidamente con su ruido de hierros viejos, su traqueteo de piezas sueltas y de muelles rotos. No tuvieron que hacer ningún reproche al conductor, un buen viejo que durmió la mitad del recorrido, mientras iba sacudiendo las riendas. Maquinalmente daba algún latigazo, suavemente, pero preferentemente al caballo de la izquierda. Esto era debido a que el caballo de la derecha le pertenecía, mientras que el otro era propiedad de un vecino suyo del *gaard*.

A las cinco de la madrugada, Sylvius Hog abrió los ojos, extendió los brazos y pudo aspirar deliciosamente el perfume de los abetos que llenaba la atmósfera.

Estaban en Konsberg. El coche atravesó el puente que cruza el Laagen, y se detuvo un poco más allá, después de haber pasado por el lado de la iglesia, no muy lejos de la cascada de Larbro.

-Amigos míos -dijo Sylvius Hog-, si quieren nos detenemos un instante aquí para cambiar los caballos. Es todavía muy pronto para desayunar. Será mejor que nos paremos más rato en Drammen. Allí nos daremos una buena comida, a fin de ahorrar los comestibles del señor Benett.

Como nadie tenía nada que objetar, el profesor y Joel se contentaron con beber un vasito de *brandevin* en el hotel. Un cuarto de hora más tarde, llegaron los caballos de repuesto y el coche reanudó su viaje.

A la salida de la población, el vehículo tuvo que subir por una pampa muy escarpada, abierta, en el flanco mismo de la montaña. Por unos momentos los altos pilares de las minas de plata de Konsberg recortaron seis siluetas en el cielo. Luego desapareció todo este horizonte tras la cortina de un inmenso bosque de abetos, oscuro y fresco como una gruta, en el cual el calor y la luz del sol no penetraban nunca.

La ciudad de madera de Hangsund proporcionó un nuevo relevo a la calesa. Iban pasando por largas carreteras, a veces cerradas por barreras, que tenían que hacerse abrir abonando unos cinco o seis *skillings*. La región era fértil, con abundancia de árboles parecidos a sauces llorones con sus ramas dobladas por el peso de sus frutos.

Al acercarse a Drammen, el valle volvió a hacerse montañoso.

Al mediodía llegaron a la vista de la ciudad que se extiende sobre una de las orillas del fiordo de Cristianía, con sus casitas pintadas que cubren todo lo largo de sus dos calles

interminables; el puerto, tan animado como siempre, apenas daba cabida a los buques que iban a cargar los productos del norte, tan ocupado estaba por los trenes de maderos.

El coche se detuvo ante el "Hotel de Escandinavia". El propietario, un personaje importante, con barba blanca y aire doctoral, salió a la puerta de su establecimiento.

Con la fina percepción que distingue a los hoteleros en todos los países del mundo, dijo:

-No me extrañaría que esta señorita y estos caballeros desearan desayunar, ¿verdad?

-Efectivamente, no se extrañe usted -contestó Sylvius Hog- y procure que nos sirvan lo más pronto posible.

-¡Al instante!

El desayuno fue servido en el acto y, en realidad, era muy aceptable. Sobre todo había cierto pescado del fiordo, trufado con una hierba olorosa, del cual el profesor comió con abundancia y con verdadero apetito.

A la una y media, ya estaba otra vez el coche con nuevos caballos, ante el "Hotel de Escandinavia", para partir de nuevo inmediatamente por la calle mayor de Drammen.

Pero sucedió que, al pasar ante una casa bajita, de un aspecto poco atractivo, y que contrastaba notablemente con los colores alegres de las casas vecinas, Joel no pudo reprimir un movimiento de repulsión.

-iSandgoist! -exclamó.

-¡Ah! ¿Este es el señor Sandgoist? -dijo Sylvius-. Verdaderamente, no tiene muy buena facha.

Era Sandgoist. Estaba fumando al lado de la puerta de su casa. No podemos decir si es que reconoció a Joel sentado en el asiento delantero del vehículo, pues el coche corría rápido entre los montones de maderos y pilas de tablas.

Más allá de un cambio bordeado de serbales cargados con sus frutos de coral, el coche se metió por un espeso bosque de pinos, que bordea el "Valle del Paraíso", magnífica depresión del suelo, con sus lejanías perdiéndose hasta los límites del horizonte. Divisaron entonces centenares de montículos, la mayoría de los cuales estaban coronados por una villa o un *gaard*. Luego, al anochecer, cuando el coche empezó a descender hacia el mar, bordeando las anchas praderas, aparecieron las granjas, con sus casas de color rojo subido, que resaltaban vivamente sobre la cortina verde oscura de los árboles. Por fin los viajeros alcanzaron el mismo fiordo de Cristianía, encuadrado por pintorescas colinas, con sus innumerables radas, sus pequeños puertos en miniatura y sus *piers* de madera, donde acuden a amarrarse las embarcaciones de la bahía y los vapores-ómnibus.

A las nueve de la noche -aún era de día en aquella latitud- la vieja calesa entraba en la ciudad, metiendo mucho ruido al pasar por las calles desiertas.

Siguiendo las indicaciones de Sylvius Hog, se detuvieron en el "Hotel Victoria". Allí descendieron Hulda y Joel. Ya tenían reservadas sus habitaciones por anticipado Después de

desearles afectuosamente buenas noches, el profesor regresó a su vieja casona, donde su vieja criada Kate y su viejo criado Fink le esperaban con una no menos vieja impaciencia.

Capítulo XVII

Cristianía -gran ciudad para Noruega-, no sería más que una pequeña villa en Inglaterra o en Francia. Parecía exactamente igual a cuando fue construida en el siglo once. En realidad, sólo existe desde el año 1624, época en que la reconstruyó el rey Cristian. De Opsolo, que se llamaba entonces, se convirtió en Cristianía, nombre derivado del de su real arquitecto. Se trata de una ciudad construida regularmente, con largas calles, rectas y frías, trazadas con tiralíneas, con sus casas de piedra blanca o de ladrillo rojo. En medio de un bello jardín se levanta el castillo real, el Orscarslot, vasto edificio cuadrangular, sin estilo, a pesar de que pretenda imitar al jónico. En algunos lugares se levantan algunas iglesias, en las cuales las bellezas del arte no consiguen distraer la atención de los fieles. En fin, hay muchos edificios civiles y establecimientos públicos, un gran bazar, dispuesto en rotonda, donde se acumulan los productos extranjeros e indígenas.

En todo este conjunto, nada llama la atención. Pero lo que se debe admirar sin reservas, es la posición de la ciudad, en medio de este círculo de montañas, de aspecto tan variado que le proporcionan un marco magnífico. En sus barrios ricos y nuevos, es casi llana, y sólo se eleva en un extremo para formar una especie de Kasbah, cubierta de casas irregulares en donde vegeta una población más bien pobre, en cabañas de madera, barracas de ladrillo, cuyos colores chillones sorprenden más que complacen la mirada del extranjero. No debéis creer que la palabra Kasbah, reservada a las poblaciones africanas, no esté bien empleada en una ciudad del norte de Europa. ¿No tiene Cristianía, en los alrededores del puerto, los barrios de Túnez, de Marruecos y de Argelia?

En resumen, como toda ciudad que baña el mar por un lado y las verdes colinas por otro, Cristianía es en extremo pintoresca. No es injusto comparar su fiordo a la bahía de Nápoles. Tal como en las orillas de Sorrento o de Castellamare, sus orillas están pobladas de chalets y de villas de recreo, medio perdidos entre la verdura casi negra de los abetos, en medio de estas tenues brumas, que dan esta gracia especial a las regiones hiperbóreas.

Sylvius Hog estaba de regreso, por fin, en Cristianía. Es verdad que este regreso se realizaba en unas condiciones que nunca había podido prever, en medio de un viaje interrumpido. En aquel momento sólo se trataba de Joel y de Hulda Hansen. Si no los había hospedado en su casa, es que hubiera necesitado dos habitaciones para recibirlos. No hay duda que el viejo Fink como la vieja Kate les hubieran hecho una buena acogida. Pero no había tenido tiempo de avisarles. Por esto, el profesor los había conducido al "Hotel Victoria", con una buena recomendación para que fueran bien atendidos. Y una recomendación de Sylvius Hog, diputado del *Storting*, era cosa de tener muy en cuenta.

Pero, al mismo tiempo que el profesor solicitaba para sus protegidos las atenciones que le hubieran tenido a él mismo, se abstuvo de dar sus nombres. Guardar el incógnito, en principio, le pareció más que prudente, respecto a Joel y sobre todo a Hulda Hansen. Ya sabemos el alboroto que se había producido acerca de la joven, y todo habría contribuido a molestarla. Mejor sería no decir nada a nadie de su llegada a Cristianía.

Habían convenido que, a la mañana siguiente, Sylvius Hog no se encontraría con los dos hermanos hasta un poco antes del almuerzo, es decir, entre las once y las doce del mediodía.

El profesor, naturalmente, tenía que resolver algunos asuntos, que le ocuparían toda la mañana y no vendría a buscar a Hulda y a Joel hasta que los hubiera terminado. Entonces ya no los dejaría y permanecería con ellos hasta el momento en que se procedería al sorteo de la lotería, que debería efectuarse a las tres de la tarde.

Por esto, Joel, tan pronto se levantó, fue al encuentro de su hermana, que ya le esperaba completamente arreglada en su cuarto. Con el fin de distraerla un poco de sus pensamientos, que debían ser más dolorosos todavía aquel día, Joel le propuso dar un paseo hasta la hora de comer. Hulda, para no disgustar a su hermano, aceptó la proposición que le hacía Joel, y los dos marcharon un poco a la aventura a través de las calles de la ciudad.

Era domingo. Contrariamente a lo que se hace en las ciudades del Norte durante los días festivos, en que el número de paseantes disminuye, había una gran animación en las calles. No solamente los ciudadanos no se habían marchado al campo, sino que se veía a los campesinos de los alrededores afluir a la ciudad. El ferrocarril del lago Miosen, que hace el servicio de los alrededores de la capital, había tenido que organizar trenes suplementarios. ¡Esta popular lotería de las Escuelas de Cristianía atraía tanto a los interesados como a los curiosos!

Por esto había tanta gente por las calles, familias enteras, incluso pueblos enteros, venidos con la secreta esperanza de no haber hecho un viaje inútil. ¡Júzguese! El millón de billetes había sido vendido y, aún cuando sólo ganaran un simple premio de ciento o doscientos marcos, ¡cuánta gente volvería a sus humildes *soeters* o a sus modestos *gaards* bien contenta de su suerte!

Joel y Hulda, al salir del "Hotel Victoria" descendieron primero hasta los muelles que dan la vuelta por el este de la bahía. En aquel lugar, la afluencia de gente era menor, salvo en los cafés y bares, donde la cerveza y el *brandevin*, servidos en grandes vasos, refrescaba las gargantas en estado de sed permanente.

Mientras los dos hermanos se paseaban entre los almacenes, las hileras de toneles, con montones de cajas de todas procedencias, los buques amarrados al muelle o dentro del puerto les llamaron especialmente su atención. ¿No habría entre aquellos buques algunos que habían anclado también en el puerto de Bergen, donde el *Viken* ya no volvería más?

-¡Ole...! ¡Mi pobre Ole! -murmuraba Hulda.

Entonces Joel quiso llevársela lejos de la bahía, y la condujo por otros barrios, hacia la parte alta de la ciudad.

Allí, en las calles, en las plazas, en medio de grupos de gente, pudieron oír muchos comentarios que les aludían.

-Sí -decía uno-. ¡Se había llegado a ofrecer diez mil marcos por el número 9672!

-¿Diez mil? -contestaba otro-. ¡He oído decir que hasta veinte mil y más aún!

-El señor Vanderbilt, de Nueva York, llegó incluso hasta treinta mil.

-¡Los señores Baring, de Londres, a cuarenta mil!

-¡Y los señores Rothschild, de París, a sesenta mil!

Ya sabemos hasta donde podían creerse estas exageraciones de la población. Si continuaban con esta escala ascendente, los precios ofrecidos hubieran acabado por sobrepasar el importe del primer premio.

Pero si los propagadores de noticias no estaban de acuerdo con la cifra de las propuestas ofrecidas a Hulda Hansen, la gente se entendía a maravilla para calificar los procedimientos del usurero de Drammen.

-¡Qué maldito pillastre, este Sandgoist, que no tuvo piedad de esta pobre gente!

-¡Oh, es conocido en todo el Telemark, y no es la primera vez que intenta un golpe de estos!

-¡Dicen que no ha encontrado a nadie a quien revender el billete de Ole Kamp, después de haberlo adquirido a tan alto precio!

-¡No! ¡Nadie lo ha querido!

-No me extraña. ¡Entre las manos de Hulda Hansen este billete era bueno!

-¡Naturalmente: mientras que entre las manos de Sandgoist, no vale nada!

-¡Bien hecho! ¡Le quedará como recuerdo, y ojala perdiera los quince mil marcos que le ha costado!

-Pero... ¿y si este miserable gana el primer premio?

-¿El...? ¡No faltaría más!

-¡Esto sí que sería una injusticia de la suerte! En todo caso, que no se presente al sorteo...

-No, porque le jugaremos una mala pasada.

Esta era, en resumen, la opinión de la gente sobre Sandgoist. Ya sabemos, además, que por prudencia o por cualquier otro motivo, no tenía la intención de asistir al sorteo, ya que la víspera permanecía todavía en su casa de Drammen.

Hulda, muy emocionada, y Joel, que sentía como el brazo de su hermana temblaba contra el suyo, pasaron de prisa, sin querer oír más, como si temieran verse aclamados por todos aquellos amigos ignorados que contaban entre el gentío.

En cuanto a Sylvius Hog, quizá esperaban hallarlo por la ciudad. Pero no fue así. Aunque por algunas palabras oídas de las conversaciones de la gente, supieron que el regreso del profesor a Cristianía era ya conocido de todos. Desde la mañana ya lo habían visto andar con aire muy preocupado, como quien no tiene tiempo de distraerse un minuto, tan pronto hacia el puerto como hacia las oficinas de la Marina.

Es verdad que Joel hubiera podido preguntar a cualquier transeúnte el domicilio del profesor Sylvius Hog. Todo el mundo se hubiera apresurado a indicarle la casa e incluso acompañarle hasta allí. Pero no lo hizo por temor a ser indiscreto y, ya que estaban citados en el hotel, lo mejor sería esperarle allí como habían convenido.

Y esto lo que Hulda rogó a Joel que hiciera, hacia las diez y media de la mañana. Se sentía muy cansada y todos aquellos comentarios en los cuales se mezclaba su nombre, le hacían daño.

Volieron, pues, al "Hotel Victoria", y Hulda subió a su habitación para esperar allí el regreso de Sylvius Hog.

En cuanto a Joel, permaneció en la planta baja del hotel, en el salón de lectura.

Para pasar el tiempo hojeó maquinalmente los periódicos de Cristianía.

De pronto su cara palideció, sintió como si un velo pasara ante sus ojos y el periódico que sostenía le cayó de las manos.

Era un ejemplar del *Morgen-Bland*, y en las noticias referentes al mar, acababa de leer el siguiente telegrama, fechado en Terranova:

"El buque *Telegraf*, llegado al presunto lugar del naufragio del *Viken*, no ha encontrado vestigio alguno. Sus búsquedas por la costa de Groenlandia tampoco han tenido éxito. Debemos considerar, pues, como cierto que no existe ningún superviviente de la tripulación del *Viken*."

Capítulo XVIII

Buenos días, señor Benett. Siempre que tengo la ocasión de estrecharle la mano, siento una gran satisfacción.

-Y yo un gran honor, señor Hog.

-Honor, satisfacción, satisfacción, honor -contestó alegremente el profesor-, uno vale por lo otro.

-Veo que su viaje por la Noruega central se ha terminado felizmente.

-Aún no está terminado, pero se ha acabado, señor Benett, al menos por este año.

-Y bien, señor Hog, hábleme usted por favor, de esta buena gente que ha conocido en Dal.

-Muy buena gente, en efecto, señor Benett, muy buena gente, y gente muy buena.

-Por lo que dicen los periódicos, debemos convenir que son dignos de compasión.

-De mucha compasión, señor Benett. ¡Nunca vi como la desgracia se ensañaba tanto contra esta pobre gente y con tal obstinación!

-Efectivamente, señor Hog. ¡Después de la desgracia del *Viken*, el asunto con este abominable Sandgoist!

-Tal como usted dice, señor Benett.

-En fin de cuentas, señor Hog, ha hecho bien Hulda Hansen de entregar el billete contra el recibo de la deuda.

-¿Lo cree usted así? ¿Y por qué?

-Porque cobrar quince mil marcos contra la casi certeza de no cobrar nada de nada...

-¡Ah, señor Benett! -contestó Sylvius Hog-, usted habla como un hombre práctico, como un comerciante que es usted. ¡Pero, si se mira desde otro punto de vista, el asunto se convierte en una cuestión sentimental, y los sentimientos no se valoran!

-Evidentemente, señor Hog, pero permítame que le diga que es muy probable que su protegida se hubiera quedado con los sentimientos tan sólo.

-¿Qué sabe usted?

-¡Pero, piénselo usted! -dijo el tendero-. ¿Qué representaba este billete? ¡Una sola probabilidad de ganar sobre un millón!

-Efectivamente, una posibilidad sobre un millón! ¡Bien poco es, señor Benett, bien poco es!

-Por esto, después del entusiasmo de los primeros días, la gente ha reaccionado, y dicen que este Sandgoist, que ha comprado este billete para especular con él, no ha podido encontrar comprador.

-Eso dicen, señor Benett.

-Y, no obstante, si este maldito usurero ganara el primer premio, ¡esto sí que sería un escándalo!

-¡Un escándalo, seguramente, señor Benett, la palabra no es excesiva, un escándalo!

Mientras hablaba de esta forma, Sylvius Hog iba recorriendo los almacenes, el extenso y surtido bazar del señor Benett, tan conocido en Cristianía como en toda Noruega. En efecto, ¿qué es lo que no hallarías en aquel bazar? Coches para viajar, *kariols* a docenas, cajas de comestibles, cestas de vinos, tarros de conservas, vestidos y utensilios para turistas, incluso guías para conducir a los viajeros hasta los últimos burgos del Finmark, hasta Laponia, hasta el Polo Norte. ¡Y esto no era todo! El señor Benett ofrecía a los aficionados a la historia natural las más diversas muestras de piedras y metales del subsuelo, así como las más variadas especies de pájaros, insectos, reptiles, de toda la fauna noruega. Y, -lo que siempre es bueno saber-, ¿dónde se encontraría un surtido más completo de joyas y chucherías del país que en sus escaparates?

Por esto aquel caballero era la providencia de los turistas deseosos de visitar la región escandinava. Es el hombre universal del cual Cristianía no podría prescindir.

-Y, a propósito, señor Hog -le dijo-, ¿ha encontrado usted en Tinoset el coche que me pidió?

-Ya que se lo había pedido a usted, señor Benett, estaba seguro que lo encontraría a la hora señalada.

-Es usted muy amable, señor Hog. Pero, según me decía en su carta, esperaba que fueran tres...

-Tres personas, en efecto.

-¿Y estas personas?

-Llegaron ayer en la noche, en perfecto estado de salud, y me están esperando en el "Hotel Victoria", donde me dirijo ahora mismo.

-¿Por casualidad son...?

-Exactamente, señor Benett, son... Y, se lo ruego, no se lo diga nadie. Me interesa que la noticia de su llegada no se extienda todavía por la ciudad.

-¡Pobre muchacha!

-¡Sí...! ¡Ha sufrido tanto!

-¿Y usted ha querido que asistiera al sorteo de la lotería, a pesar de que ya no posea el billete que le legó su prometido?

-No soy yo quien lo ha querido, señor Benett. Es el propio Ole Kamp, y debo repetirle a usted, como a todo el mundo: ¡debemos obedecer las últimas voluntades de Ole!

-Naturalmente, querido señor Hog, todo lo que usted hace está bien hecho.

-¿Cumplidos a estas horas, señor Benett?

-No; pero debo decir que la familia Hansen ha tenido mucha suerte de haberlo encontrado a usted en su camino.

-¡Bah! ¡Más suerte tengo yo de haberla encontrado en el mío!

-¡Veo que continúa usted teniendo buen corazón!

-Señore Benett, ya que estamos obligados a tener corazón, mejor es que éste sea bueno, ¿no es verdad?

¡Y con qué magnífica sonrisa Sylvius Hog acompañó esta respuesta al digno comerciante!

-Y ahora, señor Benett -añadió-, no crea que he venido aquí a buscar sus felicitaciones. ¡No! Otro motivo es el que me trae.

-Estoy a su disposición.

-Usted ya sabe, verdad, que sin la intervención de Joel y de Hulda Hansen, si el Rjukanfos hubiera querido devolverme al mundo me habría devuelto en estado de cadáver. Y no tendría el placer de estar conversando con usted...

-¡Sí...! ¡Sí...! Ya lo sé -contestó el señor Benett-. Todos los periódicos publicaron su aventura... Y, en verdad, estos jóvenes tan valientes merecerían ganar el primer premio de la lotería.

-Soy de la misma opinión -contestó Sylvius Hog-. Pero, ya que ahora es completamente imposible, no quisiera que mi pequeña Hulda regresara a Dal sin un pequeño obsequio... un recuerdo...

-¡Esto es lo que yo llamo tener una buena idea, señor Hog!

-Usted me ayudará a escoger, entre todos sus tesoros, cualquier cosa que pueda gustar a una joven...

-Con mucho gusto -contestó el señor Benett.

Y rogó al profesor que pasara a la tienda reservada, a la joyería indígena. ¿Una joya noruega no sería el mejor recuerdo que podría llevarse de Cristianía y del maravilloso bazar del señor Benett?

Esta fue también la opinión de Sylvius Hog, a quien el complaciente comerciante se apresuró a abrir sus vitrinas.

-Vamos a ver -dijo-, yo no entiendo mucho de estas cosas y me fío de su gusto, señor Benett.

-Nos entenderemos muy bien, señor Hog.

Tenía allí dentro un extenso surtido de todas estas joyas suecas y noruegas, de fabricación muy compleja, y que generalmente tienen más valor por el trabajo que por el material.

-¿Qué es esto? -preguntó el profesor.

-Es una sortija chapada con piedras móviles, cuyo tintineo es muy agradable.

-¡Muy bonita! -contestó Sylvius Hog probándose el anillo en el extremo del dedo meñique-. Separe usted esta sortija, de momento, señor Benett, y vamos a ver si encontramos algo más.

-¿Pulseras o collares?

-De todo un poco, si usted me lo permite, señor Benett, de todo un poco. ¡Ah! ¿esto...?

Son unos aros que se llevan a pares colgados del corpiño. ¡Admire usted el efecto del cobre sobre este fondo de lana roja plisada! Es de muy buen gusto, sin llegar a ser muy caro.

-Muy bonito, efectivamente, señor Benett. Separe también este ornato.

-Únicamente, señor Hog, debo hacerle notar que estos aros se reservan para adornar el ajuar de las novias... el día de la boda... y que...

-¡Por San Olaf! ¡Tiene usted razón! ¡Mi pobre Hulda! Desgraciadamente no es Ole quien le hace este regalo sino yo, y no será ya a una novia a quien voy a ofrecérselo...

-Efectivamente, señor Hog.

Vamos a ver otras joyas que sean más apropiadas para una muchacha. ¡Ah! ¡Y esta cruz, señor Benett!

-Es una cruz de suspensión, con discos cóncavos que resuenan a cada movimiento del cuello.

-Muy bonito... muy bonito... Póngala también aparte, señor Benett. Cuando habré visto todos sus escaparates, escogeré.

-Sí, pero...

-¿Pero qué?

-Esta cruz es la que llevan las recién casadas de Scania, cuando van a la iglesia...

-¡Diablos, señor Benett...! Debo reconocer que no tengo suerte en escoger.

-Lo que pasa señor Hog, es que la mayoría de las joyas que tengo son para mujeres casadas, porque son las que más se venden. Esto no debe extrañarle.

-No me extraña de ningún modo, señor Benett, pero, en fin, estoy confuso.

-Bueno, escoja usted este anillo de oro que es lo primero que ha separado usted.

-Sí... este anillo de oro... Me hubiera gustado también, no obstante, alguna otra joya más... ¿cómo le diré...? más de decorativa...

-Entonces no vacile usted. Tome esta placa de plata afiligranada, cuyas cuatro tiras de cadenitas hacen tan buen efecto en el cuello de una muchacha. ¡Mírela! Está cuajada de piedras finas y adornada de filigranas con perlas de colores engarzadas. Es uno de los productos más curiosos de la orfebrería noruega.

-¡Sí...! ¡Sí...! -contestó Sylvius Hog-. Es una hermosa joya, pero quizá un poco pretenciosa para mi modesta Hulda. Verdaderamente, preferiría los aros que me enseñó antes, así como también la cruz para colgar del cuello. ¿Tan especiales son para los ajuares de boda que no puedan regalarse a una muchacha soltera?

-¡Señor Hog -contestó el señor Benett-, el *Storthing* aún no ha dictado ninguna ley sobre esta materia...! Seguramente ha sido un descuido...

-Bueno, bueno, señor Benett, vamos a arreglarlo. Mientras tanto, me quedo con la cruz y los anillos... Y, además, mi pequeña Hulda, en fin, puede casarse algún día... Buena y simpática como es, no le faltarán ocasiones de utilizar estos aderezos... ¡Está decidido, pues; me las quedo y me las llevo!

-Muy bien, señor Hog.

-¿Tendremos el placer de verle a usted en el sorteo de la lotería, señor Benett?

-Ciertamente.

-Creo que será muy interesante.

-Estoy seguro de ello.

-Pues, hasta luego, señor Bennet.

-Hasta luego, señor Hog.

-¡Ah! -dijo de pronto el profesor, acercándose a uno de los escaparates-. ¡Aquí veo dos anillos muy bonitos que me habían pasado desapercibidos!

-¡Oh! Estos sí que no le convienen, señor Hog. Estos son los anillos grabados que el pastor coloca en el dedo de los novios durante la ceremonia...

-¿De veras...? ¡Bueno, pues me los quedo también a pesar de todo! Hasta luego, señor Benett, hasta luego.

Sylvius Hog salió de la tienda, y, con paso ligero -un andar de veinte años- se dirigió hacia el "Hotel Victoria".

Al llegar al vestíbulo lo primero que vio fueron las palabras "Fiat Lux", inscritas en el cristal del farol de gas.

-¡Ah! -se dijo-, este latinajo es de circunstancias. ¡Sí!, ¡Fiat lux...! ¡Fiat lux...!

Hulda estaba en su cuarto. Sentada cerca de las ventanas, esperaba. El profesor llamó a la puerta, que se abrió inmediatamente.

-¡Ah, señor Sylvius! -exclamó la joven levantándose.

-¡Ya estoy aquí! ¡Ya estoy aquí! Pero no se trata del señor Sylvius, mi pequeña Hulda, se trata de que la comida ya está en la mesa. Tengo un apetito feroz. ¿Dónde está Joel?

-En la sala de lectura.

-Bueno... Voy a buscarlo. Tú, hija mía, puedes bajar en seguida para unirme con nosotros.

Sylvius Hog salió de la habitación de Hulda y se fue a buscar a Joel, quien lo esperaba también, pero desesperado.

El pobre muchacho le mostró el ejemplar del *Morgen-Blad*. El telegrama del comandante del *Telegraf* no dejaba lugar a dudas sobre la pérdida total del *Viken*.

-¿Lo ha leído Hulda? -preguntó vivamente el profesor.

-¡No, señor Sylvius, no! ¡Mejor es ocultarle lo que ya sabrá demasiado pronto!

-Bien hecho muchacho... Vamos a comer ahora.

Instantes después, los tres se sentaron alrededor de una mesa particular. Sylvius Hog era el único que comía con gran apetito.

Hay que reconocer de que se trataba de una comida excelente. Júzguese: sopa fría de cerveza, con rodajas de limón, pedazos de canela y espolvoreada de miga de pan; salmón con salsa blanca azucarada, ternera rebozada, rosbif con ensalada colmada de especias, helado de vainilla, confitura de patata, frambuesa, cerezas y avellanas, y todo ello regado con un buen vino de Saint-Julien, de Francia.

-¡Excelente... excelente! -repetía Sylvius Hog- Parece que nos encontramos en Dal, en la hostería de la señora Hansen.

Y, a falta de poderlo hacer con su boca llena, sus bondadosos ojos sonreían tanto como pueden sonreír unos ojos.

Joel y Hulda habían intentado en vano ponerse a aquel mismo tono, pero no podían en modo alguno, y la pobre muchacha apenas probó bocado. Cuando terminaron de comer, Sylvius Hog les dijo:

-Queridos hijos míos, han hecho mal en no hacer los honores debidos a tan buena comida. Pero, en fin, no puedo forzarlos a comer. Después de todo, si no han comido ahora, cenarán mejor. ¡Por cierto, que no sé si podré estar con ustedes esta noche! Y ahora ha llegado el momento de levantarse de la mesa.

El profesor estaba ya de pie y tomaba su sombrero que le tendía Joel, cuando Hulda le detuvo con un gesto y le dijo:

-Señor Sylvius, ¿de veras quiere usted que le acompañe?

-¿Al sorteo de la lotería...? Ya lo creo que lo quiero, y tengo mucho interés en que asistas tú, querida hija mía.

-¡Será muy penoso para mí!

-Muy penoso, lo creo. Pero Ole quiso que estuvieras presente en el momento del sorteo, Hulda, y debemos respetar la voluntad de Ole.

Decididamente, esta frase se había convertido en un refrán en labios de Sylvius Hog.

Capítulo XIX

Cuánta afluencia en aquella gran sala de la Universidad de Cristianía, en donde iba a efectuarse el sorteo de la lotería. ¡Incluso en los patios, ya que el gran salón no era suficiente para contener aquel gentío, y hasta llegaban a las calles de su alrededor, ya que los patios resultaron demasiado pequeños para la muchedumbre que quería asistir al espectáculo!

En verdad, aquel domingo, 15 de julio, no era el más apropiado para darse cuenta del carácter calmoso de los noruegos, que tan sobreexcitados estaban. En cuanto a esta sobreexcitación, ¿era debida sólo al interés que despertaba el sorteo o la provocaba también la elevada temperatura de aquel día de verano? Quizá las dos cosas, interés y calor, contribuían a ello. En todo caso, no sería la absorción de aquellos frutos refrescantes, llamados *multers*, y de los cuales se consumen grandes cantidades en Escandinavia, que podían refrescarles.

El sorteo debía empezar a las tres en punto. Consistía en cien premios, divididos en tres series: 1ro, noventa premios de cien a mil marcos, por un valor total de cuarenta y cinco mil marcos; 2do, nueve premios de mil a nueve mil marcos; 3ro, un premio de cien mil marcos.

Contrariamente a lo que se acostumbra a hacer en los sorteos de esta clase, el gran efecto se había reservado para el final. No sería el primer número saliente que se atribuiría el premio mayor, sino el último, es decir, el que hiciera cien. Esto proporcionaba un cambio de impresiones, de emociones, de latidos acelerados de los corazones, que iba aumentando por momentos. Como es natural, el número que había salido ganador una vez ya no podía volver a ganar y sería anulado si volvía a salir de las urnas.

Todo esto era bien conocido por el público. Sólo se esperaba la hora señalada. Pero, para pasar el largo tiempo de espera, la gente conversaba entre sí, hablando la mayoría de las veces de la conmovedora situación de Hulda Hansen. Verdaderamente, si hubiera estado aún en posesión del billete de Ole Kamp, todo el mundo hubiera rogado por ella, para que le tocara el premio mayor, si no les tocaba a ellos mismos, claro está.

En aquellos instantes, alguien conocía ya el telegrama publicado por el *Morgen-Blad* y lo comentaba con sus vecinos. Pronto se supo entre todos los asistentes, que las búsquedas del barco de socorro no habían tenido éxito. Así, pues, debían renunciar a hallar el rastro del *Viken*. Ni un hombre de los que formaban la tripulación había sobrevivido al naufragio. ¡Hulda ya no vería nunca más a su prometido!

Un incidente vino a alterar los espíritus. Corría el rumor de que Sandgoist se había decidido a salir de Drammen y alguien pretendía haberlo visto por las calles de Cristianía. ¡Se habría atrevido a presentarse en la sala! Si era cierto, aquel mal hombre tenía que estar preparado ya a provocar en los presentes una reacción en contra suya. ¡É! ¡Asistir al sorteo

de la lotería...! Pero, era tan poco probable que parecía imposible. En resumen, una falsa alarma y nada más.

Hacia las dos y cuarto se produjo un movimiento de deferencia entre la muchedumbre.

Era el profesor Sylvius Hog, que llegaba a la puerta de la Universidad. Todos sabían la parte que había tomado en aquel asunto y cómo, después de haber sido salvado por los hijos de la señora Hansen, había intentado corresponder a la deuda de gratitud que tenía para con ellos.

La gente le abría paso y un murmullo de aprobación, al cual Sylvius Hog correspondía con amables inclinaciones de cabeza, se propagó a través de los asistentes y no tardó en convertirse en una verdadera aclamación.

Pero el profesor no iba solo. Cuando la gente se apartó para hacerle paso, vieron que iba acompañado de una joven que se apoyaba en su brazo, y de un muchacho que le seguía algunos pasos atrás.

-¡Un muchacho y una joven! Como una sacudida eléctrica, el mismo pensamiento brotó de la mente de los asistentes:

-¡Hulda...! ¡Hulda Hansen!

Este fue el nombre que se escapó unánimemente de todas las bocas.

¡Sí! Era Hulda, tan emocionada que apenas podía sostenerse. Hubiera caído al suelo sin el apoyo del brazo de Sylvius Hog. Pero éste tenía fuertemente cogida a la simpática heroína de aquella fiesta, a la cual faltaba Ole Kamp. ¡Cómo hubiera preferido ella haberse quedado en su cuartito de Dal! ¡Qué necesidad tenía de librarse de aquella curiosidad, por simpática que fuera! Pero Sylvius Hog había querido que asistiera, y había ido.

-¡Hagan sitio! ¡Hagan sitio! -gritaban de todas partes.

Y todo el mundo se agolpaba delante de Sylvius Hog, delante de Hulda, delante de Joel. ¡Cuántas manos se alargaron para estrechar sus manos! ¡Cuántas palabras amables y acogedoras recogió a su paso! ¡Y cómo aprobaba totalmente Sylvius Hog, todas aquellas manifestaciones!

-¡Sí! ¡Es ella, amigos míos...! Es mi pequeña Hulda, que he traído de Dal! -decía.

Luego, volviéndose hacia Joel:

-¡Y este es Joel, su valeroso hermano!

Y añadiría aún:

-¡Pero, sobre todo, no me los ahoguen!

Y, mientras las manos de Joel respondían a todas las presiones, las del profesor, menos vigorosas, estaban deshechas de tantos apretones. Al mismo tiempo, sus ojos relucían, y una lagrimita de emoción resbalaba por entre sus párpados. Pero -fenómeno digno de atención de los oftalmólogos- aquella lagrimita parecía luminosa.

Necesitaron un cuarto de hora largo para atravesar los patios de la Universidad, llegar al gran salón y alcanzar las sillas que habían sido reservadas al profesor. Al fin, pudieron conseguirlo, no si pena. Sylvius Hog tomó asiento entre Hulda y Joel.

A las dos y media se abrió una puerta detrás del estrado, en el fondo de la sala. El presidente de la organización apareció, serio y digno, con este aire dominante, esta expresión característica de toda persona llamada a ostentar una presidencia cualquiera. Le seguían dos asesores, con aire menos grave. Luego entraron seis niñas llenas de flores y cintas, las seis rubias con ojos azules, en cuyas manitas un poco rojas reconocieron inmediatamente las manos de la inocencia, predestinadas a efectuar el sorteo de la lotería.

Esta entrada fue acogida por un clamor que demostraba, primero, la satisfacción que el público sentía al ver a los directores de la lotería de Cristianía, y luego la impaciencia que habían provocado al no aparecer más pronto en el estrado.

Si había seis niñas, era que había también seis urnas, dispuestas sobre una mesa, y de las cuales debían salir seis números en cada sorteo.

Estas seis urnas contenían cada una de ellas los diez números: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 0, que representaban las unidades, decenas, centenas, millares, decenas de millar y centenas de millar del número millón. Si no había una séptima urna para la columna del millón, es que, según aquella forma de lotería, se había convenido que si los seis ceros salían a la vez, representarían la cifra de un millón, lo que repartía por un igual las probabilidades de ganar a cada número.

Además, se había dispuesto que los números serían sacados sucesivamente de las urnas empezando por la que estaba a la izquierda del público. El número ganador se iría formando así bajo los ojos de los espectadores, primero por la cifra de la columna de las centenas de mil, luego de decenas de mil, y así sucesivamente hasta la columna de las unidades. Gracias a estas disposiciones, puede juzgarse con qué emoción cada uno de los presentes vería aumentar sus posibilidades después de la salida de cada nueva cifra.

Al sonar las tres, el presidente hizo un gesto con la mano y declaró abierta la sesión.

Un enorme murmullo que duró algunos instantes acogió esta declaración, después de lo cual se restableció el silencio.

Entonces el presidente se levantó. Muy emocionado, pronunció el discurso de circunstancias, en el cual parecía decir que sentía que no hubiera un premio mayor para cada billete. Luego ordenó que se procediera al sorteo de la primera serie. Ésta comprendía, como sabemos, noventa premios, lo que exigiría bastante tiempo.

Las seis niñas empezaron a funcionar con una regularidad automática, sin que la paciencia del público desfalleciera ni un solo instante. Era verdad que la importancia de los premios iba en aumento a cada nuevo sorteo, y la emoción crecía también, nadie pensaba en

dejar el sitio que ocupaba, incluso los que poseían números que ya habían ganado y que ya no tenían nada que esperar.

Este sorteo duró una hora, sin que se produjera ningún incidente. Lo que pudo observar todo el mundo fue que el número 9672 no había salido todavía, lo que le hubiera quitado todas las posibilidades de ganar el premio mayor.

-¡Esto es de buen augurio para este Sandgoist! -decía uno de los vecinos del profesor.

-¡Bah! ¡Me extrañaría mucho que le tocara el primer premio -contestó otro-, a pesar de que tiene un número tan famoso!

-¡En efecto, muy famoso! -contestó Sylvius Hog-. Pero no me pregunte por qué... ¡No sería capaz de decírselo!

Entonces empezó el sorteo de la segunda serie, que comprendía nueve premios. Éste iba a ser mucho más interesante, siendo el noventa y uno, de mil marcos, el noventa y dos, de dos mil, y así sucesivamente, hasta el noventa y nueve, que era de nueve mil. La tercera serie, no lo olvidemos, se componía solamente de un premio mayor.

El número 72521 ganó un premio de cinco mil marcos. Este billete era de un valiente marinero del puerto, que fue aclamado por toda la asistencia y supo aguantar dignamente las aclamaciones.

Otro número, el 823752 ganó seis mil marcos. ¡Y qué alegría sintió Sylvius Hog cuando Joel le comunicó que pertenecía a la encantadora Siegrid de Bamble!

Pero entonces se produjo un incidente, y todo el público experimentó una emoción que se tradujo en profundo rumor. Cuando se sacó el lote noventa y siete -el de los siete mil marcos- se creyó por un momento que Sandgoist iba a salir favorecido por la suerte, al menos con aquel premio.

Efectivamente, el número ganador fue el 9627. Por cuarenta y cinco puntos no era el de Ole Kamp.

Los dos sorteos siguientes dieron números muy distantes: 775 y 76287.

La segunda serie había terminado. Sólo faltaba sortear el último premio de cien mil marcos.

En aquel momento, la agitación de los espectadores era extraordinaria. Sería difícil poder expresar su intensidad.

Primero el rumor de voces fue elevándose y se propagó de la sala a los patios llegando hasta la calle. Pasaron varios minutos sin que se consiguiera calmarse. No obstante, poco a poco fue apaciguándose el murmullo y se hizo un gran silencio. Parecía como si todos los asistentes se hubieran convertido en estatuas. En aquel silencio había algo como de estupor y -rogamos nos perdonen la comparación- del mismo estupor que se experimenta al momento que un condenado aparece en el lugar de ejecución. Pero esta vez, el paciente, desconocido

aún, no estaba condenado más que a ganar cien mil marcos, no a perder la cabeza, a menos que no la perdiera de alegría.

Joel, con los brazos cruzados, miraba distraídamente ante él, siendo quizá el menos emocionado de toda aquella gente.

Hulda, sentada y como recogida en sí misma, sólo pensaba en su pobre Ole. Lo buscaba instintivamente con la mirada, como si pudiera aparecer en el último momento.

Sylvius Hog, él... Pero debemos renunciar a expresar el estado en que se hallaba Sylvius Hog.

-iSorteo del premio de cien mil marcos! -dijo el presidente.

iQué voz! Parecía salir de las entrañas de aquel caballero tan solemne. Esto era debido a que él mismo poseía varios billetes, que todavía no habían salido y, por tanto, tenía una posibilidad de ganar el premio mayor.

La primera niña sacó un número de la urna de la izquierda y la mostró a la asamblea.

-iCero! -dijo el presidente.

Este cero no hizo gran efecto. Parecía, al contrario, que ya lo esperaban.

-iCero! -dijo el presidente, proclamando el número sacado por la segunda niña.

iDos ceros! Todos notaban que las probabilidades aumentaban notablemente para todos los números comprendidos entre el uno y el nueve mil novecientos noventa y nueve.

Y el billete de Ole Kamp -no lo olvidemos- llevaba el número 9672.

Cosa rara hasta entonces, Sylvius Hog empezó a removerse en su silla, como si algo le inquietara.

-iNueve! -dijo el presidente, anunciando la cifra que la tercera niña acababa de sacar de la tercera urna.

iNueve...! Era la primera cifra del billete de Ole Kamp.

-iSeis! -dijo el presidente.

Y, efectivamente, la cuarta niña presentaba un seis a todas las miradas que convergían sobre ella, como cañones de pistola, lo que la intimidaba visiblemente.

Las probabilidades de ganar eran ahora de uno por ciento para todos los números comprendidos entre el uno y el noventa y nueve.

¿Sería posible que el billete de Ole Kamp hiciera caer esta cantidad de cien mil marcos en los bolsillos del miserable Sandgoist? ¡Verdaderamente, no era posible!

La quinta niña metió la mano en la urna y sacó la quinta cifra.

-iSiete! -dijo el presidente con una voz tan estremecida que apenas se le oyó en las primeras filas.

Pero, si no se le oía, sí se le veía, y en aquel momento las cinco niñas habían extendido a la vista del público las siguientes cifras:

00967

El número ganador estaría comprendido necesariamente entre el 9670 y 9679. Existía entonces sólo una posibilidad contra diez.

La gente había llegado al colmo del estupor.

Sylvius Hog, de pie, había tomado la mano de Hulda Hansen. Todas las miradas estaban fijas en la pobre muchacha. Al sacrificar el último recuerdo de su prometido, ¿habría ella sacrificado también la fortuna que Ole Kamp había soñado para los dos?

La sexta niña tuvo alguna dificultad en introducir su mano en la urna. ¡Estaba temblando, pobre pequeña! Al fin apareció el número.

-¡Dos! -exclamó el presidente.

Y se dejó caer en una silla, medio sofocado por la emoción.

-¡Nueve mil seiscientos setenta y dos! -proclamó uno de los asesores con voz retumbante.

¡Era el número del billete de Ole Kamp, que ahora estaba en posesión de Sandgoist! Todo el mundo lo sabía y nadie ignoraba en qué condiciones el usurero lo había adquirido. Por esto se hizo un profundo silencio, en vez del estruendo de hurras que hubiera resonado por toda la Universidad, si el billete hubiera continuado en poder de Hulda Hansen.

¿Y ahora, comparecería este pillastre de Sandgoist, con su billete en las manos, para cobrar el premio?

-¡El número nueve mil seiscientos setenta y dos gana el premio de cien mil marcos! -repitió el asesor-. ¿Quién lo reclama?

-¡Yo!

¿Era el usurero de Drammen, quien acababa de lanzar aquella palabra?

¡No! Era un muchacho joven, muchacho pálido, en cuya cara, como en toda su persona, se notaba la marca de largos sufrimientos, pero vivo y bien vivo.

Al oír esta voz, Hulda se había levantado dando un grito, que había llegado a todos los oídos. Luego se desvaneció...

Pero aquel joven que acababa de abrirse paso entre la muchedumbre fue quien recibió en sus brazos el cuerpo de la muchacha desvanecida...

¡Era Ole Kamp!

Capítulo XX

¡Sí! Era Ole Kamp. Ole Kamp, que había sobrevivido, como por milagro, al naufragio del *Viken*.

Y si el *Telegraf* no lo había traído consigo a Europa, fue porque no se hallaba ya entonces en los lugares explorados por el buque de socorro.

Y, si no estaba allí, era que en aquel momento ya se hallaba en camino hacia Cristianía a bordo del buque que lo repatriaba.

Esto es lo que explicó a Sylvius Hog. Esto es lo que repetía sin cesar a todo aquel que quería escucharle. Y podéis creer que todos le escuchaban. Esto era lo que contaba con acento triunfador. Y sus vecinos le explicaban a su vez a los que no tenían la suerte de estar más cerca para oírlo de su propia voz. Y la historia se transmitía de grupo en grupo hasta llegar al público de afuera, agrupado en los patios y en las calles.

En pocos minutos, Cristianía entera sabía a la vez que el joven náufrago del *Viken* había regresado y que había ganado el primer premio de la lotería de las Escuelas.

Era necesario que fuese Sylvius Hog quien explicara la historia. Ole no habría podido, pues Joel lo estrechaba entre sus brazos hasta ahogarle, mientras Hulda iba volviendo en sí.

-¡Hulda...! ¡Querida Hulda...! -decía Ole-. ¡Sí...! ¡Soy yo... tu prometido... y muy pronto tu esposo!

-¡Desde mañana, hijos míos, desde mañana! -exclamó Sylvius Hog-. Partiremos esta misma noche para Dal. ¡Y, si nunca hasta ahora lo habéis visto, veréis un profesor de leyes, un diputado del *Storthing*, bailar en una boda, como el más vigoroso de los muchachos del Telemark!

Pero, ¿cómo era que Sylvius Hog conocía la historia de Ole Kamp? Sencillamente, por la última carta que el Departamento de Marina le había escrito a Dal. Efectivamente, aquella carta -la última que había recibido y de la cual no habló a nadie- iba acompañada de otra, fechada en Christiansand. Esta segunda carta le decía lo que sigue: el brick danés *Genius*, capitaneado por Kroman, acababa de salir de Christiansand, conduciendo a bordo a los supervivientes del *Viken*, entre otros el joven Ole Kamp, y, tres días más tarde, era esperado en Cristianía.

La carta de la Marina añadía que estos náufragos habían sufrido tanto que se hallaban todavía en muy débil estado. Por eso Sylvius Hog no había querido decir nada a Hulda del regreso de su prometido. Por esto, al contestar la carta, había rogado que se conservara el más absoluto silencio sobre este regreso, silencio que había sido guardado para con el público.

Fácil es explicarse, pues, que el buque *Telegraf* no hubiese encontrado ni restos ni supervivientes del *Viken*.

Durante una violencia tempestad, el *Viken*, medio desamparado, se había visto obligado a huir hacia el Noroeste, cuando se hallaba a doscientas millas al sur de Islandia. Durante la noche del 3 al 4 de mayo -noche de grandes ráfagas- chocó contra uno de estos enormes icebergs a la deriva, que salen de los mares de Groenlandia. La colisión fue terrible, tan terrible, que al cabo de cinco minutos el *Viken* naufragaba.

Fue entonces cuando Ole escribió aquel documento. Había trazado sobre el billete de la lotería un último adiós a su prometida.; luego lo echó al mar, encerrado en una botella.

Pero la mayoría de los hombres que formaban la tripulación del *Viken*, comprendiendo al capitán también, había muerto en el momento de la colisión. Únicamente Ole Kamp y cuatro de sus camaradas pudieron saltar sobre un pedazo de iceberg en el momento de hundirse el *Viken*. Pero sólo hubieran conseguido retrasar su muerte si aquella espantosa tormenta no hubiera empujado el banco de hielo hacia el Noroeste. Dos día más tarde, agotados, muertos de hambre, los cinco supervivientes del naufragio eran arrojados sobre la costa de Groenlandia en un paraje desierto. Si no recibían socorros dentro de pocos días, ya podían despedirse de la vida.

¿Cómo podrían tener fuerzas para volver a las pesquerías o los establecimientos daneses de la bahía de Baffin, en el otro litoral?

Fue entonces cuando el brick *Genius*, que se había visto obligado a desviarse de su ruta por causa de la tempestad, pasó por allí. Los náufragos le hicieron señales. Y fueron recogidos.

Estaban salvados.

Pero el *Genius*, luchando con los vientos contrarios, sufrió grandes retrasos en aquella travesía tan corta de Groenlandia a Noruega. Esto explica por qué no llegó a Christiansand hasta el 12 de julio, y a Cristianía el día 15 por la mañana.

Aquella misma mañana Sylvius Hog subió a bordo. Allí encontró a Ole, muy débil todavía. Le explicó todo lo que había pasado desde su última carta, fechada en Saint Pierre-Miquelon... Luego, lo había conducido a su casa, después de pedir a la tripulación del *Genius* que mantuvieran en secreto su llegada por algunas horas aún... Y ya conocemos todo lo demás.

Convinieron entonces que Ole Kamp asistiría al sorteo de lotería. Pero, ¿tendría bastantes fuerzas?

¡Sí! Las fuerzas no le faltaban, ya que Hulda estaría allí. Pero, ¿tenía algún interés aún para él, aquel sorteo? ¡Sí, mil veces sí! ¡Tenía tanto interés para él como para su prometida!

Efectivamente, Sylvius Hog había conseguido rescatar el billete de manos de Sandgoist. Lo había comprado por el mismo precio que el usurero de Drammen había pagado a la señora

Hansen... Y Sandgoist estuvo muy contento de deshacerse de él, ahora que las ofertas de compra habían cesado.

-Mi querido y valiente Ole -le había dicho Sylvius Hog, al darle el billete-, no es una posibilidad de ganar, muy poco probable en suma, lo que he querido devolver a Hulda, sino el último adiós que le habéis enviado en el momento en que creías morir...

Pues, bien, debemos reconocer que el profesor Sylvius Hog estuvo muy inspirado, más que Sandgoist, que casi se rompe la cabeza contra la pared al saber el resultado de la lotería.

Ahora tenían cien mil marcos en la casita de Dal. ¡Sí! Cien mil marcos redondos, pues Sylvius Hog no quiso jamás que le devolvieran lo que había pagado por rescatar el billete de Ole Kamp.

Era la dote que tuvo la satisfacción de ofrecer a su pequeña Hulda, el día de su boda.

Quizá alguien encuentre muy extraño que este número 9672, sobre el cual recayó tan extraordinariamente la atención de la gente, fuese precisamente el que ganó el premio mayor de la lotería.

Sí, estamos de acuerdo, es extraño, pero no imposible y, en todo caso, así es.

Sylvius Hog, Ole, Joel y Hulda salieron de Cristianía aquella misma noche. El regreso se efectuó por Bamble, pues tenían que regresar a Siegfried el importe del premio que había ganado. Al volver a pasar por delante de la pequeña iglesia de Hitterdal, Hulda se acordó de los tristes pensamientos que la obsesionaban dos días antes; pero al ver a Ole a su lado, volvió pronto a la feliz realidad.

¡Por San Olaf! ¡Qué bonita estaba Hulda con su corona reluciente, cuando, cuatro días después, salió de la pequeña capilla de Dal del brazo de su esposo Ole Kamp! Y, después, ¡qué ceremonia, cuya gran resonancia llegó hasta los últimos *gaards* del Telemark! ¡Y qué alegría sintieron todos, la hermosa dama de honor, Siegfried, su padre, el granjero Helmboe, su futuro yerno Joel y también la señora Hansen, que ya estaba libre de las preocupaciones provocadas por el espectro de Sandgoist!

Tal vez se preguntará si todos aquellos amigos, todos aquellos invitados, los señores Help Hermanos, y tantos otros, habían acudido para asistir a la felicidad de los jóvenes novios, o para ver bailar a Sylvius Hog, profesor de leyes y diputado del *Storthing*. ¿Quién lo sabe? En todo caso, bailó dignamente y, después de abrir el baile con su querida Hulda, lo acabó con la encantadora Siegfried.

A la mañana siguiente, saludado por los hurras de todo el valle de Vestfjorddal, partió, no sin prometer antes formalmente que volvería para asistir a la boda de Joel, que se celebró algunas semanas más tarde, con inmensa alegría de los dos contrayentes.

Esta vez el profesor abrió el baile con la encantadora Siegfried, y acabó la danza con su querida Hulda.

¡Cuánta felicidad se acumuló entonces en aquella casa de Dal, que tantas penas había sufrido! Sin duda, todo era un poco obra de Sylvius Hog, pero éste no quería que fuese dicho, y repetía siempre:

-¡Bueno! ¡Si soy todavía yo quien estoy en deuda con los hijos de la señora Hansen!

En cuanto al famoso billete, fue devuelto a Ole Kamp, después del sorteo de la lotería. Ahora figura en el sitio de honor, encuadrado en un pequeño marco de madera, en la gran sala de la hostería de Dal. Pero, lo que se ve, no es la cara del billete, donde está inscrito el famoso número 9672, sino el anverso en el cual puede leerse el último adiós que el náufrago Ole Kamp dirigió a su prometida Hulda Hansen.

FIN